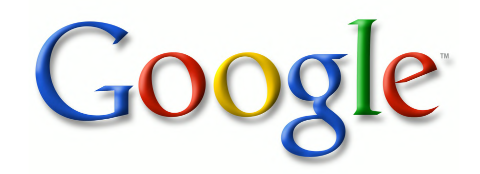


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

**Usage guidelines**

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

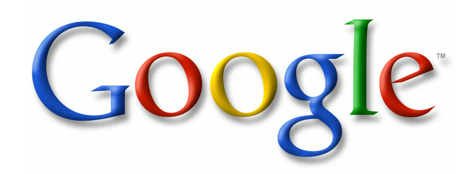
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

**About Google Book Search**

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/




## Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

## Normas de uso

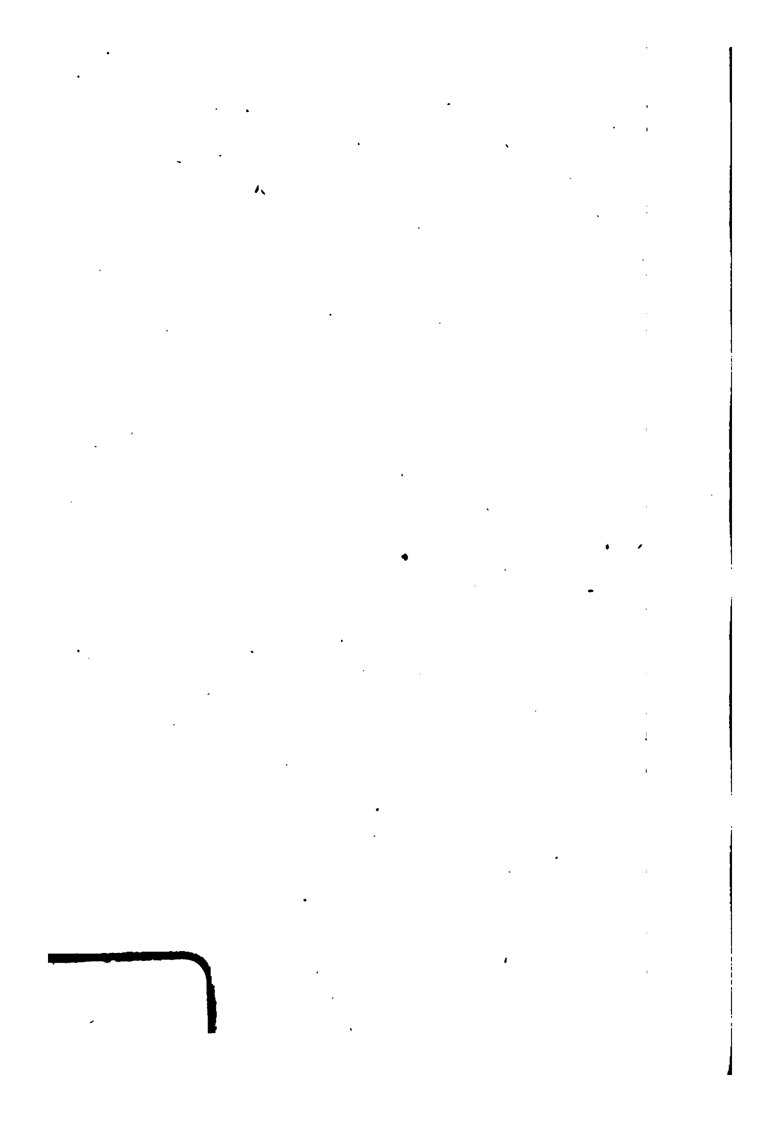
Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

## Acerca de la Búsqueda de libros de Google

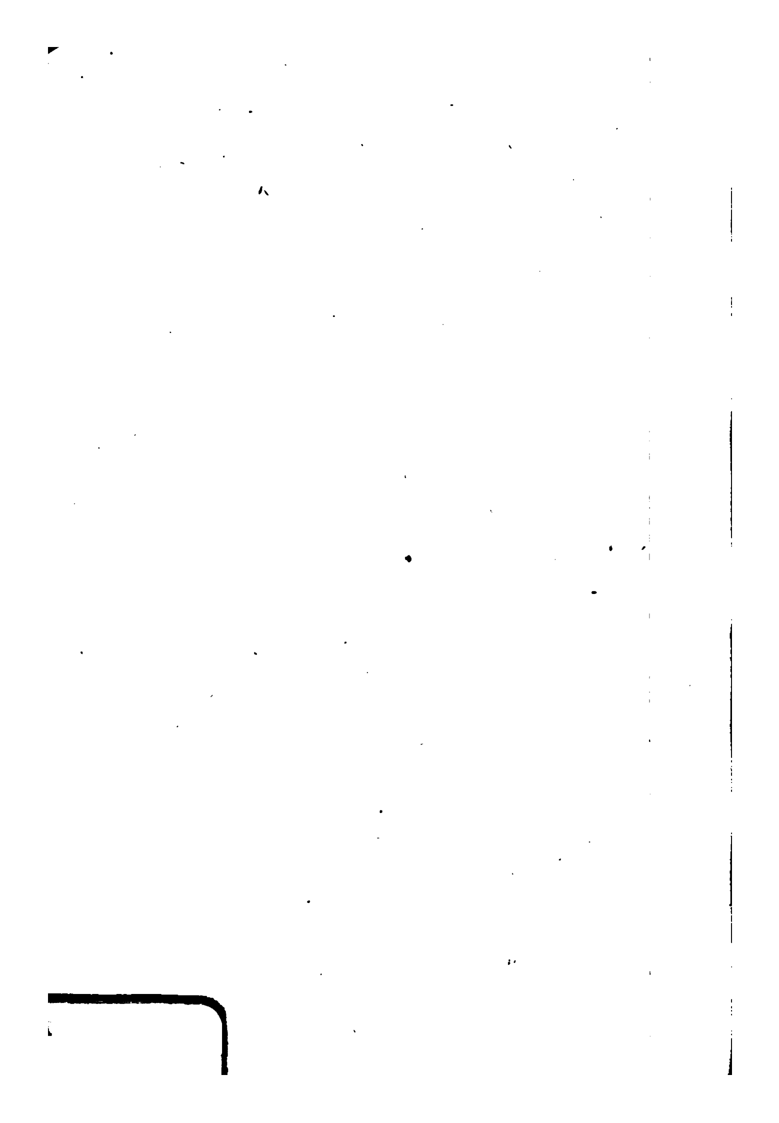
El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`



NPS

~~Hombre~~

VIDA



NPS
~~Hombre~~
VIDA

# VIDA Y HECHOS
# DE
# ESTEBANILLO GONZALEZ,
## HOMBRE DE BUEN HUMOR:

COMPUESTA POR EL MISMO.

NUEVAMENTE CORREGIDA Y ENMENDADA EN ESTA ULTIMA IMPRESION.

TOMO I.



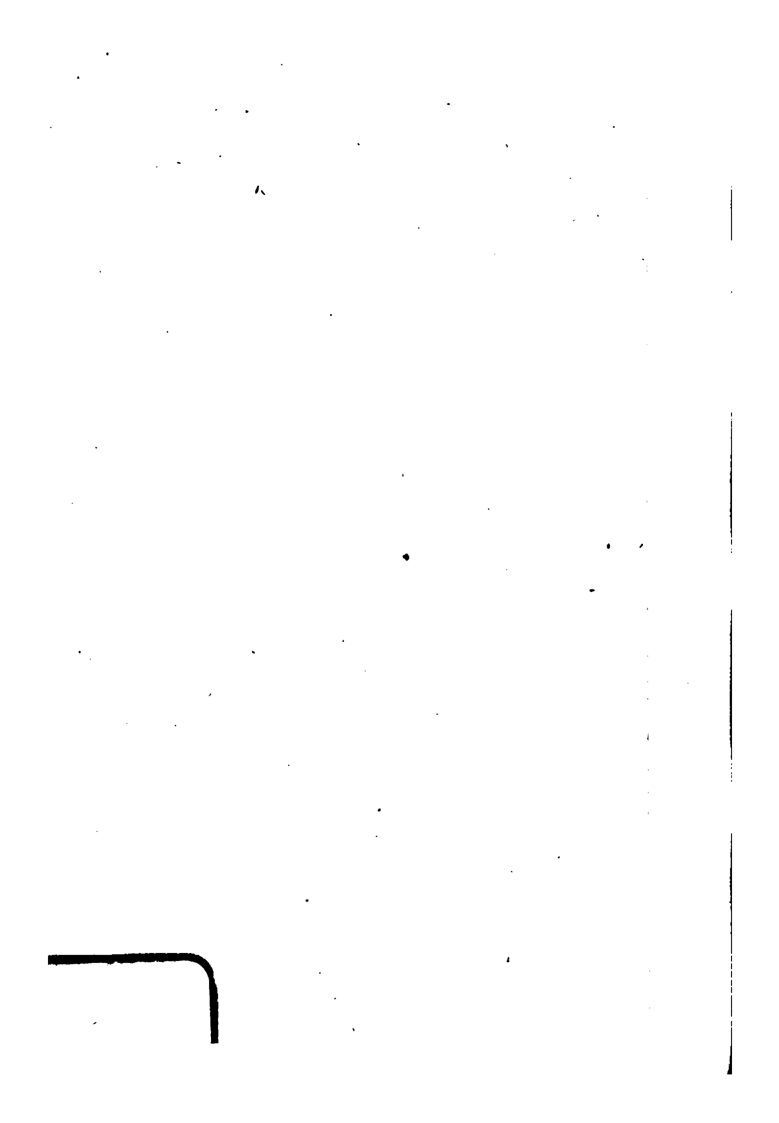
CON LICENCIA:
EN MADRID: EN LA OFICINA DE RAMON RUIZ.
AÑO DE 1795.
*Se hallará en las Librerías de esta Corte.*

# DEDICATORIA

Que hizo el mismo Estebanillo Gonzalez al Excelentisimo Señor Don Octavio Piccolómini de Aragon, Duque de Amalfi.

## EXC. SEÑOR.

*YO Estebanillo Gonzalez, hombre de buen humor, hijo de mis obras y padrastro de las agenas, y menor criado de V. Exc. queriendome hacer memorable, fiado en haber merecido ser el menor criado de V. Exc. me he puesto en la plaza del mundo y en la palestra de los combates, dando á la Imprenta este libro de mi vida, y no milagros. Y por temer el rigor de la censura de tantos Zoylos ignorantes y de tantos emulos mordaces, y por no hallar otro mas valiente General que lo defienda de ellos, ni otro más valeroso Soldado que lo preserve de tan pon-*



NPS

~~Hombre~~

VID

sino solo para qué sirva de presente y regalo á los Principes y Señores, y personas de merecimiento; y no volveré la cara, ni encogeré el brazo á los premios que me dieren; porque soy hombre que por tomar, tomaré unciones, y por recibir, recibiré un agravio. Tengo por imposible que te dexe de agradar, si acaso no estás dexado de la mano del gusto, ó hecha la cara al desayre de andar corto en alabar lo que es bueno, por dár muestras de entendido. Aquí hallará el Curioso dichos agudos; el Soldado batallas campales y viages á Levante: el Amante enredos amorosos: el alegre diversidad de chanzas y variedad de burlas: el Melancólico epitáfios fúnebres á los tiernos mal-logros del Infante Cardenal, de la Reyna de España, y de la Emperatriz Maria: el Poeta, compostura nueva, y Romances ridiculos: el recogido en su alverge las flores de la fullería, y las leyes de la gente de la hampa, las preeminencias de los picaros de javega, las astucias de los marmitones, la cautela de los vivanderos; y finalmente los prodigios de mi vida, que ha tenido mas vueltas y revueltas que el labyrinto de Creta. Donde despues de haberla leido, y hechote mas Cruces que si hubieras visto al demonio, la tendrás por digna y merecedora de haber salido á luz. Dios te saque de las tinieblas de ella con bien, para que tú quedes contento; y yo pagado y libre de tu censura.

VI-

# VIDA, Y HECHOS
## *DE ESTEVANILLO GONZALEZ,*
## HOMBRE DE BUEN HUMOR.

## CAPITULO I.

*En que da cuenta de su nacimiento, estudios y travesuras, y de un chiste donoso que le sucedió con un valiente; y el viage que hizo de Roma á Liorna.*

Prométote, lampiño ó barbado Lector, ó qualquiera que fueres, que sino lo has por enojo, solo sé de mi nacimiento, que me llamo Estevanillo Gonzalez: tan hijo de mis obras, que si por la cuerda se saca el ovillo, por ellas sacarás mi noble descendencia. Mi patria es comun de dos: pues mi padre, que esté en gloria, me decia que era Español trasplantado en Italiano, y Gallego en-

xerto en Romano, nacido en la Villa de Salvatierra y bautizado en la Ciudad de Roma; la una cabeza del mundo, y la otra rabo de Castilla, servidumbre de Asturias y albañar de Portugal; por lo qual me he juzgado por Centauro á lo picaro, medio hombre y medio rocin: la parte de hombre por lo que tengo de Roma, y la parte de rocin por lo que me toca de Galicia. Ello, si va á decir verdad, aunque sea en descredito de mi padre, jamás me he persuadido á que esto pueda ser como él lo afirmaba; porque no tuvo mi madre tan depravado el gusto, que me habia de abortar del derrotado vaxél de su barriga en el aguanoso margen del Miño, entre pielagos de Navíos y promontorios de castaños, y en esportillas de Domingos, Brases y Pasquales, pudiendome parir muy á su salvo en las cenefas y galon de plata

de la argentada orilla del celebrado Tiber, entre abismos de deleytosos jardines, y entre montes de edificios insignes, y sobre tapetes escarchados por la copia de Amaltéa cunas y regazos de Rómulos y Remos. Y quando tuviera tan mal capricho, y tan hecha la cara al desayre, que me bostezára de su gruta obscura á ser (con perdon) Gallego, y á qué perdonára á Meco como todos sus pasados; echaría la soga tras el caldero, y donde me parió me daria bautismo; si ya no es que soñase como Hécuba, Reyna de Troya, que de su vientre habia de salir una llama, que fuese voráz incendio de Galicia: y despues, viendo el monstruo que habia vaciado del cofre de su barriga, se acogiese á Roma por todo, para que su Santidad en pleno Consistorio á fuerza de exorcismos sacase de mi pequeño cuerpo las inu-

merables legiones que tenia este segundo Roberto, que presumo que han sido, y son tantas que quedaron el dia de mi nacimiento escombradas las moradas infernales, como lo verás en el discurso de mi vida. Y finalmente, para que no padezca detrimento mi natividad, ni ande mi patria en opiniones, ni pleyteenRoma y Galicia sobre quien ha de llevar mi cuerpo, quando llegáre su postrimero fin; convido á los curiosos al Vâlle de Josafat, el dia que el Angel, pareciendo viento de mapa, tocáre la tremenda trompeta, á cuyo eco horrible y espantoso se levantarán pepitorias de huesos y armaduras de tabas: que entonces, por ser tiempo de decir verdades, presumo que no la negarán mis padres; con que todos saldrán de sus dudas, y yo sabré si soy vasallo de un Sumo Pontífice, ó de un Rey de España, Mo-

Monarca de un nuevo mundo: y á quien Dios se la diere, San Pedro se la bendiga: y en el interin haré como hasta aqui he hecho, que ha sido á dos manos como embarrador, siendo Español en lo fanfarron, y Romano en calabaza, y Gallego con los Gallegos, é Italiano con los Italianos, tomando de cada nacion algo, y de entrambas no nada. Pues te certifico que con el Aleman soy Aleman, con el Flamenco Flamenco, y con el Armenio Armenio, y con quien voy voy, y con quien vengo vengo. Mi padre fue Pintor *in utroque*, como Doctor y Cirujano; pues hacia pinturas con los pinceles, y encaxes con las cartas; y lo que se ahorraba en la pasa, se perdia en el higo. Tenia una desdicha, que nos alcanzó á todos sus hijos, como herencia del pecado original, que fue ser hijo-dalgo, que

es lo mismo que ser Poeta; pues son pocos los que se escapan de una pobreza eterna, ó de una hambre perdurable. Tenia una Executoria tan antigua, que ni él la acertaba á leer, ni nadie se atrevia á tocarla; por no engrasarse en la espesura de sus defloradas cintas y arrugados pergaminos; ni los ratones á roerla, por no morir rabiando de achaque de esterilidad.

Murió mi madre de cierto antojo de hongos, estando preñada de mi padre, segun ella decia: quedóse en el lecho como un paxarito. Y pienso, conforme el alma tenia la cordera, que pasó de solo Roma á una de las tres moradas; porque no era tan inocente, que al cabo de su vejez, y habiendo pasado en su mocedad por la Cruz de Ferro, y siendo tan vergonzosa y recatada, fuese al Limbo á ver tantos niños

sin

sin bragas. Dexó dos hijas xarifas, siendo Christianas, de la edad que las manda comer el Doctor, con mucha hermosura en breves Abriles; y yo quedé con pocos Mayos y muchas flores, pues no ignorando la de Osuna, no se me ha ocultado la del berro. Despues de haber hecho las funerales, ahorcado los lutos, y enjugado las lágrimas, (aunque no fueron mas que amagos, pues se quedaron entre dos luces) volvió mi padre á su acostumbrada pintura, mis hermanas á su almohadilla, y yo á mi desusada escuela, donde mis largas tardanzas pagaban mis cortas asentaderas.

Era mi memoria tan felíz, que venciendo á mi mala inclinacion, que siempre ha sido lo que de presente es, supe leer, escribir y contar, lo que me bastára á seguir diferente rumbo, y lo que me ha valido para

continuar el arte que profeso; pues puedo asegurar á fé de pícaro honrado, que no es oficio para bobos.

Gustó mi padre de darme estudio: y con no haber por mis travesuras llegado á la Filosofía, salí tan buen Bachillér, que puedo leer Cátedra al que mas blasona de ello. Traía tan enredados á los Maestros con enredos, y á los discípulos con trapazas, que todos me llamaban el Judas Españoleto. Compraba polvos de romero, y revolvíalos con cebadilla, y haciendo unos pequeños papeles, los vendia á real á todos los Estudiantes novatos, dandoles á entender que eran polvos de la Anacardina, y que tomandolos por las narices tendrian felíz memoria; con lo qual tenia yo caudal para mis golosinas, y ellos para inquietar el estudio y sus posadas y casas. Escapabanse pocos libros de mis manos,

y

y pocas estampas de mis uñas: sobre lo qual cada dia andaba al morro, ó habia quexas á mi padre y hermanas. Tenia á cargo la mayor de ellas el castigarme y repreenderme; y unas veces me daba con su mano de mantequilla bofetadas de algodón, y otras me decia que era afrenta de su linage, que por qué no acudia á quien era, y por qué no procedia como hijo-dalgo: que antendiera á que nuestra Madre la decia, que yo era el Mayorazgo de su Casa, y cabeza de su Linage, y descendiente del Conde Fernán-Gonzalez, cuyo apellido me habia dado por linea recta de varon; y por parte de hembra, del ilustre y antiguo Solar de los Muñatones, cuyos varones insignes fueron Conquistadores de Quacos y Xarandilla, y los que en batalla campal prendieron á la Serrana de la Vera, y descubrieron el

Ar-

Archipielago de las Batuecas ; y que una tia mia habia dado leche al Infante Don Pelayo, antes que se retirára al valle de Covadonga; y otra habia amortajado al mancebito Pedrarias, siendo Dueña de honor de la Infanta Doña Urraca.

Reíame yo de todos estos disparates , y por un oído me entraba su repreension , y por otro me salia ; y finalmente fueron tantas mis rapazerías é inquietudes , que me vinieron á echar del estudio poco menos que con caxas destempladas. Por cuya causa mi padre, despues de haberme zurrado muy bien la badana , me llevó á casa de un amigo suyo llamado Bernardo Vadia , que era Barbero del Duque de Alburquerque, Embaxador Ordinario de España, con el qual me acomodó por su aprendiz ; y despues de haber hecho el entrego de la buena prenda, se volvió

vió á su casa sin hijo y yo quedé sin padre y con amo. El qual me dixo, que me quitàse el sombrero y la capa, y entráse á vér á mi ama, lo qual hice al instante; y entrando en la cocina, la hallé cercada de infantes, y no de Lara. Dióme una rueda de naranja para cortar la cólera, y un mendrugo de pan, avizcochado de puro duro, para secar los malos humores; y despues del breve desayuno, y despues de haber lavado quatro docenas de platos, escudillas y pucheros y ollas, y puesto la ordinaria con poca carne y mucha menestra, me dió una canasta de mantillas, pañales, sabanillas y baberos de los niños, y abriendo la puerta de un patio, y dandome dos dedos de jaboncillo de barba, me enseñó un pozo y una pila, y me dixo: Estebanillo, manos á la labor, que este oficio toca á los apren-

di-

dices, y por aqui van allá, que no quiera Dios que yo os quite lo que de derecho os toca. Baxé la cabeza, y orejeando como pollino sardesco, desembanasté los pañizuelos de narices del puerto del muladar henchí la pila de sus menudencias, y despues de haber sacado mas de cien cubos de agua, y dadoles con cinquenta manos, y no de jabon, jamás salió limpio el caldo de sus espinacas. Hice lo mejor que pude la colada, tendí los trapos, y supe hacer muy bien los mios, pues me exîmí con brevedad del tal oficio, que á estar mucho con él, no hubiera Estebanillo para quince dias. Hice el venidero lo mismo, y lo que hubo de menos en la lavadura de los pañales, hubo de mas en los mandados de casa y fuera de ella: y al tercero, al tiempo que me habia dado mi amo una libranza para ir á

co-

cobrar seis ducados á la Judería, entró en la tienda un valiente, cuyos mostachos unas veces le servian de daga de ganchos, y otras de puntales de los ojos, y siempre de esponjas de vino. Dixole á mi amo que se queria alzar los bigotes; y por ser tan de mañana que aun no habian venido los Oficiales que tenia, trató de alzarselos él. Mandóme á mí (aunque yá tenia el ferreruelo puesto para ir á ver á los hidalgos del prendimiento de Christo) que encendiese unos carbones, y calentase los hierros. Executóse su precepto, y habiendole alzado al tal temerario la mitad de su bosque de tabaco, se armó una pendencia en la calle, á cuyo ruido de espadas se asomó mi Maestro á la puerta; y viendo que en ella habia algunos criados de el Duque su amo, se arrojó á la calle á vér si la podia apaciguar,

que-

quedando el bravo con un pilar que anhelaba á remontacion , y otro que amagaba precipicio. Y por durar mucho la pendencia , y hacer tardanza mi amo , no cesaba el mata siete de echar tacos y por vidas. Preguntóme muy á lo crudo , si era oficial ; y yo, pareciendome cosa de menos valer decirle que no lo era , le respondí que sí. Díxome: Pues vuesa merced , señor chulo , me alce este vigote, porque donde no , saldré como estoy á la calle, y le quitaré á su amo los suyos á coces y á bofetadas. Yo por no alcanzar algo de barato de aquel repartimiento, y porque no me cogiera en mentira , y parecerme cosa facil levantar un vigote , sabiendo levantar dos mil embustes y testimonios, sin quitarme el ferreruelo, ni dár muestras de turvacion , saqué un hierro de los que estaban al fuego , que se habia estado escaldando desde el prin-

ci-

cipio del rebato y escaramuza : y por no tener en que probarlo y parecer diligente, tomé un peyne, encaxéselo en aquella selva de clines ; arriméle el hierro, y levantandose una humareda horrenda al son de un sonoroso chirriar, y de un olor de pie de puerco chamuscado, le hice chicharron todo el pelamen. Alzó el grito diciéndome : Hijo de cien cabrones y de cien mil putas, piensas que soy San Lorenzo, que me quieres quemar vivo? *Tiróme* una manotada con tal fuerza, que haciendome caer el peyne de la mano, me fue fuerza con la turvacion arrimarle el molde á todo el carrillo, y darle un cauterio de una quarta de largo, y dando un ay, que estremeció las ruinas del Anfiteatro, ó Coliseo Romano, fue á sacar la daga para enviarme con cartas al otro mundo. Yo, aprovechandome del refran, que *á un diestro un presto*,

me,

me puse con tal presteza en la calle, y con tal velocidad me alexé del barrio, que yo mismo, con ser buen corredor, me espanté, quando me hallé en menos de un minuto á la puerta de la Judería, habiendo salido de junto á la Trinidad del Monte; pero una cosa es correr, y otra huír, y esto sin dexar el hierro de la mano: y al tiempo que lo fui á meter en la faldriquera, hallé pegado á él todo el vigote del tal hidalgo, que era tan descomunal, que podia servir de cerdamen á un hisopo, y anegar con él una Iglesia al primer *asperges*.

Entré en la Judería, y dando la libranza que llevaba á un Hebreo que se llamaba David, me despachó con toda brevedad. Salíme al instante de Roma, contento, por haberme librado de la cautividad del Egipto de mi ama, y del poder de Faraon del zay-

no

no sin vigote. Determinéme de ir á visitar á nuestra Señora de Loreto, por la fama que tenia aquella santa Casa; y habiendo caminado alguna media legua con harta pesadumbre de dexar mi casa, padre y hermanas, volví la cabeza atrás á contemplar, y á despedirme de aquella cabeza del Orbe, de aquella nave de la Iglesia, de aquella depositaria de tantas y tan divinas Reliquias, de aquella urna de tantos Martyres, de aquel alvergue de tantos Sumos Pontífices, morada de tantos Cardenales pátria de tantos Emperadores, madre de tantos Generales invencibles, y de tantos Capitanes famosos. Miré la gran circumbalacion de sus Muros, la altura de sus siete Montes, Alcides de sus Edificios, reverencié sus Templos, admiré la hermosura de su campo, la amenidad de sus jardines: y considerando lo mucho que perdia en dexarla, y lo mal

que me estaba volver á ella, derramando algunas tiernas lágrimas proseguí con mi viage; y al cabo de algunas jornadas llegué á ver aquel celestial Alcazar, aquella divina Morada, aquella Cámara angelical, paraíso de la Tierra, y eterno blason de Italia. Visitaba una vez cada dia este pedazo de Cielo, é infinitas á un Convento, que está muy cercano, de Padres Capuchinos, por razon que me ponian bien con Christo con lindas tazas de Jesus llenas de vino, y con muy esplendida pitanza. Quiso mi desgracia, que reñí un dia con un pobre mendigante, por haberme querido ganar la palmatoria al repartir de la sopa, y baxandole los humos con mi hierro de abrasa bigotes, lo dexe con dos dientes menos.

Y dexando la quietud de aquella santa vida, me fue forzoso poner

ner tierra enmedio. Fuime al Santo Christo de Pisa, y desde alli á la famosa Villa de Siena. Llegué á ella en tiempo de feria, y halléla toda llena, asi de gentes de varias naciones, como de diferentes mercancías: y andandome paseando por ella me llegaron á hablar dos mancebos muy bien puestos, los quales, habiendose informado de mi pátria y nombre, me dixeron que si los queria servir, puesto que estaba desacomodado. Yo, pensando que eran algunos mercaderes ricos, les dixe que sí; y llevandome á su posada, despues de haberme dado muy bien de cenar, me dixo el uno de ellos, que era Español: Estebanillo, tú no tienes mas á quien servir ni contentar que á mí y á mi camarada, y ayudarnos á llevar adelante nuestra antigua tramoya, y comer y beber, y oír y callar, y antes ser mar-

tyr que confesor. Yo les prometí tener ojos de Alguacil cohechado, orejas de Mercader, y habla de Cartuxo. Y abriendo un Escritorio, sacó de un caxon un mazo de doce barajas de naypes nuevos, y el otro camarada, que era Napolitano, un balon de dados y los instrumentos necesarios: y asentandose en dos sillas baxas junto al fuego, hicieronme avivar la lumbre con un poco de carbon, á cuya brasa puso el Italiano un crisol con un poco de oro, y una candileja con plomo. Desempapeló mi Español sus cartas, y no venidas por el correo; y sacando de un estuche unas muy finas y aceradas tixeras, empezó á dar cuchilladas, cortando coronas reales, cercenando faldas de sotas por vergonzoso lugar, y desjarretando caballos, señalando las cartas por las puntas para quinolas y pri-

me-

mera, dandoles el raspadillo por la carteta, y echandoles el garrote y la ballesta para las pintas, sin otra infinidad de flores. El Italiano en una cuchara redonda de acero empezó á amolar sus dados, sin ser cuchillos ni tixeras: haciendolos de mayor y de menor de ocho y trece, de nueve y doce, y de diez y once; y despues de haber hecho algunas brochas, dando barreno á dos docenas de dados, hinchó los unos de oro y *los otros* de plomo, haciendo *fustas* para juegos grandes y para rateros. Dixeronme que tuviera atencion en aprender aquel Arte, porque con él sería uno de mi linage. Puse tanta atencion en lo que me mandaron, que dentro de un mes pude ser maestro de ellos, porque siempre se inclinan los malos á aquello que les puede perjudicar. Despues de haber acabado el Español de cerce-

nar naypes falsos, y el Italiano de amolar huesos de muertos, para dar sepulcro con ellos á los talegos de los vivos, nos fuimos á reposar lo poco que quedaba de la noche. Desde alli adelante me llevaban todos los dias por su page de flores y naypes, y cargado de naypes y dados, que era su aderezo de reñir: campeaban los dos á costa de blancos. En esta forma ibanse á las casas de juego, concertabanse con los gariteros prometianles el tercio de la ganancia que se hiciese, asegurabanles el peligro, por la sutileza de la labor; y á donde no consentian su contagion, hacian tener de respeto, quando jugaba el Español, media docena de barajas, á las quales yo y el Italiano le dabamos con la de Juan trocado, y al garitero y á los tahures con la de Juan grajo; y quando jugaba el Italiano, haciamos

mos yo y el Español lo mismo, echandonos sobre la tabla, y acercando los dados á nuestras pertenencias, y llevando de reserva entre los dedos una fusta, para valerse de ella, quando la hubiese menester. Doblabanse con personas de cantidad, y á veces de calidad, las quales hacian tercio adonde quiera que jugaban: cargabanles las ganancias, en virtud de sus ayudas y destrezas. Salian mis amos siempre perdidosos al parecer de los mirones; por lo qual todos los tenian por buenos jugadores, y solicitaban de jugar con ellos. Sabian las posadas mas ricas, teniendo en todas, á costa de buenos baratos, quien les daba aviso de quando habia huespedes de buen pelo. Acudian á ellas, trataban amistad con los que hallaban, quedabanse á comer con ellos á escote; y por so-

bremesa, en achaque de entretenimiento, dabanme dineros, y enviabanme por lo que yo traía, y empezando por poco, acababan por mucho, dexando á los pobres forasteros en Cruz y en quadro. Y con hacer los dos muy grandes ganancias, cada uno en lo tocante á su flor, nos moriamos de hambre; porque lo que ganaba el Español á las cartas, lo perdia á los dados, porque además de no conocerlos, no se sabia aprovechar de lo poco que alcanzaba á entender: y lo que el Italiano ganaba á los dados, perdia á los naypes, que aunque tenia en casa el Maestro, no habia aprendido á leer en libro de tan pocas hojas.

Yo andaba siempre temeroso de que se descubriese la flor, y por complice en ella, en lugar de enviarme á Galicia, me enviáran á Galiléa, ó por ser muchacho me diesen algun estre-

trecho jubon, no necesitando de él. Mas quiso mi fortuna, que estando una noche los dos cenando, y algo tristes y recelosos (porque uno de los perdidosos le habia ganado el Italiano), me enviaron á llamar á unos amigos suyos, para que se informasen, si los habia reconocido, ó sospechado algo. Yo pensando que ya se habia descubierto la maula, y que toda la Justicia daba sobre nosotros, con intencion de no volver, y por no irme sin cobrar mi salario, ya que me habia puesto á tanto riesgo; salí fuera â una antesala, y tomando el ferreruelo del señor Español, que era nuevo y de paño fino, dexé el mio, que estaba bien raído. Y saliendo á la calle, informandome por el camino de Liorna, me salí de la Villa, y con la claridad de la Luna, por temor de que no fuese seguido, anduve aquella noche tres leguas: y al cabo
de

de ellas, hallando una pequeña choza de Pastores cercana del camino, me retire á ella, adonde fui acogido, y pude con sosiego descansar, hasta tanto que el Alva se reía de vér al Aurora llorar á su difunto amante, siendo muger, y no fea ni mal tocada, que á este tiempo, dexando la pastoril cabaña, y prosiguiendo mi comenzado camino, me dí tanta priesa á alexarme de mis amos, que otro dia al anochecer llegué á Liorna, y metiéndome en una posada á descansar de la fatiga que habia pasado, supe otro dia, como las Galeras del Gran Duque de Toscana estaban de partida para Mecina, para irse á juntar con las de España y Napoles, y con otras muchas que habian ocurrido para agregarse con la Real, estando por Príncipe de Mar y Tierra, y por General de aquella Naval el Serenísimo Príncipe Emanuel Filiberto,

to, cuya fama, virtud y santidad, por no agraviarlas con el tosco buelo de mi pluma, las remito al silencio. Y habiendo alcanzado licencia de un Capitan de Galera, me embarqué en la que llevaba á su cargo, por estar informado ser todas las de aquella Esquadra Aguilas del Mar, cuyos Cavalleros, sus defensores de la Orden de S. Esteban, dan terror al Turco, y espanto á sus fronteras, tienen fatigado su Templo con el peso de los Estandartes y medias Lunas Africanas, y con cadenas de multitudes de Cautivos Christianos, á quien han dado amada libertad, añadiendo cada dia á las Historias nuevas proezas y eternizadas victorias.

CA-

## CAPITULO II.

*En que se refiere su embarcacion y llegada á Mecina, y viage á Levante: y lo que le sucedió en el discurso de él y en la Ciudad de Palermo, hasta tanto que se ausentó de ella.*

Salimos una tarde de esta pequeña Cartago con viento fresco y mar serena, y con todos los amigos que requiere una felíz navegacion. Estuve tres dias tan mareado, que al compás que daba sustento á los peces dèl mar, ahorraba raciones de vizcocho á los caimanes de galera. Alentéme quanto pude, sirviendome de antidoto para volver en mí, el ser asistido de dicho Capitan con animados sorbos de vino y tragos de malvasía; que tengo por cosa asenta-

tada, que estos licores me volvieron á mi primer sér, y que si despues de muerto y engullido en la fosa, con un cañuto ó embudo me lo echasen por su acostumbrado conducto, me tornáran el alma al cuerpo, y se levantára mi cadaver á ser esponja de pipas y mosquito de tinajas. En efecto llegamos á Mecina, adonde quedé absorto en ver la grandeza de su Puerto, ocupado con setenta Galeras y cinquenta Baxeles, todo debaxo del dominio del Planeta y Rey IV. defensor de la Fé, y azote de los enemigos de ella. Y el contemplar tanta gente de guerra, de tan estrañas y apartadas naciones, tanta diferencia de belicosos instrumentos, el clamor de tanto pito, el ruído de tanta cadèna, las diferentes libreas de tantos forzados, y la variedad de tantos Estandartes: parecióme que estaba en otro mundo, y
que

que sola aquella Ciudad era una confusa Babilonia, siendo una tierra de promision. Alegrabanme los acentos de los bodegones maritimos, apellidando los unos tripa, tripa; y los otros folla, folla, repitiendo en mis oídos los ecos Arabigos, que decian: *Macarrone, macarrone, qui mangia uno, mangia dos*; pero entristeciame de ver que todos comian, y yo solo los miraba. Arriméme á un esclavo negro, tan limpio de conciencia, que lavaba media docena de menudos con una racion de agua. Hízele mil zalemas y sumisiones, por saber que era mercadante de panzas; y por verme racional camaleon. Ofrecíle mi persona, diciendole ser único en el caldillo de los reboltillos, y en el agilimoge de los callos. El, agradandole mas el verme desbarbado, que no el ser buen cocinero, me recibió, haciendome aquella tarde dar
seis

seis caminos desde el matadero de la Villa hasta su barraca, cargado de patas de baca y manos de vitela; y dandome, despues de mi molestazo trabajo, un plato de mondongo verde con peregil rumiado. Por ver la brevedad del despacho, y el despojo y ruína que hice en sus panecillos, me dixo, que me fuese á traer mi ropa, y á buscar un fiador que darle, para tener seguro su bodegon, porque de otra suerte no me recibiria; porque no habia muchas horas que se le habia ido un criado con un cuaxar cocido, y una media cabeza sancochada: y que asi mas queria estar solo, que mal acompañado. Yo, dando gracias á Dios de salir de la espesura de su mal cocinado, me planté en la playa, y el primer Español que encontré en ella fue un Alferez del Tercio de Sicilia, llamado Don Felipe Navarro del Piamon-

monte, el qual poniendo los ojos en mí, me llamó, y preguntó que si estaba con amo, ó lo buscaba, y si tenia padre ó hermanos, ó algunos parientes ó conocidos en aquella Ciudad. Respondíle que no tenia dueño, y que andaba en busca de uno que me tratase bien, y que era tan solo como el esparrago, y del tiempo de Adan, que no usaban parientes. Contentóle mi agudeza, y dixome, que su oficio era, vigilia de Ayudante, y vispera de Capitan: que si lo queria servir, seria uno de los de la primera plana, y que esguazaria á tutiplen. Yo, ignorando esta gerigonza abascuenzada, por no ser práctico en ella, y por ser tan jóven, que en el mismo mes que estabamos cumplí trece años, bien empleados, pero mal servidos; pensando que la primera plana era ser de los Guzmanes de la primera hilera; y el esguazar, darme

me algun poco de dinero; y el tutiplen, llegar con el tiempo á ser Plenipotènciario; concedí en quedarme en su servicio. Y diciendole mi nombre, le fui siguiendo á su posada, donde en los pocos dias que estuvimos en ella, lo pasamos con mucho regalo. Habia ido el Capitan de nuestra Compañia á la Ciudad de Palermo á ciertos negocios suyos, por cuya ausencia mi amo, como su Alferez, metia la guardia, llevando yo su vandera con mas gravedad que Perico en la horca; porque es muy propio de hombres humildes, ensobervecerse en viendose levantados en qualquier puesto ú dignidad. Persuadíme que todos los que quitaban el sombrero á la Real insignia, me lo quitaban á mí: por lo qual hacia mas piernas que un presumido de valiente, y me ponia mas hueco y pomposo que un pa-

von Indiano. Pesabame estar ausente de mi padre y hermanas, y en parte que no podian ver el hijo y hermano que tenian, y al oficio que habia llegado en tan breve tiempo, ganado por mis puños. En esta ocasion nombró su Alteza Serenísima el Príncipe Filiberto Manuel de Saboya, Generalísimo de la Mar, treinta Galeras para ir en corso la vuelta de Levante, en busca de Navios y galeras Turcas, yendo por Cabo de ellas Don Diego Pimentel, y Don Pedro de Leyva, siendo mi compañia una de las que tocó embarcarse para ir en aquella navegacion. Salimos de Mecina un Sabado por la tarde, y habiendo aquella noche dado fondo en Rijoles, Reyno de aquel Apostol Calabrés, que por quitarse de ruídos y malas lenguas, se hizo morcon de un saúco: A la mañana zarpamos, encomen-

mendando á Dios nuestros buenos sucesos, y rogandole nos volviese victoriosos. Mi amo me mandó que tuviese cuidado de asistir al fogon, y de aderezar la comida para nuestro rancho; y acordandome de las mudanzas de fortuna, referí aquella ingeniosa glosa de: *Acordaos flores de mí.* Y aunque me llegó al alma el baxar de Alferez á cocinero, por reparar que era oficio socorrido, y de razonables percances, no le repliqué, ni me dí por sentido; antes en pocos dias salí tan buen oficial de marmiton, que podia ser Archipreste de la cocina del Gran Tamorlán.

Pasamos el mar de Venecia, reconocimos el cabo de quatro colunas, y al cabo de quatro jornadas, surcando la costa de Grecia, cogimos una barca de Griegos, á vista de Puerto Mayno. Yo iba á esta guerra tan neutral, que no me metia en di-

bujos, ni trataba de otra cosa, sino de henchir mi barriga, siendo mi ballestera el fogon, mi cuchara, mi pica y mi cañon de cruxía, mi reverenda olla: usaba, en habiendo algun arma ó faena, de las siguientes chanzas. Iba siempre apercibido de una costra de vizcocho, la qual llevaba metida entre camisa y pellejo. Procuraba poner mi olla en la mejor parte, y en medio de todas las demás; y para no hallar impedimento, madrugaba, y les ganaba á todos por la mano. Y quando la Galera andaba rebuelta, chirriando el pito, y curreando los bastones, quitaba la gordura de las mas sazonadas ollas, y traspasabala á la mia, con tal velocidad, que aun apenas era imaginado, quando ya estaba executado. Y por hacer salva á algunos púlpitos relevados, piñatas de respeto de Oficiales de marca mayor, en descuidando-

dose un instante el que estaba de guardia, zampaba mi costra en el golfo de sus espumosos hervores, y en viendola calada, sin ser visera, la volvia á su depósito, algunas veces tan caliente y abrasante, que al principio fue toda mi barriga un pielago de vegigatorios. Pero despues que me hice á las armas, estaba toda ella con mas costras que cien asentaderas de monas: mas lo tenia por deleyte que por fatiga. Esta empapada y avahada sopa me sirvió siempre de desayuno, sin otros retazos agenos, mas ganados á fuego y cuchara, que no á sangre y fuego. No dexaré de confesar, que algunas veces me cogió la centinela con el hurto en las manos, y quitandome la espumadera, y dandome un par de cucharazos, despedia su cólera, y yo guardaba mi costra: porque en este mundo no hay gusto cumplido,

ni se pescan truchas á bragas enjutas, andando, como dicen los Poetas, entre rumbos de cristal, rompiendo ceruleas ondas, y fatigando con pies de madera y alas de lino, campañas de sal y montes de armiños. Cogimos diez y siete caramuzales y una urca, ellos llenos de colacion de los llagados del mal Francés, y ella ballena de ricas mercancias; y aunque no tuve de ellas parte, con ser de los de la primer plana, me tocaron algunos despojos de la pasa y higo, que me sirvieron algunas semanas de dulcísimos principios y de sabrosos postres. Volcóse uno de los caramuzales, por la codicia del asalto, y competencia del saco, quedando los codiciosos hechos sustento de taburones, y alimento de atunes. Yo, que jamás me metí en ruidos, ni fuí nada ambicioso, me estaba tieso que tieso en mi cocina, á la qual llamaba el quar-

to

to de la salud. Fuimos á Castel-Roxo á hacer aguada, y salimos rabo entre piernas, por la fuerza de los Turcos de tierra; y asi nos retiramos á la mar, de quien eramos señores. Enderezamos las proas á San Juan de Pate, tierra de Grecia, donde nos hablaban en Griego, y nos chupaban el dinero en Ginovés: que yo reniego de la amistad del mejor País de contribucion: digolo por éste, que es contribuyente del Turco, que lo demás, *su alma en su palma*. Volvimos á Puerto-Mayno, donde cargamos de codornices, ó coallas saladas y embarriladas, como si fuesen anchovas, trato y ganancia de los moradores de aquella tierra; adonde siendo yo maestro de toda patraña, me engañaron como á Judío Caribe, y fue en esta forma. Dióme mi amo media docena de pesos Mexicanos, y mandóme saltar en tier-

ra á meter algun refresco. Salté en ella, y hallé junto al Puerto una gran cantidad de Villanos, cada uno con un carnero, y todos ellos con cien manadas de malicias. Parecióme, que me estaria mas á cuento comprarles uno, por estar mas á mano la embarcacion, que irlo á buscar á la Villa, que está de alli una gran milla, y volver, quando no cargado, embarazado. Llegué á un Villano, y concerté el que tenia, que me pareció de tomo y lomo, en una pieza de á ocho. Pescóme el taimado la pieza con la mano derecha, y con la izquierda hizo amago de entregarme el aventajado marido al uso. Y al tiempo que fui á asir de la ya venerada cornamenta, soltó el villano el atril de San Marcos, y dexó en libertad el origen del vellocino de Colcos. Empezó el tal animal á dar brincos y saltos la vuelta de la Villa,

par-

partiendo el amo mas ligero que un viento en su alcance, dando muestras de quererle coger; y yo con mas velocidad que una despedida saeta, fui en seguimiento del amo, por cobrar mi real de á ocho. El carnero huía, el dueño corria, y yo volaba. Fue tanta mi ligereza, que lo vine á alcanzar en un bosque frondoso, que estaba en la mitad del camino que habia de la Villa al Puerto. Preguntéle por el carnero: dixome, que se habia metido por la espesura del bosque, y que no sabia de él. Pedíle mi dinero, á lo qual alegó, que lo vendido vendido, y lo perdido perdido: que ya él habia cumplido con entregarmelo, que hubiera yo tenido cuidado de asirlo con brevedad, y ponerlo en buen recaudo. Yo movido á íra de la sinrazon del Villano, por verlo solo, y sin armas, me atreví á meter mano á una espadilla vieja

y

y mohosa que habia sacado de Galera, pensando de aquesta suerte atemorizarlo, y reducirlo á que me volviese mi dinero: pero me sucedió muy al contrario de lo que yo imaginé, porque apenas el tal borreguero vió en cueros y sin camisa el acero novel, quando empezó á dar infinitas voces, diciendo: Favor que me matan; socorro que me roban: á cuyos gritos salió de lo mas intrincado del bosque una manga suelta de tosco villanage, que Dios me libre por su santisima Pasion de semejante canalla. Venian todos cargados de chuzos y escopetas; y antes que fuesen descubiertos de mí, ya me habian atajado los pasos, y quedé en manos de villanos: que de las desdichas que suceden á los hombres esta es una de las mayores. Llegó uno, que parecia cabo de cuchara de los demás, preguntóle á mi inocente Judas la causa de su la-

lamento, y él le dixo: que despues de haberme vendido un carnero, y dadole ocho reales por él, le habia ido siguiendo con intencion de quitarselos, y que alcanzandolo en aquel puesto, se lo habia pedido con muchos retos y amenazas; y que porque me los habia negado, habia metido mano á la espada para matarlo y robarlo. Ellos sin oir mi disculpa, que bastaba á Inés ser quien es, llegaron á mí y despojandome de la durindana, me dieron tantos cintarazos con ella, y tantos palos con los chuzos, que despues de haberme abarrado como encina, me dexaron hecho un pulpo á puro golpes. Fueronse todos haciendo grande algazára, y dando muchas muestras de alegria: y yo, viendome solo y rendido en tierra, y en medio de tan lóbrega palestra, temiendo no saliese otra emboscada, que me dexáse sin des-

po-

pojos, ya que la pasada me dexaba sin espada y sin costillas, me levanté como pude, y desgajando de un sauce un mal acomodado baston, le supliqué que me sirviera de arrimo, y abordonado con él, me volví á mi Galera, donde conté todo el caso, el qual fue celebrado, y juzgaron á buena suerte haber salvado los cinco de á ocho. Contónos el Patron de la Galera, que él habia llegado alli diversas veces, y que habia visto hacer la misma burla á muchos Soldados, y que todos los carneros, que conducen á aquel Puerto, los tienen adestrados á huirse en viendose sueltos, y volverse á sus casas: y que escogen los mozos mas ligeros de aquella cercana Villa para venirlos á vender, teniendo de retén, para los que los siguen, una quadrilla de villanos armados á la entrada de aquel bosque; y que aunque se han querido

ven-

vengar algunos Soldados de su enga-
ño y villania, no se habian atrevido, por el vando que echan los Generales, de pena de la vida al que les hiciere mal ni daño; porque temen que pongan en arma la tierra, y les impida aquel retiro de qualquier tormenta, y el hacer aguada, y tomar algun refresco. Dí gracias al Cielo de haber escapado con la vida, y de haber llegado á tiempo, en que no solo los hombres, engañan á los hombres, pero enseñan á los animales á dexarlos burlados. Yo tuve que rascar algunos dias, y de que acordarme todos los que viviere.

Tuvimos una noche en este mismo Puerto una provechosa tormenta, llegando á pique de perderse toda la armada, porque las Galeras, abatidas de la fuerza de los vientos, y combatidas de la sobervias y encumbradas ondas, rompiendo cabos, y des-

despedazando gumenas , se encontraron y embistieron unas con otras , y como si fueran dos enemigas Esquadras , se quebraban los remos , se desgajaban los timones , y se maltrataban las popas : y mientras unos llamaban á Dios , y otros hacian promesas y votos , y otros acudian á sus menudas faenas ; mi merced , el señor Estebanillo Gonzalez , estaba en la cámara de popa , haciendo penitencia por el buen temporal , con una mochila de pasas y higos , dos panecillos frescos , y un frasco de vino que le habia soplado al Capitan , dicieno con mucha devocion : *Muera Marta, y muera harta.* Cesó la tormenta , remendaronse las Galeras lo mejor que se pudo , y volvimos atrás , como potros de Gaeta , quando pensabamos pasar muy adelante. Pusieron en cadena unos Patrones , porque aseguraron á los Generales que llevaban basti-

timento para tres meses, no llevandolo para seis semanas; por cuyo engaño quizá se perdieron muchas victorias, y se malograron muchas ocasiones. ¡Qué de ello pudiera decir cerca de ésto, y de otros sucesos que han pasado y pasan de esta misma calidad, no solo á Patrones de Galera, sino á Gobernadores de Villas, y Castellanos de Fortalezas, y á Municioneros y Proveedores, en quien puede mas la fuerza del interés, que el blason de la leatad! Pero no quiero mezclar mis burlas con materia de tantas veras, ni aguar la dulzura de mi bufa con el amargura de decir verdades. Pasamos por entre Turcos y Griegos, despues de haber descubierto con turbantes de nubes, y plumas de celages el altivo y celebrado Etna, el ardiente volcán, y el fogoso mongibelo: llegamos á Mecina llenos de vanderolas, flamulas y gallar-

llardetes: saludamos la Ciudad con pelicanos de fuego, y ella con neblines de alquitran hizo salva Real á nuestra buena venida y publicada victoria. Saltamos en tierra, donde los dos Generales fueron bien recibidos de su Alteza Serenísima el Príncipe Filiberto Manuel, el qual saliendo á ver su victoriosa armada, honró á todos los Capitanes y Soldados particulares, asi con obras, como de palabras; porque solo dan honra los que la poseen, y deshonra los que carecen de ella; porque no puede dar ninguno aquello que no tiene. Mandó poner á la Urca de la presa un artificio en forma de carroza, que en virtud de sus quatro ruedas andaba sobre el agua, caminando á todas las partes que la queria llevar, sin velas y remos ni timon, que á todo esto ha llegado la sutileza de los ingenios, y todo esto puede la fuerza del-

del oro. Retiraronse á sus puestos la mayor parte de las Galeras, particularmente las del Gran Duque de la Toscana, quedandose en Mecina sola una Esquadra de veinte y cinco Galeras, en las quales embarcandose su Alteza, y dexando aquella Ciudad en una confusa soledad, partimos la vuelta de Palermo á gozar de su cucaña. Detuvimonos veinte y un dias en Melazo, por falta de buenos temporales. Hay en este Puerto una Iglesia de la advocacion de San Fanfino, Abogado de gomas y lapas, adonde qualquiera persona que llega á encomendarse á este bendito Santo, padeciendo estas enfermedades, metiendose en la arena de su marina, y echando sobre ella una poca de agua del mar de aquel Puerto, le salen en breve espacio milagrosamente infinidades de gusanos de sus llagas antiguas ó modernas, y queda bueno

y sano de su pestifera enfermedad. Yo, que por andar bien aforrado de paño y vino de Pedro Ximenez, no necesité de este santo milagro; y quando acaso necesitára, por no echar sobre mi cuerpo la cosa que mas aborrezco, que es el arrastrado y sucio elemento del agua, me quedára hecho otro Lazaro leproso. Si este divino Santo convirtiera este milagro en el de la boda de Architriclino, y volviera aquel agua del Puerto de San Fanfino en vino de San Martin, te aseguro que dexára de seguir las Galeras, y que dexando el mundo, me retirára á este sagrado á hacer penitencia de mis pecados en el humedo yermo de su bodega ó cantina.

Prosiguiendo el viage de aquella fértil y abundante Corte de Palermo, me sucedió una desgracia en mi aplaudido y celebrado fogon, con que dí

con

con los huevos en la ceniza ; y fue, que yendo una mañana á querer poner la olla con una poca de carne que habia quedado en mi rancho ; por ser el ultimo dia de la navegacion, al tiempo que la metí en un valde, y alargué el brazo al mar desde la proa, para coger un poco de agua para lavarla, llegó una sobervia onda, fomentada de una mareta sorda, y cargó con la carne y lavadero, y me dexó moxado y descarnado. Yo, por no dexar á mi amo sin comer, ni hallar por mis dineros con qué encubrir el robo maritimo, arrimé al fogon la piñata, llena de tajadas de bacallao, pensando, que en virtud del ajazo y pimenton, supliera la falta del sucedido fracaso ; y habiendo espiado una olla de un Capitan (pienso que podrida, pues tan hedionda fue para mí), y visto que el guardian de ella se entretenia en la cruxia en el

juego de dados, le dí el gatazo, á su olla asalto. Pues yendo á mi rancho, y trayendo un pequeño caldero vacío, traspasé el bacallao á él, y la olla del Capitan á la mia. Hecho este trueque sin partes presentes, zampé el pescado de el caldero en la olla Capitana, y volviendolas á tapar á las dos, volví el caldero á su lugar, y poniendo la mesa, y llamando á mi amo y sus camaradas, aparté la piñata; y hiceles que comiesen temprano, por estár á quatro millas de Palermo. Alabaron todos lo sazonado de la olla, confirmandome por el mejor cocinero de la armada. Levantóse nuestra tabla al tiempo que se puso la del Capitan, y que el guardian y maestro de cocina, habiendole hecho dexar el juego, venia muy cargado con su olla Victoriana. Desembarazóse de ella, quitóle la cobertera, y al quererla escudillar, se quedó hecho una estatua de pie-

piedra, sin menear pie ni mano. El Capitan, viendo su elevacion, y que apenas pestañeaba, le preguntó la causa, pensando que le habia dado algun accidente. El le respondió, viendo aquella transformacion de Ovidio en su olla, que sin duda aquella Galera se habia vuelto Palacio de Circe, pues á él lo habian convertido en marmol frio, y á la carne de aquella olla en bacallao. Viendo el Capitan el suceso tan en su daño, echó á rodar la mesa de un puntapié, y con mucho enojo le dixo al cocinero Soldado, que si él no se hubiera puesto á jugar, ni nadie se hubiera atrevido á tales transformaciones, ni él se quedára burlado y sin comer: que echáse el pescado á la mar, y que de allí adelante no se encargase de guisar su comida, que él buscaria quien acudiese con mas cuidado. Con esto le volvió las espaldas muy enfadado, y el pobre Soldado con muy

grande flema llevó á un banco la encantada ollâ, y dió lo que estaba dentro á los forzados de él y teniendo su piñata vacía en la mano derecha, al quererse ir á llegar á su rancho, un esclavo, á quien tocó parte en las tajadas de bacallao; quizá agradecido de la limosna que le habia hecho, le contó haber sido yo el autor de aquella maraña, y el varon santo que convertia la carne en pescado, para mortificacion y continencia del Capitan, y que él me habia visto hacer el milagro, y la trasladacion de un sepulcro á otro. Yo, que estaba receloso de ser descubierto, y andaba escondido para ver en qué paraba aquel alboroto, estaba cerca del vando contrario, bien ignorante de lo que en mi contra se trataba. El Soldado, así que se satisfizo de la verdad, por volver por su reputacion, puso por obra la venganza. Y llegandose á mí, y alzando el vaso

y

y olla muy airosamente, rompió los cascos de ella en los de mi cabeza, diciendome: Señor soto-Alferez, quien goza de las maduras, goce de las duras; y quien come la carne, roya los huesos. Yo caí sin ningun sentido sobre la cruxia, adonde al ruido del golpe acudió mi amo y su Capitan: informaronse del caso, y por ver que me bastaba por castigo el estar como estaba, pidió el Capitan á mi amo que me despidiese luego que llegáse á Palermo, porque *quien hacia un cesto, haria ciento*: el qual le prometió de hacerlo así. Fueronse los dos á la popa, y yo, despertando del sueño de mi desmayo, ó letargo de mi tamborilazo, me hice curar de un Barberote media docena de burujones, que me habian sobrevenido de achaque de olla podrida, y entrapajandome muy bien la cabeza, me fui poco á poco á mi rancho. Leyóme la sentencia mi amo, dan-

dóme (aunque sobre peyne, por haberle sabido bien la olla) su poquita de reprehension. Díxele, que supuesto que me despedia, habiendome sucedido aquella desgracia, por acudir á su regalo, que me pagáse lo que me debia, conforme al concierto que hizo conmigo en Mecina, quando me recibió. Preguntóme, que si desvariaba con el dolor de la cabeza, porque él no habia concertado nada conmigo, ni de tal se acordaba, ni que á los abanderados se les daba otra cosa que de comer y beber, y un vestido cada año. A estas razones le respondí algo enojado, que él no me habia recibido para abanderado, sino para estar en la primera plana, y para esguazar, y que no solo no me habia dado el sueldo de la primera plana, ni los provechos del esguazo, ni puestome en el abanza-

zamiento que me habia prometido; pero que en lugar de cargo tan honoroso, me habia obligado á ser lamedor de platos y marmiton de cocina, por lo qual me habia venido á ver en el estado en que estaba. Mi amo, despues de haberse reído un gran rato, me dixo: Señor Estebanillo, vuesa merced ha vivido engañado. El ser abanderado es oficio de la primera plana, cuyo sueldo tira el Alferez. Si el esguazar ha pensado que no es otra cosa que comer y beber, será el ollazo que le han dado sobre la cabeza. El tutiplen es, que vuesa merced es en todo y por todo otro Lazarillo de Tormes; mas porque no te quejes de mí, ni digas que te he engañado, no siendo nada inocente, ves aqui dos reales de á ocho para ayuda de tu cura, y para que esguaces en saltando en tierra, y bebas un frasco de vino á

mi

mi salud. Yo los recibí y le agradecí la merced que me hacia, y me fui previniendo para salir de aquel abreviado infierno, por estar ya cerca de tierra.

Tenia la Ciudad y Corte insigne de Palermo hechos grandes apercibimientos para recibir á su Alteza Serenísima, por dar muestras de su valor y grandeza, y por significar el gusto que tenia de que la viniese á mandar y á gobernar tan Gran Príncipe, y tan lleno de perfecciones y excelencias; y asi al tiempo que llegó cerca de su playa, colmó el mar de balas, el ayre de fuegos, la esfera de humos, y la tierra de horrores. Desembarcóse de su real al son de bélicos instrumentos de guerra; y acompañado de la Nobleza ilustre de aquel Reyno, y aplaudido de los habitadores, entró en una de las mejores Ciudades que tiene el Orbe,

y

y en uno de los mas abundantes y fértiles Reynos de quantos encierra la Europa. Tomó pacifica posesion de su merecido gobierno, y yo inquieto amparo de una pobre hosteria, adonde en pocos dias quedé sano de la cabeza, y enfermo de la bolsa. Mas como tras la tormenta suele venir la bonanza, asi tras de una desgracia suele venir una dicha, que á haberla sabido conservar, harto felíz hubiera sido la que hallé á los ocho dias de mi desembarcacion: pues yendome una tarde paseando por el cazaro de Palermo, admiracion del presente siglo, y asombro de los cinceles, me llamó un Gentil hombre, que servia de Secretario á la señora Doña Juana de Austria, hija del que fue espanto del Otomano, y prodigo del mar de Lepanto. Díxome, que me habia encontrado tres ó quatro veces en aquella calle, y que le habia parecido ser

fo-

forastero, y estar desacomodado: que si era asi, que él me recibiria de buena gana, y que me trataria como si fuera un hijo suyo, en el regalo, y en el traerme bien puesto. Pareciendome el partido mas claro, y menos sin trampa que el de el esguazar, díxele, que le serviria con mucho gusto, y dandole el nombre, como al Soldado que está de centinela, y negandole el tener padre, ni ser medio Romano, me vendí por Gallego: y se echó muy bien de ver que lo era en la coz que le dí, y en la que le quise dar. Fuilo siguiendo hasta su aposento, adonde, despues de haberme dado de merendar, me entregó la llave de un baul que tenia, depósito de sus vestidos y de una buena cantidad de dineros: que el hombre que llega á hacer confianza de quien no conoce, ó está jurado de santo, ó graduado de menguado. Y como mi amo me puso el cabe de á palaleta, y yo tenia,

nia, tras de jugador, un poquito de goloso, fue fuerza el tirarlo, dandole toque y emboque al baul: el qual quedó libre de no hacer dos de claro, por ser las sangrias pequeñas y de no mucha consideracion, por no darme lugar á mayor atrevimiento mi poca edad, y el buen tratamiento que me hacia mi amo. Estuve con él cerca de un mes, que te certifico que no fue poco, para quien está enseñado, como yo lo estoy, á mudarlos cada semana, como camisa limpia. Llegó un dia de fiesta, aderezabale una conocida suya las vueltas y valonas, y aun pienso que le almidonaba las camisas, siendo yo el portador de llevarlas y traerlas. Madrugó á oir Misa, por ser dia de correo, y vió que yo me habia descuidado en no traerlas un dia antes, como siempre acostumbraba á hacer: dióme media docena de bofetadas muy bien dadas, pero muy mal recibidas, diciendome:

Pi-

Pícaro Gallego, ¿es menester que ande yo siempre tras vos, diciendoos lo que habeis de hacer? Como teneis habilidad para comer, ¿por qué no la teneis para servir, teniendo cuenta (pues no sois de los que buscaba Herodes) de lo que yo necesito, para hacerlo, sin que yo os lo mande? Y diciendo esto, se salió de casa, y yo me quedé con mis bofetadas hasta ciento y un año.

Volvió mi amo al cabo de un rato muy alborotado, diciendome, que recogiera toda su ropa blanca, y que me apercibiera, porque á otro dia nos habiamos de embarcar para Roma, porque iba acompañando al Príncipe de Votera, yerno de su ama, que iba á aquella Corte á ver el Condestable Colona su padre. Yo salí fuera á hacer lo que me mandaba, con doblado disgusto de el que habia tenido, por no atreverme á volver á Roma, y perder

tan

tan buen amo, aunque estaba algo en mi desgracia por el desayuno de las bofetadas. Encontré en la calle á un jornalero matante, que por haber gastado con él algunas tripas de el baul, se habia hecho mi amigo, y lo era de taza de vino, y de los que ahora se usan. Contéle todo mi suceso, y pedíle que me aconsejáse en aquello que me estaba bien. Y despues de haber reportado el bigote y arqueado las cejas, acriminó mucho lo que mi amo habia hecho conmigo, diciendome, que no me tenia por mancebo honrado, ni por hijo de hombre de bien, si no me vengaba. Y persuadiendome que no fuese á Roma, ni tratára de darle mas disgustos á mi padre, se resolvió en que me fuese con él á Mecina, y desde allí á Napoles, y que para el viage cargára con todo quanto pudiera, que él me lo guardaría en su posada, y á mí me tendria oculto en ella, hasta
que

que se embarcáse mi amo, y los dos nos pusiesemos en camino. Pudo tanto conmigo la persuasion de este interesado verdugo, que me obligó á hacer una vileza, que jamás habia pensado, ni pasado por mi imaginacion: que tales amigos siempre incitan á cosas como aquestas, y una mala conpañia es bastante á que el hombre mas prudente y de mejor ingenio tropiece en una afrenta, y caiga en un peligro. Llevé toda la ropa que estaba fuera de casa, entreguesela á mi amo, y ambos estuvimos ocupados toda aquella tarde en aprestar lo necesario para el viage. Llegó el dia de la embarcacion, y como mi natural, aunque era picaril, no se inclinaba á hurtos de importancia, sino á cosas rateras, no determinaba, temiendo no me cogiesen en la trampa, y me diesen un jubon sin costura. Quiso mi desgracia, que estando ya resuelto de no hacer cosa por donde

mereciera, y de ir acompañando á mi amo, entró en el Aposento el Aquitofél Consejero de mi estado, y amigo de mi dinero. Díxome, que ¿cómo estaba con tanta flema, habiendo de partir las Galeras á prima rendida, y estando mi amo en la marina con el Príncipe, y el aposento solo, y la noche obscura? Yo viendome en tan fuerte tentacion, y acordandome de lo que le habia prometido, le dixe: Que todo lo que habia de sacar lo habia metido en aquel baul, y que por pesar mucho no habia podido cargar con él, ni habia hallado quien lo quisiese llevar. El me respondió: No le dé cuidado eso, que aqui estoy yo, que me llevaré sobre mis hombros, no solamente el baul, pero el Arca de Noe, y arrimarse á él, y echarselo acuestas, y salir de el aposento, todo fue uno. Viendole cargar con los Penates de Troya, sin ser piadoso Eneas,

sino un astuto Sinon, tomé mi ferreruelo, cerré tras mí, y fuilo siguiendo. Fue tan grande la ventura de mi amo, que al tiempo que iba á salir el baul por la puerta de la calle, llegó al umbral de ella á querer entrar; y viendo que lo mudaban sin su gusto, me dixo: ¿Adonde vas con este baul á estas horas? Yo, con más desmayo de muerto que aliento de vivo, le respondí: Que á embarcarlo en la Galera, adonde habiamos de ir. Replicóme: ¿Y sabeis vos en qué Galera me embarco yo? Respondíle: Señor, quien lengua ha, á Roma va: demás que me habian dicho, que vuesa merced estaba en la playa con su Excelencia, y me mandaria adonde lo habia de llevar. Díxole á mi fingido palanquin, que volviera el baul á su lugar: hizolo asi, y no viendo la hora de ponerse en salvo, por no ser conocido, se puso con brevedad en la calle. Díxome mi amo

con

con rostro ayrado, ceñudo de ojos, y amostazado de narices: ¿ Quien os manda á vos sacar mi hacienda de mi casa, sin tener licencia mia? Díxele: Tan flaco es vuesa merced de memoria, que ya se le ha olvidado la pendencia sobre las valonas, y el haberme dicho, que no habia de andar tras de mí diciendome lo que habia de hacer, sino que cuidase yo de lo que vuesa merced necesitaba, sin aguardar á que me lo mandase? Pues siendo esto asi, y viendo que en este cofre tiene todos sus vestidos y dineros, y que necesita de ellos para este viage, no pienso que ha sido error hacer lo que vuesa merced me manda. Pidióme la llave: dísela, abriólo y reconociólo por todas partes, y volviendolo á cerrar, me dixo: Señor Estebanillo Gonzalez, vuesa merced se vaya con Dios de mi casa, que no quiero en ella criados tan bien mandados, ni sir-

vientes tan puntuales, y que unas veces pequen de carta de mas, y otra de carta de menos: y agradezca que estoy de partida, que á no estarlo, yo le hiciera cantar sin solfa; y aun puede ser que lo haga, que no estoy muy fuera de ello, sino se me quita de delante. Yo temiendo que por haber intentado cazar gangas, no me enviáse á cazar grillos, me salí del aposento, temblando de miedo, sin amo, sin dinero, y sin haber cenado, porque lo poco que habia acaudalado en ser caxero de aquella Tesorería, lo habia gastado con mi valiente de mentira. Viendome que ya era irremediable lo hecho, y que habia sido ventura haber hallado tan buena salida, habiendonos cogido las manos en la masa, me fui á la posada de mi amigo, al qual hallé con una cara de deudor executado. Contéle el despedimiento de el cuerpo y el alma: y despues de mas de media ho-

hora de paseo, dando mas bufidos que un Toro, y echando mas tacos que un Artillero, vino á parar toda la tormenta en mandarme azaynadamente, que pidiese de cenar á la Patrona. Yo le dixe: En quanto á pedirlo, yo lo haria con todas veras; pero que en quanto á la paga, habia salido de casa de mi amo como niño de doctrina, abofeteado y sin blanca. El me respondió: Pues cuerpo de tal con él, ya que no tuvo ánimo de cargar con un talego, ha de dexar por la cena empeñado el ferreruelo, que no me he yo de acostar haciendo Cruces por sus ojos bellidos, habiendo hecho por él lo que yo he hecho, arriesgadome, como me he arriesgado, no debiendole ninguna amistad, ni teniendole obligacion ninguna, que si me ha dado algunos reales, mas he hecho yo en pedirselos, que él en darmelos. Y yo sé que si me conociera, que me ayunára, y que ya hubiera hecho

cubrir, no solamente una tabla, sino mas tablones que hubó en el Templo de Salomon: que presumo, que debe de ignorar que por mí se hizo la xacara de Zampuzado en un banasto. Fue tanta la risa que me dió el ver su modo de hablar y su crudeza, que le obligué á que pensáse, que hacia burla de él: por lo qual, dexando caer el ferreruelo, y habiendome hecho Conde de Puñoenrostro, arrancó la tizona, quizá por haberle yo negado la colada; pero como no he sido nada lerdo, ni perezoso en tales apreturas, tomé tierra del Rey, y con presteza á la calle, y entrandome en casa del Cardenal Doria, Arzobispo de Palermo, mi bravo se quedó plantado de firme á firme, tirando angulos corbos y obtusos á la puerta de la posada.

Hallé á la entrada de la del Palacio al cocinero mayor ó de servilleta ó manteles de su Eminencia, que se llama-

maba Maestre Diego, y viendome entrar tan presuroso y alborotado, me preguntó, que ¿qué era lo que traía? Yo le respondí, que, un puñetazo junto al ojo, y cien libras de miedo, porque me habian cogido entre dos para quitarme el ferreruelo, y que me habia dado tan buena maña, que me habia librado de ellos, los quales me habian venido siguiendo, hasta haberme valido de aquel sagrado.

Quiso ser curioso, y saber de donde era, y como me llamaba, y si tenia padre ó amo, ó si era venturero. Satisficele á sus preguntas, y recibióme por su picaro de cocina, que es punto menos que mochillero, y punto mas que mandil. No me descontentó el cargo que me habia dado, porque sabia por experiencia de la embarcacion, que es oficio graso, y ya que no honroso, provechoso. Regalabase mi amo á costa agena, que es

gran cosa comer de mogollon, y tapar á lo morlaco. Tenian cada dia pendencias él y el Veedor, y á la noche sucedia con ambos aquello de en la caballeriza, *yo y el potro nos pedimos perdon el uno al otro.* Yo llevaba, al tiempo que el relox echa todo su resto, la comida de raspatoria á casa de mi amo, y á las tres de la tarde las sobras, resultas y remanentes y percances, con ayuda del gifero, al baratillo de la ropa vieja y usada: y lo restante del dia me ocupaba en hacer burro de noria á un bolteador asador, donde estaba quatro horas como caballo del azerado, boca abaxo y sin comer. Hacia de dia entierros de leños y carbones, y á la noche sacaba los tales muertos á que fuesen refrigerio de vivos. Hicieronme al cabo de cinco semanas, en premio de mis servicios barrendero menor de la escalera abaxo, que de esta suerte abanza
quien

quien sabe tan bien servir, y con tanta satisfaccion de sus oficiales. Salí al nuevo oficio descalzo, desnudo y tiznado, con tener de mi parte los Cardenales, de que era el uno á quien servia, y el otro el que me hizo el rebosado valiente, y ayunaba al traspaso. Quiso mi favorable estrella, que los criados de casa estudiaron la comedia de los Benavides, para hacerla á los años de su Eminencia, y á mí por ser muchacho, ó quizá por saber que era chozno del Conde Fernan-Gonzalez, me dieron el papel del Niño Rey de Leon. Estudiéle, haciendole al que se hizo Autor de ella, que me diese cada dia media libra de pasas y un par de naranjas, para hacer colacion ligera con las unas, y estregarme la frente al quarto del Alva con las cascaras de las otras: porque de otra manera no saldria con mi estudio, aunque no era mas de media columna, por ser fla-

flaco de memoria: y esto que habia visto hacer á Cintor y á Arias, quando estaban en la Compañia de Amarilis. Creyólo tan de veras, que me hizo andar de allí adelante, mientras duraron los ensayos, todos los dias, y estudiando todas las noches, mascando pasas, y todas las mañanas atragantando cascos de naranjas, y haciendo fregaciones de frente. Llegó el dia de la representacion: hízose un suntuoso Teatro en una de las mayores salas del Palacio: pusieron á la parte del vestuario una selva de ramos, adonde yo habia de fingir estar durmiendo, quando llegasen los Moros á cautivarme. Convidó el Cárdenal, mi señor, á muchos Príncipes y Damas de aquella Corte: pusieronse mis representantes de Aldea muchas galas de Fiesta de Corpus: adornaronse de muchas plumas, y en efecto el Palacio era un florido Abril. Pusieronme un vestido de pa-

paño fino, con muchos pasamanos y botones de plata, y con muy costosos cabos: que fue lo mismo que ponerme alas para que voláse, y me fuese. Yo, aprovechandome del comun vocablo del juego del axedrez, por no volverme á ver en paños menores, le dixe á mi sayo: jaque de aqui. Empezóse nuestra comedia á las tres de la tarde, teniendo por auditorio todo lo purpureo y brillante de aquella Ciudad. Andaba tan alerta el Autor sin titulo, por haber él alquilado mi vestido, y hechose cargo de él, que no me perdia de vista. Llegó el paso en que yo salia á caza, y fatigado del sueño, me habia de recostar en aquella arboleda: y despues de haber representado algunos versos, y apartadose de mí los que me habian salido acompañando, me entré á reposar en aquel acopado y florido dosel, adonde no se pudo decir por mí, que me dor-

mí

mí con la purga, pues aun no habia entrado en él, quando siguiendo una carrera que hacia la enramada, me dexé descolgar del tablado, y por debaxo de él llegué á la puerta de la sala, y diciendo á los que la tenian ocupada: Hagan plaza, que voy á mudar de vestido, me dexaron todos pasar; y menudeando escalones, y allanando calles, llegué á la lengua del agua, y desde ella á la sombra de la mar. Informaronme otra vez que dí la vuelta á esta Corte, que salieron en esta ocasion al tablado media docena de Moros bautizados, hartos de lonjas de tocino y de frascos de vino: y llegado á la arboleda á hacer su presa, por pensar que yo estaba allí, dixo el uno de ellos en alta voz: Ha niño, Rey de los Christianos? A lo qual habia yo de responder, pensando que eran criados mios: ¿Es hora de caminar? Y como ya iba caminando mas de lo

que

que requeria el paso, no por el temor del cautiverio, sino por miedo del despojo del vestido, mal podia hacer mi papel, ni acudir á responder á los Moros, estando una milla de allí, concertandome con los Christianos, aunque no lo hice muy mal, pues sali con lo que intenté. Viendo el apuntador, que no respondia, soplaba por detrás á grande priesa, pensando que se me habian olvidado los pies: y á buen seguro que no se me habian quedado en la posada, pues con ellos hice peñas y Juan danzante. Viendo los Moros tanta tardanza, pensando, que el sueño que habia de ser fingido, lo habia hecho verdadero, entraron en la enramada, y ni hallaron Rey ni Roque. Quedaron todos suspensos, paró la comedia, empezaron unos á darme voces, y otros á enviarme á buscar, quedando el guardian de mi persona y vestido medio desesperado, y ofrecien-

ciendo Misas á San Antonio de Padua, y á las Animas del Purgatorio. Contaronle mi fuga al Cardenal, el qual respondió, que habia hecho muy bien en haberme huido de enemigos de la Fé, y no haberles dado lugar á que me hiciesen prisionero: que sin duda me habia vuelto á Leon, pues era mi Corte, y que desde allí mandaría restituir el vestido; y que en el interin él pagaria el valor de él, y que asi no tratasen de seguirme, porque no queria dar disgusto á una Persona Real, y mas en dias de sus años. Mandó que le leyesen mi papel, y que acabasen la comedia: lo qual se hizo con mucho gusto de todos los oyentes, y alegre el Autor de ella, por tener tan buen fiador.

## CAPITULO III.

*A DONDE SE DECLARA EL viage que hizo á Roma : lo que le sucedió en ella, estando por aprendiz de Cirujano. Como se volvió á huir tercera vez: entró á servir de platicante y Enfermero en el Hospital de Santiago de Napoles, y como se salió de él por pasar á Lombardia con puesto de Abanderado.*

Aquella tarde iba tan en popa mi fortuna, que todo me sucedia á medida del deseo, pues asi que llegué á la marina, oí dar voces á un Marinero, diciendo: *A Napoli, á Napoli.* Preguntéle, ¿que quando se habia de partir? Respondióme, que ya estaba la faluca echada á la mar, y que solo aguardaba al Patron, que habia entrado en la Ciudad á sacar licencia pa-

para ello. Estando en esta plática , llegó el dicho Patron , con quien me concerté con brevedad , en virtud de una hucha, que habia hecho de lo mal alzado de la cocina, que seria de hasta quarenta reales; y embarcandome con él en una barquilla , volviendo por instantes la cabeza atrás , llegamos á la faluca, y echamos todo el trapo : y al cabo de seis dias me hallé en Napoles. Me fui áquella noche fuera de la puerta Capuana , y al amanecer tomé el camino de Roma , donde sin acaecerme de qué poder hacer mencion , llegué una mañana á una puerta de sus antiguos muros ; y habiendo entrado en ella , y considerando en el trage honrado que llevaba y la afabilidad de mi padre, me fui derecho á su casa , adonde fui muy bien recibido , haciendo muy al vivo el paso y ceremonias del hijo prodigo. Preguntóme mi padre , ¿qué donde habia asistido el tiempo que habia

fal-

faltado de sus ojos ¿Hizele creer, que habia estado en Liorna sirviendo de page á Don Pedro de Medicis, Governador de aquella Plaza, y que me habia venido con su gusto, por solo verle á él y á mis hermanas, y por tirarme el amor de la patria. Hizo que me regalasen, y no poniendo en olvido mis buenas costumbres y habilidades, me dixo, que se holgaba mucho de mi venida, pero que aquella misma tarde me habia de buscar quien me enseñáse oficio, aunque le costára qualquier cantidad, porque no queria que durmiese en su casa, ni que estuviese en el contorno de ella: y que pues habia tenido tan buenos principios en el de barbero, y sabia levantar tan bien un bigote, que queria que prosiguiese con él: y que mirase que no fuera tan solícito en cobrar libranzas, é irme con ellas, como habia hecho con su amigo Bernardo Vadía; que

ya aquella estaba pagada, pero que si proseguia en mis travesuras, que no lo tuviese por mi padre, sino por mi enemigo capital. Comí al galope, por temer que me pusiese en la calle antes de acabar, y con el bocado en la boca, por no faltar á su palabra, como al fin hijo-dalgo, me llevó á la barberia de un Maestro Catalán, que se llamaba Jusepe Casanova. Habló con él, y hallólo muy duro, y muy lexos de recibirme, por estar informado de mi mala opinion y poca estabilidad. Salió mi padre por fiador de qualquiera desacierto que yo hiciese en el tiempo que estuviese en su casa, y le prometió pagar cien ducados, si dentro de un año le hiciese falta de ella; pero que si asistiese, y cumpliese el plazo, que él me habia de dar á mi veinte, para que hiciese un vestido. El Maestro contentandole el partido, y que tenia

nia por cosa segura el irme yo, y el cobrar él tan buena cantidad, vino en las condiciones, y haciendo de ellas escritura por ante Notario, yo quedé á ser aprendiz, y mi padre se arrepintió del contrato al cabo de tres meses, que fue el tiempo que estuve en aquella tienda, ignorando mas cada dia, que aprendiendo. Tratóme este Maestro con mas respeto que el primero, pues el otro me enseñaba á lavar pañales, y éste á echar barbas en remojo. Serviale, quando salia fuera á dexar lampiños, y á algunos señores, de page de vacía y de mozo de estuche; y en la tienda, de calentar el agua, y de atizar la fogata. Haciame que asistiese todo el dia en ella, y que tuviese cuenta en aprender á rapar zaleas, y alzar criminales, ocupando los ratos perdidos en leer unos libros que tenia de Cirugía. Y por no darme á conocer,

aunque ya era bien conocido de mi amo, acudia á todo con mucha puntualidad, y mas los primeros dias, porque se dixese por mí aquello de cedacito nuevo. Pareciendo al cabo de algunos dias á mi amo que ya sabria algo del oficio, por lo atento que me veía estar siempre á los tormentos de agua y fuego, me mandó quitar el cabello y barba á un pobre, que habia llegado á pedirle una rapadura de limosná: que en las cabezas y rostros de los tales siempre se enseñan los aprendices, porque llueva sobre la poca ropa. Hicele sentar sobre una silla vieja reservada, y de respeto, para gente de poco pelo. Pusele por tohalla un cernedero de colar legia, y sacando de un caxon de los principiantes unas tixeras, poco menos que de tundidor, y un peyne (desperdicio de algun rucio rodado), me acerqué á mi paciente, y di-

diciendo, en nombre de Dios (por ser el primer sacrificio que hacia), empecé á tirar tixeretadas á diestro y á siniestro; mas viendo la poca igualdad que llevaba, y que estaba el cabello lleno de escalones, y con mas altas y baxas que aloxamiento de Capitan, traté de esquilallo como á borrego y rapaterron. El me pedia, que fuese sobre peyne, y yo lo hacia sobre casco. En efecto, yo lo empecé á trasquilar como á pobre, y despues lo esquilé como á carnero, y lo atusé como á perro lanudo. Tentóse el cuitado la cabeza, y hallando su lana convertida en calabaza, desierta la mollera y calva toda la cholla, me dixo: Señor mancebo, ¿quien le ha dicho á vuesa merced, que tengo gana de ser buena boya, para taparme de esta manera? Respondíle, que aquello era nueva moda venida de Polonia

y Croacia, con la qual gozaria de mas limpieza, y se saldrian mas bien los malos humores de la cabeza: y que si acaso era amigo de traer cabellos largos, le bolverian á crcer á palmos, por haberselos quitado á raíz, y en creciente de Luna: y encaxandole otra media luna de la margen de una vacía vieja, llena de agua fria, en el empañado pescuezo, que le pudiera servir de argolla, ya que lo tenia á la vergüenza; despues de haber empapado las bedijas, encaxado la barba, y hechole mil mamonas, le enxaboné los carrillos tan apriesa, y tan apretadamente, que en poco espacio pudiera ser, por la abundancia de espuma ó madre de Venus, ó mula de Doctor. Sobajéle las barbas, ajéle los bigotes, rasquéle las mexillas, lavéle los labios, y despolvoréle las narices, y mil dos veces po-

bre,

bre, agarrado á su vacía el hocico, cerraba, y haciame mas gestos que una mona. Quitéle la vacía, sacudíle los dedos, y limpiandole mas de dos libras de natas ó requesones frescos, lo volví de blanco Aleman en tostado Africano. Tomé un hocico ó navaja, y empecé, no á cortar, sino á desgajar lana de aquel soto de barba, cuya espesura pudiera ser habitacion de silvestres animales. Llevaba ácia abaxo los cueros, y no los pellejos: y como yo no tenia el dolor, apretaba mas la mano, por dar fin á la obra, y acreditarme en breve con mi amo, que desde el principio de este prodigio le habian venido á llamar para hacer una sangria, y estaba ausente de la tienda. Era tan mal inclinada la navaja, que cortaba la carne, y no la barba. Yo, viendo que mi parroquiano tenia todo el rostro como zapato de gotoso, y que es-

estaba teñido en la sangrientalidad, volvíle á dar otra agua, porque no se despeñáse el roxo licor, y se descubriese el defecto del no viejo, y lo borazo de las armas: limpiélo muy bien, y por ver que proseguian las corrientes, entré en mi aposento, y saqué un gran puñado de telarañas, y muy al descuido fui tapando las pequeñas grietas, hechas en aquel rostro de peñasco, y las que cada instante le iba haciendo. El, no pudiendo soportar el dolor, me dixo: ¿Mancebito, mancebito, raspa ó degüella? Respondíle: Señor mio, lo uno y lo otro hago, porque la barba de vmd. es mas dura que una roca, y es menester pasar cochura por hermosura. Yo estaba temblando de que viniese mi amo, y le viese la horrenda figura que tenia, pues su rostro mas era tapicería de arañas, que cara de Christiano, porque eran tantos los luna-
res

rès que le habia puesto, que á haberselos visto á la luna de un espejo, quedára lunatico ó frenetico. Yo, viendo que mis principios mas eran de carnicero, que de barbero, saqué del estuche de mi Maestro una de sus mejores y mas cortantes navajas, con la qual empecé á bizarrear, y hacer riza en aquella barba, boba, que harto lo era el dueño, pues pasaba tantos martyrios á pie quedo, sin estar en tierra del Japon. Quiso la mala suerte, que siempre huyendo de los ricos, da en seguir á los pobres, que al tiempo que lo iba enjordanando, y quitandole veinte años de edad, tropezó la navaja en uno de los remiendos, ó tacones, que le habia puesto, y embarazandose en la tela de araña, no quiso pasar adelante, por lo qual me obligó á apretar la no ligera mano: y dando un grito el doliente, quisose levantar; por lo qual fue fuerza y mandamiento de

apre-

apremio, cruzarle no mas de la mitad de la cara, que la otra mitad la tenia él cortada, y presumo que no por bueno: y asi por verlo pobre, le hice amistad de emparejarle la sangre. Mas viendolo en pie, y con un sepan quantos, como mazo de golpe, y que por el rastro que dexaba podia caminar Montesinos, salíme á la calle, metíme en el Palacio del sobrino Barberino, diciendo entre mí: Ahora que estoy libre, ande el pleyto. Llegó mi amo á esta ocasion, halló al pobre dando sollozos, la casa llena de vecinos, y la puerta de mequetrefes. Dixeronle la causa del rumor, y lo mal parado que estaba el herido: y él apartando la gente, se llegó al caballero cruzado, y viendole la cara tan llena de pegatostes, que parecia niño con viruelas, perdió el enojo, y rebozandose con la capa, no se atrevia á acudir al remedio, por no descubrir el chorro de la risa, la qual

se

se le aumentó mucho mas, quando vió que al ruído habia acudido la muger de aquel sin ventura, que era vecina nuestra, y que dandole el pésame las demás, decia que sin duda se burlaban, porque aquel hombre no era su esposo, ni ella habia estado tan dexada de la mano del Señor, que habia de haber escogido tal monstruo por marido. Dió mi amo fin á sus gorgoritas de alegria, y desembarazandose de el ferreruelo, le zurzió el geme de abertura: y por no ser hombre que repara en puntos, le dió docena y media de ellos. Echó toda la gente fuera, y quedandose solo con el herido, y con su muger, que ya lo habia conocido por señas que le habia dado, y por el metal de la voz, envió á llamar á mi padre; el qual imaginando que lo llamaba para remediar alguna travesura mia, de que no se engañaba, acudió al momento, y viendo aquel expectá-

táculo horrible, con ser hombre muy severo, no dexó de sonreirse un poco. Trataron los dos de quitar y contentar aquella figura de leon de piedra que tenian delante, porque no se querellá-se, y diese queja á la justicia: y saliendo mi Maestro á curarlo, y darlo sano, y ofreciendole mi padre diez escudos, quedó muy contento, y se retiró á su casa. Supo mi Maestro adonde yo estaba, y trayendome á la suya, despues de haberme reñido muy bien, me dió por castigo (como al fin mi Juez competente) suspension de oficio en el desbarbar, por tiempo de un mes; en cuyo término estudiaba algunas veces en los libros de Cirugia, teniendo de los correspondientes de la tienda algunos provechos de limpiarles los sombreros (para lo qual habia comprado una escobilla á mi costa), y quitarles los pelos de las capas, echandoselos

yo

yo muchas veces encubiertamente, para obligarles á ofrecer.

Acaeció traer á la tienda, antes que se acabára el mes de la suspension, un muchacho, hijo de un Mercader, para que le cortáran un poco del cabello, y le emparejasen las guedejas. Díxele á mi amo, que pues no estaba aquel arte en la suspension de oficio, que decretára en darme licencia y facultad. Vino en ello, y quiso hallarse presente, temeroso de lo pasado. Y para poder adestrarme, empecé con lindo ayre á correr la tixera por encima de la dentadura de un terso y bien labrado marfil, y á echar en tierra escarchados hilos de oro, acabando con tal presteza y velocidad, que mi amo me dió el parabien de ser tan buen oficial: y apenas se apartó de mí satisfecho de que ya no erraria en nada, quando metiendo todo el cuerpo de las tixeras en una guedeja del tierno infante,

te, para despuntarsela, no acordandome que tenia orejas, y pensando que todo el distrito que cogian las dos lenguas aceradas era madexa de Absalón, apreté los dedos, y dexélo hecho un Malco, un ladron principiante, y una harona posta. Dió el muchacho una voz que atronó la tienda, y tras de mil ayes un millon de gritos: corríle la cortina del cabello, y viendo la oreja medio cortada, dixe: cuerpo de tal, ¿aquí estais vos, y no hablais? Preguntóme el Maestro, que ¿qué era lo que habia hecho? Yo le respondí, que no era nada: que aquel rapáz se quejaba de vicio: que me dijera, en qué parte tenia la cola con que pegaba la guitarra, para pegarle con ella media oreja, que le habia echado en tierra. Mi amo oyendo esto, y viendo la sangre que le corria, llegóse á él, y considerando una tan gran lastima, cerró conmigo, y dióme poco mas de cien bo-

bofetadas, y poco menos de cinquenta coces. Y pienso, que el no aumentar el número fue por dolerle los pies, y haberse lastimado las manos. Curóle la oreja, y empapelando el retazo de ella, lo llevó de la mano á casa de su padre: al qual se satisfizo, diciendole, que aquello habia sido una desgracia; sin que se hiciese á mal hacer, y que ya me habia castigado por ello tan bien, que me dejaba medio muerto. El Mercadante, viendo que ya aquello no tenia remedio, y que era falta que se encubria con el cabello, y que el castigo que él merecia, lo habia venido á pagar su hijo; despidió á mi amo con mucho agrado, y á mí me concedió perdon. Qedó tan escarmentado mi Maestro de ver en mí tan malos principios, que temiendo que fuesen peores los fines, jamás me quiso ocupar en dexarme afeytar

á ninguna persona de importancia: solo me empleaba en los de *gratis*, y en los peregrinos pobres, los quales llegaron á ser pocos, y á disminuirse, porque el que una vez se ponia en mis manos, no volvia otra, aunque anduviese como Ermitaño del yermo. Y con todos estos defectos me tenia yo por uno de los mejores Cirujanos que habia en Roma, y por el mejor Barbero de Italia: y fue tanta mi presuncion y desvanecimiento, que me persuadí, á que yo solo, con lo que sabia, podria sustentar mi persona, y traerla muy lucida, y aun servida de criados. Y por verme fuera de dominio, y enfadado del poco caso que se hacia de mí, cogiendole á mi amo las mejores navajas y tixeras, y una vacia, y los demás aderezos de pelar lechones racionales, me salí tercera vez de Roma, á la vuelta de Nápoles, en cuyo camino y posadas de él pasé pla-

za de Barbero Apostolico, examinado en la Corte Romana. En efecto, trasquilando postillones, y rapando percacheros, dí fin á mi viage. Llegué á aquella Corte, que por ser primer Chipre y segundo Samos, le dan por renombre la Bella. Fuime derecho á Santiago de los Españoles, que estando á titulo de Hospital, es un auxîlio y amparo de los de esta Nacion, y un edificio suntuoso. Hablé con el Doctor de él acerca de acomodarme; el qual se llamaba Cañizares, de quien fui remitido á Juan Pedro Folla, que entonces exercia el Oficio de Cirujano mayor. Dí á entender ser Barbero y Cirujano exâminado, y no de los peores en aquel arte: el qual me recibió para ser enfermero, y uno de sus ayudantes. Empecé á hacer las guardias á los dolientes, conforme me tocaban, tanto de dia, como de noche, acudiendo á darles lo que les ordenaba el Doc-

tor, y lo demás que necesitaban. Ofreciósе una sangria el mismo dia que entré en la dignidad: y el Cirujano, por hacer prueba de mí, me la encomendó. Yo, llegandome á la cama del enfermo, le arremangué el brazo derecho, y estregandoselo suavemente le dí garrote con un liston de un zapato, que habia pescado á una moza de un ventorillo en el discurso del camino. Saqué la lanceta, y por haber leído quando andaba trashojando los libros de mi postrer amo, que para ser buena la sangria era necesario romper bien la vena, adestrado de ciencia, y no de experiencia, la rompí tan bien, que mas pareció la herida lanzada de moro izquierdo, que lancetada de barbero derecho. Al fin salí tambien de ella, que solamente quedó el doliente manco de aquel brazo, y sano del izquierdo, por no haber llegado á él la punta de mi acero, de que Dios li-

bre á todo fiel Christiano. Quexóse á Juan Pedro Folla, el qual habiendo reconocido la sangria, y visto que dexaba el brazo estropeado, me dixo, ¿que si me habia examinado de Albeytar, ó de Barbero? Respondíle, que del cansancio del camino traía alterado el pulso, y que esto habia sido le causa de no dar satisfaccion de mi persona, pero que á la segunda habria enmienda; porque como decia el Doctor Juan Perez de Montalvan en su libro Cómico: *de dos la una, no se yerra en el mundo cosa alguna.* Mas perdoneme su cadaver, que él tambien se erró en escribir esto; porque á la deciochena sangria hice lo mismo, sin haber acertado ninguna en las demás. Habia entrado un Soldado de los adocenados de bravo y rumbo á curarse de unas tercianas; y porque le asistiese con cuidado en su enfermedad, me habia dado

un real de á quatro; y quiso su pecado, que me tocó estar de guardia el dia de su purga. Viendose fatigado de sed, imploró mi auxilio, confiado en el plateado unto. Yo, haciendo desvíos de sabio Doctor, y ademanes de ministro roto, me cerré de campiña á su demanda: y él representando conmigo el Auto de Lazaro y del Rico avariento, y sacando la lengua como jugador de rentoy, y seña de malilla, me tenia fatigadas las orejas; mas viendome inmovil á sus voces, y endurecido á sus quejas, haciendo duelo lo que era piedad, y pareciendole descredito de su persona, no darle lo que pedia, habiendome cohechado para que le asistiese y sirviese, me dixo: Señor estornudo de Barbero, y remendon de Cirujano, trate por su vida mitigar mi sed; porque si no, yo le prometo, que demás de que no me lo irá á penar al buen mundo, dé cuen-

el Mayordomo de este Hospital, de
los sobornos que recibe á los que en-
tran á curarse con él. Yo le respondí,
que lo reportára; que por mirar por
su salud, me habia escusado; pero que
yo le cumpliria de justicia. Baxéme ba-
xo, y subiéndole encubiertamente un
xarro con quatro potes de agua fria, y
metiendoselo debaxo de la cama, le
dixe: En acabandose ese recado, vue-
sa merced avise, que será servido en
todo y por todo. Tomó al proviso el
cangilon, y alzando á menudo los co-
dos, á pocas idas y venidas le dió fon-
do y descubrió el suelo, mirando
ácia la parte donde yo me estaba pa-
seando, y diciendo: Dios te consuele,
pues me has consolado el alma; por
cuya consolacion dentro de media ho-
ra pasó la suya de este mundo al otro.
Vive Dios, que rebiento por desbu-
char aqui los males que causa, untan
como brujas, pero allá se lo haya

Marta con sus pollos. Escondí el malhecho, dixe que habia muerto de repente, pero con todos sus Sacramentos; dieronle sepultura. Tenia por flor, que todas las veces que me tocaba repartir los consumados, que ordinariamente se dan á las doce de la noche, de tal modo me alegraba, siendo pecador, que de veinte que me entregaban, los multiplicaba en treinta, y con una santa caridad y amor á los proximos cobraba contribucion de los diez. Sucedióme una noche que estaba de guardia, visitar á menudo á un estudiante, por verlo que estaba muy fatigado, y lleno de bascas; y como mis ojos eran linces, y mis manos barrederas, al tiempo de alzarle la cabeza, para que arrimáse el cuerpo á ella, por ver si de aquella suerte podia mitigar una tos que le ahogaba, columbré una bolsa, que tenia debaxo de la almohada, con doce do-

blas

blas por piedra fundamental, y cinquenta reales de á ocho por chapitél. Reconocí que estaba alerta á la buena guardia, y asi dilaté el lance para mejor ocasion; y porque no se sospechase en mí, despues de cumplida mi pretension, me puse á lo largo, como compañia de arcabuceros; y por sobrevenirle unos desmayos mortales, me dieron muchas voces los enfermos, que estaban mas cercanos á su cama, diciendome, que acudiera presto á ayudar á bien morir á aquel Licenciado, y á traerle un Confesor. Yo, viendo que se llegaba la hora en que él diese cuenta á Dios, y yo tomase cuenta á su bolsa, envié con un compañero mio á que le traxese el Capellan mayor, y yo haciendo del hypócrita desalado, mas por el dinero, que por el medio difunto, me eché de bruces sobre la cabezera, y diciendo: Jesus, Maria, en manus tuas Do-
 mi-

mine encomiendo spiritum meum, lo iba metiendo la mano debaxo de la cabecera; y al instante que agarré con la breve mina de tan preciosos metales, la fui conduciendo á mi faltriquera, volviendo á repetir: Jesus, Jesus, Dios vaya contigo. Pensaban los circunstantes, que el Dios vaya contigo lo decia al enfermo, siendo muy al contrario; porque yo lo decia á la bolsa, por el peligro que corria desde la cabecera, hasta llegar á ser sepultada en mis calzones. Llegó el Confesor, y hallandome muy ronco y fatigado de ayudarle á bien morir, me tuvo de allí adelante en buen concepto, y agradecióme la caridad. Sentóse sobre la cama del enfermo á oirle de penitencia, porque aun tenia su alma en su cuerpo, y sus sentidos muy cabales; porque yo solamente era el que apresuraba su vida, por dar fin y muerte á su dinero. Fue Dios

ser-

servido, que estandole en la mitad de la confesion, le dió un parasismo tan terrible, que á un mismo tiempo lo privó de sentido, y de vida. Yo acudí con toda voluntad al difunto cadaver; mientras que lo mudaron de la cama de madera á la cama de tierra, y despues le hice decir un par de Misas; y por ser quando dí la limosna para ellas despues de haber almorzado, y recargado de delantero, mandé que fuesen de salud, que estas obligaciones me corrian, por haber quedado su legítimo heredero sin cláusula de testamento. Abrí aquella mañana la bolsa, y habiendo registrado las tripas de ella, la metí en el lado del corazon, y dí por bien empleadas las voces, y la mala noche. Viendome pues con tanto dinero, y en vida tan estrecha, que apenas tenia hora de sosiego, ni lugar de echar y derribar con gente de toda broza, pre-

tendí comodidad con mas ensanchase y andando con este presupuesto, me salí una tarde á desenfadar al muelle de aquella Ciudad: estando de espacio contemplando tan lindo sitio, pasó á este tiempo por junto á mí mi amo el Alferez Don Felipe Navarro de Piamonte, á quien serví en la embarcacion de Levante. Conocíle al punto, y lleguéle á hablar, y á ofrecerme de nuevo á su servicio, y á contarle en lo que me ocupaba en aquella Corte. Holgóse mucho de verme, y díxome, como era Alferez de la Compañia del Maestre de Campo Don Melchor de Bracamonte, y que estaba de partida para Lombardia, para cuyo efecto se habia hecho aquel tercio: que si queria volver á ser su segundo Alferez, y resguazar como de primero, que me llevaria de buena gana. Yo, por ver á Milán, y por salir de la cola usura en que estaba, y no

ser

ser ayala de muertos y centinela de enfermos: y pareciendome mucho mejor el son de las caxas, que el de las flautas ó geringas, dexé el oficio de arrendaxo de Cirujano, y tomé el de abanderado. Embarcamonos en una Esquadra de Galeras, y sin suceso adverso, ni cosa memorable, llegamos á Lombardia. Estuvimos alojados en una Villa, que se llama la Costa, comiendo á costa del Patron, y diciendo aquello de: Huespede, matenme una gallina, que el carnero me hace mal: eché de ver, que aquella vida era mejor que la de Cirujano, si duráse siempre estar sobre el villano. Mandaron á mi tercio, que marcháse á los Paises baxos, cuya nueva me dexó sin aliento, por ser camino tan largo, y que lo habiamos de caminar en mulas de San Francisco. Estaba en mi Compañia un Soldado, que habia servido en aquellos Estados en tiem-

po de treguas; y para informarme de él, qué tierra era adonde nos mandaban ir, lo combidé á beber dos frascos de vino en una ermita del trago; y despues que estaba como el arca de Noe, habiendole yo dicho como me estaba de camino para ir á ver la gran Corte de Bruselas, me dixo, lleno de vaguidos de cabeza, y de abundancia de erres: Camarada del alma, tome mi consejo, y haga lo que quisiere, pero á Flandes ni aun por lumbre; porque no es tierra para Vagamundos, pues hacen trabajar los perros como aqui los caballos; y tan helada y fria, que estando yo un Invierno de guarnicion en la Villa de Gueldres, tuve una pendencia con un Soldado de Nacion Alvanés, sobre cierta mietresa; y habiendo salido los dos á la campaña, y metido mano á nuestras lenguas de azero, ayudado yo de mi destreza, le hice una conclusion, y

 con

con una espada ancha de á caballo, que yo traía entonces, le dí tal cuchillada en el pescuezo, que como quien rebana hongos, dí con su cabeza en tierra, y apenas lo vido Don Alvaro de Luna, quando quedé turbado y arrepentido; y viendo que palpitaba el cuerpo, y que la cabeza temblaba, la volví á su acostumbrado asiento, encaxando gaznate con gaznate, y venas con venas, y helandose de tal manera la sangre, que sin quedar ni aun señal de cicatriz, como aun no le habia faltado el aliento, volvió el cuerpo á su primer sér, y á estar tan bueno como quando lo saqué á campaña, y la cabeza aun mas firme que antes. Yo atribuyendolo mas á milagro, que á la zurcidura, y brevedad de la pegadura, lo levanté de tierra, y haciendome su amigo, lo volví á la Villa, y llevé á una taberna, donde á la compañia de un par de fogones

nos

nos bebimos teta á teta media docena de potes de cerbeza, con cuyos estufados humos, y bochornos de los fulminantes y abrasados leños, se fue deshelando poco á poco la herida de mi compañero; y yendo á hacer la razon á un brindis que yo le habia hecho, al tiempo que trastornó la cabeza atrás para dar fin y cabo á la taza, se le cayó en tierra, como si fuera cabeza de muñeco de alfeñique, y se quedó el cuerpo muy sosegado en la misma silla, sin hacer ningun movimiento; y yo, asombrado de ver caso de tanta admiracion, me retiré á una vecina Iglesia. Dieronle sepultura al dos veces degollado, y yo viendo el peligro que corria, si me prendiesen, me salí de Gueldres en habito de Frayle, por no ser conocido de la guardia de la puerta; y pasando muchos trabajos, llegue á este País, que aunque es frio, no tiene com-

comparacion con el otro, como vuesa merced echará de ver en lo que en buena amistad le he contado. Agradecíle el aviso, y dí tanto credito á su Fabula de Isopo, que incité á la mitad de mi Compañia, á que fuesemos á buscar tierra caliente, y cargando con quince torillos novillos, amadrigados de el Quartél de Napoles, los llevé á la buelta de Roma á que hiciesen Confesion general, y á que ganasen Indulgencia plenaria y remision de todos sus pecados. Llegamos á ella, unas veces pidiendo, y otras tomando, y las mas cargados de Monsieur de la Paliza. Apartéme de la tal compañia, y encontrando con un amigo mio, me informé, como mi Padre habia ido á Palermo á cobrar un poco de dinero, que le debia un criado del Duque de Alburquerque, que en aquella ocasion era Virrey de Sicilia. Celebré la buena nueva, y entréme con

mu-

mucho desembarazo en mi casa; haciendome absoluto señor de ella. Recibieronme mis hermanas muy tibiamente, mirandome las dos con cara de probar vinagre, dandome cada dia en cara mis travesuras, y los cien ducados que habian pagado por mí á mi segundo Maestro. Haciame regalar como á Mayorazgo de aquella casa, estimar como heredero de aquella hacienda, y respetar por haber nacido varon. Tenia con ellas mil encuentros y rebates cada dia, particularmente porque me aguaban el vino, bebiendolo ellas puro. Llegó el rompimiento á tal extremo, que no viendo en su boca enmienda, me resolví á que oliese la casa á hombre, echando el bodegon por la ventana: y una tarde, que me dieron una folleta de vino, bebí de él, bautizado de una vecina fuente, estando la mesa con la vianda, y todos sentados á ella, dandole

á

á ella; dandole á la mayor con los platos, y á la menor con el frasco, y echando á rodar la mesa, las dexé á las dos descalabradas, y yo me volví á mi Hospital de Napoles, donde haciendo la gata muerta, y dando por disculpa de mi ausencia quatro mil enredos, fui segunda vez admitido; y teniendo nuevas á los primeros dias de mi exercicio, de que mi padre habia muerto en la Ciudad de Palermo, por no meterme en costa de lutos, ni dar que mormurar á mis superiores, me embarqué para Sicilia, con mas intencion de aprovecharme de la herencia, que de hacer bien por su alma. Llevéme bien con los albacéas, y viendo el testamento, hice yo mi negocio, y ellos su agosto. Vendílos; y algunos muebles que habia dexado, y con el dinero que saqué de ellos, empecé á ser imán de los de la hoja y norte de los de la hampa; los unos

yesca para galeras, y los otros pajuelas para la horca, y todos juntos tea para el infierno. Viendo que me comian de polilla, y que eran carcomas de mi corta herencia, los dexé con la miel en los labios, por ver que mi bolsa iba dando la hiel. Traté de acomodarme en casa del Virrey; y por haber sido mi padre muy conocido de todos los criados de aquella casa, fui recibido por mozo de plata en ella. Acudian á verme, y darme el parabien toda la amontonada valentía: y yo por darles á entender lo sobrado que estaba, les sacaba á todos el vientre de mal año. Fueron tan á menudo estas visitas, que con andar yo cuidadoso, como aquel que conocia la gentecilla de aquel arte, que en menos de tres meses me faltaron algunos talletes de plata; y aun anduvieron conmigo comedidos, pues no se llevaron los demás. Sabiendo su Excelencia la

bue-

buena cuenta que habia dado de lo que se me habia entregado, y que á aquel paso presto daria fin de toda su baxilla; habiendose satisfecho no ser yo el que habia hecho el tiro, sino aquellos honrados, que me venian á visitar, y que yo no tenia con que satisfacer la pérdida, mandó despedirme, y que me aconsejáran que me apartára de la compañía de gente tan perniciosa. Salí de Palacio muy bien puesto, por los grandes provechos que tenia, y por tirar plaza de Soldado en una Compañía, que tenia 60 Soldados efectivos para entrar la guardia, y 150 para el dia de la muestra. Harto pudiera decir acerca de esto, pero me dirán, que ¿quién me mete en esto, ni en gobernar el mundo, teniendo Doctores la Iglesia?

En este tiempo estaba de partida un Delegado de esta Corte á hacer

una execucion sobre cierta cantidad de dinero dentro del Reyno: y viendome tan bien adornado, y que habia sido criado de un Virrey, me nombró por su Alguacil, y llevó consigo: saliendo de la Ciudad, y caminando hasta que llegamos adonde ibamos á caballo, con botas y espuelas, y armas ofensivas, y defensivas y vara alta de Justicia, que parecia en mí devarear bellota. Iba delante del tal Juez, y de tal suerte llevaba el Rey en el cuerpo, que daba á todos una voz, y á un vén acá, pagaba en las hosterias, no mas de aquello que me parecia. Habiendo fenecido nuestro viage, prendí el primer dia que llegamos tres labradores, en virtud de mi comision, con ayuda de vecinos, y porque ellos gustaron de dexarse prender: y con ser su causa civil, les hice echar grillos y cadenas, y meter en calabozo, hasta tanto que pintaron, y pidieron mi-

se-

sericordia. Banqueteáronme un dia los parientes de estos prisioneros, porque intercediese por ellos con el Legado. Hice en el combite tantas razones, que quedé sin ella, prometiendolos soltar dentro de una hora; y dando muchos traspies, con ser la tierra llana, me fui á la posada, y le pedí á mi Juez competente, que soltase aquellos desdichados, porque no tenian con que pagar, y que el que no tiene, el Rey le hace libre. Echó de ver el mal que traía, y preguntóme, por verme inquieto, ¿que si me habia picado la tarantula? Yo le respondí, que aprendiese á hablar bien, ó que yo le enseñaria: que él solo era el tarantulero y el atalantado, y el hijo de Atalanta. El, riendose de mí, se me acercó y alargando la mano, me tomó la barba, y hizo en ella presa. Yo, agraviado de aquello, pareciendome, que era menosprecio y atrevimiento grande á un

Alguacil Real, agarréle de los cabezones, y pidiendo favor á la Justicia, y dandole recios empujones para llevarlo á la carcel, le hice tirar la valona, y le desabotoné la ropilla. El al principio lo llevó en chanza, por ver que no obraba yo, sino mi criado; mas despues, viendose ultrajar delante de mucha gente que ocurrió á mis voces, se enojó como un Satanás; y quitandome la vara, me hizo pedazos el Rey en los cascos. Tuve dicha en que fuese delgada, que á no serlo, daba fin de su nuevo Ministro. Volvime á pie, y apelando á Palermo á acomular la resistencia; y advirtiendo, quando se pasaron los terremotos de la cabeza, haber sido yo el culpado, me quité de historias, y me volví á juntar con mis valientes. Hicieronme salir una noche en su compañia: cosa que jamás habia hecho, en la qual uno de ellos, haciendo el oficio de San Pedro, abrió una

una puerta; y por aligerar de ropa á su dueño, lo dexaron sin baúles. Fueron sentidos de las centinelas de unos gozques, y saliendo toda una familia en su seguimiento, les obligaron á dar con la carga en tierra, y á darles á los que los seguian un refresco de cuchilladas. Yo, que estaba temblando de miedo antes del hurto, y en el hurto, y despues del hurto, y siempre apartado de ellos, y pesaroso de no haber conocido su modo de vivir, antes de salir de mi posada, para no haberme puesto en aquel riesgo, viendo á mis compañeros huir, y á los heridos volverse á sus casas á curar, metiendo los lamentos en el Cielo, por no hacerme hechor, no lo siendo, me estuve quedo, y tan cortado, que quando me quisiera ir, es cierto que no pudiera. Acudió al ruido de las voces la Justicia, y hallando tres baúles en la calle, y quatro hombres bien heridos,

y yo no muy lexos, me llegaron á reconocer; y confiriendo de mi turbacion, que era de los que habian hecho el daño, sin valerme el alegar haber servido al Virrey, ni sido Alguacil executor del Legado, me llevaron por mis pies (que aun no tuve ventura que fuese en volandas) adonde hice experiencia de amistades y prueba de amigos, saliendome todo como yo merecia. Tomaronme otro dia la confesion, y por variar en las preguntas que me hicieron, y contradecirme en los descargos, me sentenciaron á *sursum corda* y encordacion de calabaza. Mas antes que cantáse aquello del potro rucio; por tener atencion que habia servido al Duque mi señor, me condenaron á salir desterrado, poniendome en libertad. Y saçandome fuera de las puertas de Palermo, encaminéme á Napoles, y escarmentado de la causa de mi destierro, me junté asi que lle-

llegué, con otra tropa, aun peor que la referida. Fnimonos á bañar una noche al muelle, y á la buelta, quieren do dar garrote á una reja, pasaron dos Ciudadanos; y por quererlos descobijar, y dexar sin nubes, díeron gritos, guardia, guardia. Desmayó toda la gavilla, viendo venir al socorro una esquadra de soldados de la garita de Don Francisco: huyó la gente de la carda, y yo en manguardia de todos. Fuimonos á la posada, hallamosla abastecida de pavos de Indias, que habia traído otra patrulla, que habia salido del mismo quartél. Comí con ellos con sobresalto, dormí sin ellos con desasosiego, y á la mañana echéles la bendicion: y por verme libre de Justicia, que cada instante pensaba que me venian á prender para que escotase los pavos, senté plaza de Soldado de á caballo en la Compañia de Don Diego Manrique de

A gua-

Aguayo. Estabame siempre muy de asiento en Napoles, buscaba Soldados para mi Compañia, dabame mi Capitan á dobla por cada uno, los quales embaucaba, y daba á entender para conducirlos dos mil embelecos, y otros tantos al Capitan, para encarecerle la cura y el trabajo y gastos, aun no imaginados, del oficio de la correduría; con que demás de quedarse agradecido, añadia nuevos socorros á lo capitulado. Ibame los Viernes y los Sabados á la marina, adonde por aprendiz de valiente estafaba á la mayor parte de sus pescadores: traía alborotado el quartel con trapazas, enredadas sus Damas con tramoyas, cansadas sus tabernas con creditos, y el chorrillo y guanteria con fianzas de suerte, que de todos me hacia conocer, y con todos campaba, y á todos engañaba. Y temiendo que se descornase la flor, y se acabase el

cre-

credito y dinero, dexando á muchos llorando por mí, y no por fuerza de voluntad, hallando embarcacion para España, me embarqué secretamente, y dí con mi cuerpo en Barcelona.

## CAPITULO IV.

*De como llegó á España, y viage que hizo á Zaragoza, Madrid, peregrinage á Santiago de Galicia; y otros ridiculos sucesos que le pasaron en Portugal y Sevilla, hasta que entró á ser mozo de representantes.*

Despues de haber llegado á Barcelona, estuve en ella algunos dias, por descansar de la larga embarcacion, y al cabo de ellos fui acompañando hasta Zaragoza á una Dama, con quien habia hecho conociencia, por haber posado los dos en una mis-

ma posada; la qual era en sí tan generosa, y tan amiga de agradar á todos, y de no negar cosa que le pidiesen, que en virtud de los regalos y mercedes que me hizo por el camino, comí dos meses de valde en el Hospital de nuestra Señora de Gracia, que es uno de los mas ricos de España, y adonde con mas amor y cuidado se asiste á los enfermos, y adonde con mas abundancia se les regala. Despues de salir de la convalescencia, me metí en un carro cargado de Frayles y de mugeres de buen vivir; carga de que jamás han ido, ni van faltos. Fuime con él á Madrid, por la noticia que tenia de ser esta Villa madre de todos. Llegué á la que es Corte de Cortes, leonera del Real Leon de España, academia de la grandeza, congregacion de la hermosura, y quinta esencia de los ingenios. Al segundo dia que estuve en ella, me aco-

acomodé por page de un pretendiente, tan cargado de pretensiones, como ligero de libranzas. Dabame diez quartos de racion y quitacion, los quales gastaba en almorzar cada mañana, y lo demás del dia estaba á diente como haca de buhonero, siendo, á mas no poder, paño veintiquatreno. Comia mi amo tarde, por ser costumbre antigua de pretendientes; y era tan amigo de quenta y razon, peso y medida, que comia por onzas, y bebia por adarmes: y tan amigo de limpieza, que pudo blasonar no tener page que fuese lame platos, porque los dexaba él tan lamidos y escombrados, que ahorraba de trabajo á las criadas de la posada. Viendome sin esperanza de librea, y con posesion de sarna, y las tripas como tranchailo, traté de ponerme en figura de romero, aunque no me conociese Galván, por ir á ver

á

á Santiago de Galicia, Pàtron de España, y por ver la Patria de mis padres, y principalmente por comer á todas horas, y por no ayunar á todos tiempos. Dexé á mi amo, vestíme de Peregrino con habito largo, esclavina cumplida, bordon reforzado, y calabaza de buen tamaño. Fui á la Imperial de Toledo, centro de la discrecion, y oficina de esplendores, adonde despues de haber sacado mis recados y licencia para poder hacer el viage, me volví por Illescas á visitar á aquella divina y milagrosa Imagen; y dando la vuelta á Madrid, me partí en demanda del Escorial, adonde se suspendieron todos mis sentidos, viendo la grandeza incomparable de aquel sumptuoso Templo, obra del segundo Salomon, y emulacion de la fábrica del primero, olvido del Arte de Corintho, espanto de los pin-

ce-

celes de Apeles, y asombro de los cinceles de Lisipo. Dieronme sus Reverendos Frayles limosna de potage, y caridad de vino: piedad que en ellos hallan todos los pasageros. Partí de alli á Segovia, y habiendo descansado tres dias en su Hospital, pasé á la Ciudad de Valladolid: juntéme en ella con dos devotos Peregrinos, que hacian el proprio viage, y eran, quando no de mi cantidad, por lo menos de mi calidad y costumbres. Era el uno Francés, y el otro Ginovés, y yo Gallego Romano: y todos tan diestros en la vida poltrona, que podiamos dar papilla al mas entendido Gitano; y en efecto trinca, que se escaparon muy pocos de nuestras garatusas. A las primeras vistas nos conocimos los humores, como si nos hubieramos criado juntos: y al fin, por conformidad de estrellas, ó concordancia de in-

inclinaciones, hicimos liga y monipodio de ir á pérdida y ganancia en todos lances que nos podian suceder en esta jornada, guardando las leyes de buena compañia; y para que mejor las observasemos, el Ginovés, como hombre mas experimentado, con tono fraternal nos informó en las ceremonias y puntos de la vida tunante. Doróla con tantos epitetos y atributos, que por gozar de sus excepciones y libertades, dexára los titulos y grandezas del mayor Potentado de la Europa. Acabó el Ciceron á lo picaro su compendiosa oracion, que además del ser gustosa, penetró de tal manera nuestros corazones, que no hubo punto, por delicado que fuese, que no nos obligasemos á repetirlo, y á exercitarlo; y principalmente quando en lugar de *quam mihi & vobis*, nos encargó aquella santa palabra de quémese la casa, y no sal-

salga humo: con que quedó tan pagado, como nosotros contentos. Proveídas las calabazas á discrecion, dimos principio á nuestra romería, con tal fervor, que el dia que mas caminabamos, no pasaba de dos leguas, por no hacer trabajo lo que habiamos tomado por entretenimiento. En el camino vendimiabamos las viñas solitarias, y cogiamos las gallinas huerfanas: y con estas chanzas y otras salimos cargados de dineros y limosnas, de las quales comiamos los canterones y rebanadas de pan blanco, y lo negro y mal cocido vendiamos en los Hospitales, para sustento de gallinas y aumentacion de alajú. Con esta mala ventura, con coles pasabamos por Benavente, y llegamos á Orense, adonde mis compañeros, como corsarios de aquel camino, me dixeron, que alli los Peregrinos de toda broza la-

vaban los cuerpos, y en Santiago las almas; y es la enigma, que hay en esta Ciudad unas fuentes, cuyas aguas salen por todo extremo calidas, que sirven de baño á los moradores de ella. Aqui los Perigrinos pobres lavan sus cuerpos, y hacen colada de su ropa; y en Santiago, como se confiesan y comulgan, lavan sus almas. Nosotros, por gozar de todo, nos echamos en remojo, como abadejos, y dando envidia nuestras ropas á las de Inesilla, sin gran daño del jabon, sacamos nuestras tunicas transparentes. Llegámos á la Ciudad de Santiago, que porque no me tengan por parte apasionada, por lo que tengo de Gallego, me escuso de decir lo mucho que hay en ella que poder alabar. Ajustamonos nuestras conciencias, que bien hanchas las habiamos traído: y cumpliendo con las obligaciones de ser Christia-

nos,

nos, y de ir á visitar aquella Santa Casa, quedamos tan justificados, que por no usar de nuestras mercancias, andabamos lacios y desmayados. Por cuya causa, y por ser muchos los Peregrinos que acuden á la dicha Ciudad, y pocos los que dan limosna, me despedí de mis camaradas; y con deseo de ver y vivir con capa de santidad, caminé á la vuelta del Reyno de Portugal. Llegué á Pontevedra, Villa muy regalada de pescado, adonde siendo ballena racional, hice colacion con medio cesto de sardinas, dexando atonitos á los circunstantes. Pasé de allí á Salvatierra, solar esclarecido de los Muñatones, y patria de mis padres, que nó oso decir que es mio, por lo que he referido de mi nacimiento, y porque todos mis amigos, llegando á adelgazar este punto, me dicen: *Antes puto que Gallego.* In-

formémе de el nombre de un tio mio, y en creencia de una carta, que fingí de mi padre, contrahaciendo su firma, fui ocho dias regalado de él, y á la despedida me dió cinquenta reales, y respuesta de la carta, por haberle asegurado que me volvia á Roma. Proseguí el camino de Portugal, y pasando por Tuy, y llegando á Valencia, alcancé en ella la carta de misericordia, que se dá á todos los pasageros pobres, con cuya carta se puede marear muy bien por todo aquel Reyno, pues en qualquier Ciudad ó Villa que la muestran, juntan, y dan con que puede comer qualquier hombre honrado; y como yo lo era, y con mas quilates que yerro de Vizcaya, comia á dos carrillos, y hacia dos papadas. Dióme en Coimbra el Obispo de ella un toston, que es su acostumbrada limosna, y llegando á Oporto, me desgra-

dué

qué de Peregrino; y por no colgar los habitos, los dí á guardar á la huespeda de la posada en que estaba, y con los dineros de mi peregrinage, y con los que me habia dado mi tio, compré una cesta de cuchillos, rosarios, peynes y alfileres, y otras buhonerías: transforméme de Peregrino en Buhonero. Ibame tan bien en mi mercancia, que iba el caudal adelante, con menudear en visitar las tabernas, y mamarme á cada comida un par de tajadas de raya, con que se me pudiera atribuir aquel vocablo placentero de moma raya. Encontróme una tarde el Alguacil de vagamundos, y preguntóme; ¿cómo podia pasar con tan poca mercancia? Yo le respondí: Señor mio, vendiendo mucho, y comiendo poco: cuya razon le agradó, y no trató de molestarme. Llegó á esta sazon un baxél de aquella Ciudad, que es flor del Andalucia, gloria de Espa-

ña, y espanto del Africa, en efecto la pequeña Sevilla, y la sin segunda Malaga. Saltaron en tierra una docena de bravos de sus perchéles, que venian á cargar de arcos de pipas, y como siempre he sido inclinado á toda gente de héria y pendon verde, al punto que ví esta quadrilla de bravos, me hice camarada con ellos, y como no son nada lerdos, combidabanme á beber, y llevandome á la taberna, hacian quitar el ramo. Colabamos hasta tente bonete, sin que yo echáse de ver hasta el fenecer de las aceytunas, que era el tal combite el de Cordovilla. Al fin, unas veces gastando por mi gusto, y otras por los agenos, dí al travês con toda mi buhoneria, y perdí la amistad de mis rajabroqueles, pues asi que me vieron descaudalado, huían de mí como si tuviera peste. Viendome pobre, y Buhonero reformado, me volví á embanastar mi ves-
ti-

tido de Peregrino, y con mi carta de misericordia me fui á la Ciudad de Libosa, donde quedé fuera de mí, viendo la grandeza de su habitacion, lo suntuoso de sus Palacios, la generosidad y valor de sus Titulos, y Cavalleros, la riqueza de sus Mercadantes, y lo caudaloso de su sagrado Talo: sobre cuyas espaldas se veía una copiosa selva de Baxeles, tan á punto de guerra, que atemorizando el tridente, hacian temblar el caduceo. Era la causa del apercibimiento, y junta de esta Armada, estár con recelo que el Inglés venia sobre esta Ciudad. Empeñé el segundo dia que me ocupé en su admiracion mi vestido de Peregrino por un frasco lleno de aguardiente, por ver si daba mejor cuenta de este trato, que del Buhonero. Ganaba cada dia dos reales, y pareciendome poco, por ser mucho el gasto, me iba á los Baxeles de la dicha Ar-

mada todas las mañanas, y en ellos trocaba brandavin por vizcocho, y á veces por polvora y balas, que aunque era cosa defensiva, como la ganancia sufria ancas, dabales parte de ella á los Cabos de Esquadra, y derrengabanse, y ensordecian. Aquí me hacen cosquillas mil cosas, que pudiera decir, tocantes á lo que pueden las dadivas, y á lo que mueve el interés, y lo presto que se convencen los interesados, y los daños que resultan por ellos, y las penas que merecen; pero como es fruta de otro canasto, y no perteneciente á Estebanillo, no doy voces, porque sé que seria darlas en desierto. Apliquéme de suerte á trabajar, cebado en la ganancia, que despues de haber hecho mil trueques al Alva, y revendidolos en tierra á las once del dia, en dando las doce horas, en que nadie me daba provecho, y yo me hallaba ocioso,

 me

me iba al tranco de los Castellanos, que es la carcel de ellos, donde, porque les hacia algunos servicios y mandados, me daban muy bien de comer, y algunos dineros, con lo qual ahorraba el gasto de la comida, y llevaba para ganar la cama, y cena en la posada, y me quedaba libre la ganancia del aguardiente. Dividióse el Armada, y por ver que ganaba muy poco en la Ciudad, por haber tantos de este trato, dexandome el habito de Peregrino, empeñado que estaba, vendí los frascos y caudal, de que habia hecho provision, y con lo que saqué de la venta, y lo demás que yo tenia, compré una buena cantidad de tabaqueras, y con ellas me fui camino de Setúbar. Llegué á Montemoro, donde aficionados los vecinos de ellas, por ser curiosas, bien labradas y á moderado precio, en tres dias dí fin de todas, y doblé mi dinero. Juntéme
en

en esta Villa con un mozuelo de nacion Francés, que andaba brivando por todo el Reyno, y era uno de los mas taymados y diestros en aquel oficio: que aunque es tan humilde, y tan desdichados los que lo usan, tiene mas malicias, y hay en él mas astucias y ardides y engaños, que un preñado paladino. Descubrióme, por habersele ido un alatés suyo, el modo de su gandaya, el provecho que sacaba de ella, y de la suerte que disponia su enredo: pidióme que le ayudáse. Prometióme el tercio de lo que adquiriera, despues de pagados los gastos; y al fin me reducíó á su gusto. Llegamos cerca de Ebora, Ciudad, en tiempo que hacia muy grandes frios, y antes de entrar en ella, se desnudó mi Juan Francés un razonable vestido que llevaba, y quedandose en carnes abrió una talega de Motilon Mercenario, sacó de ella una ca-
mi-

misa hecha pedazos, la qual se puso, y un juboncillo blanco con dos mil aberturas y banderolas, y un calzon con ventanage de alcazar, con variedad de remiendos y diferencias de colores, y entalegando sus despojos, quedó como Juan Paulin en la playa, entrandose de aquella suerte, en la Ciudad, habiendome dexado antes la cumplida talega; y advirtiendome que entráse por otra puerta, y le esperáse en el Hospital. Obedecíle, y hice lo que me mandaba, reconociendo superioridad, por ser el Autor de aquella máquina picaril. Iba por las calles mi moderno camarada, haciendo lamentaciones, que enternecian á las piedras, dando sombreradas á los pasantes, haciendo reverencias á las puertas, y cortesias á las ventanas, y dando mas dentelladas, que perro con pulgas. Descubria los brazos, echaba al ayre las pechugas, y mostraba los des-

desnudos pies. Unas veces lloraba, suspiraba, y jamás cesaba de referir su miseria y desnudéz. Dabanle los caritativos Lusitanos limosna de dineros, las piadosas Portuguesas camisas viejas y vestidos antiguos y zapatos desechados: y él, haciendo unas veces la guaya, y otras la temblona, y tendiendose en tierra, haciendo rosca, y fingiendo el súbito desmayo, iba recogiendo alhajas, juntando pitanzas, y agregando china. Cargó con todo á boca de noche, y vinome á buscar al Hospital, adonde tuvimos una mesa de Principes, y nos dimos una calda de Archiduques. Madrugamos muy de mañana, y saliendo ambos bien arropados del Hospital y Ciudad, marchamos á buscar nuevos ignorantes. Hacia cada dia el tal tunante su compasiva representacion, y vendiamos la variedad de alhajas, sin reparar en precios: y esto

no en las partes donde se habian juntado. Con esta guitoneria provechosa, anduvimos doce dias, haciendo lamentaciones, y enagenando muebles, hasta tanto que al ultimo de ellos, estando mi gavacho en la Plaza de una Villa, dando mas voces que un Vorábito, al dar los buenos dias, llegó á él á darle limosna un ropavejero de otra Villa cercana, á quien la noche pasada habiamos vendido y traspasado una carga de varatijas; y habiendo venido aquel dia á esta Villa á negocios de sus mercancias, nos habia visto á la entrada en diferente habito, del que de presente tenia: y habiendolo reconocido de espacio, dió parte á la Justicia: la qual trocando en íra la piedad que hasta entonces le habian tenido, lo llevaron á la prision con mas voces y algazara, que alma de sastre en poder de espiritus. Hallóse en el prendimiento cierto gorron,

que

que á titulo de ir á proseguir sus estudios á Salamenca, ocupaba de dia las Porterias y las noches los Hospitales, el qual me dió aviso de ello, ignorando ser yo cómplice de aquel delito. Yo, por la experiencia que tenia de barbero, viendo aquella pelear, eché la mia en remojo. Pues sin reparar en que estaba lloviendo á cantaros, ó á botijas, cargando con toda la mochila y ropa de él, que sin ser escarraman, habitaba calabozo obscuro, y saliendome de la Ciudad á la hora que peynaban el ayre morciegalos, y que mozuelos fatigaban las selvas, y habiendome informado del camino de Yelves, empecé á marchar á lo de Soldado de Oran, y despues de haber caminado hasta dos leguas, sirviendome de norte una luz que estaba algo apartada, y pensando que fuera algun pastoral alvergue, apresuré el paso á ella con deseo de enjugar mi
mo-

mojada ropa, y tener un poco de descanso. Y al cabo de un rato, hollando lodos, y enturbiando charcos, llegué en trage de alma en pena, adonde aligerando mi conciencia, pagué todos mis pecados. Hallé debaxo de la clemencia de un desollado alcornoque, que demás de servir de pavellon el Verano, servia de resguardo y chimenea en el Hibierno á una quadrilla de Gitanos, mas astuta en entradas y salidas, que la de Pedro Carbonero: los quales aquella misma noche habian hecho extramuros de la dicha Ciudad un hurto de dos mulas y cinco borricos; y por no poder caminar por el rigor de la noche, y parto de las nubes, habian hecho alto en aquel despoblado sitio, y hecho lumbre para enjugar sus mal ganadas vestiduras. Saludélos de tal manera, que excedí los límites de la cortesía; mas por temor de haber dado en sus

ma-

manos, que por amor ni aficion que jamás les tuve; porque ¿quién es tu enemigo? el que es de tu oficio. Recibieronme con el mayor agrado que se puede significar, y compadecidas las taimadas Gitanas de verme de la suerte que estaba, aun antes de informarse de la causa de mi llegada, ni de lo que me habia obligado á venir á tales horas á su morada campesina, me empezaron á desplumar como á corneja, á titulo de enjugar en su gran lumbre mi muy mojada ropa, por librarme de algun catarro ó resfriado; y aunque me quise escusar de darsela, por hacer su robo con rebozo de tener compasion, me dexaron en pelota, dandome para cubrir mis desnudas carnes una capa vieja de un Gitano mozo. Yo enternecia la soledad de aquel monte, y sus robustos arboles, con los suspiros que daba, de ver mi hacienda en monte tan sin piedad, y en

en banco tan roto, no quitando los ojos de mi amado jubon, compañero en mis trabajos, depositario de mi caudal. Temí, que por el peso reconociesen sus colchadas doblas y sus emboscados reales. Pareciame, que aun siendo insensible, sentia el apartarse de mí, y que me decia con muda lengua: A Dios, Estebanillo, que ya no nos hemos de ver mas. Estaba ocupado todo el rancho en enjugar mis funestos despojos, teniendo para este caso cercado todo el fuego, y sitiada toda la hoguera.

Tenian entre ellos una algazara, como Gitanos, una alegria como ganansiosos, y un temor como salteadores, pues cada instante volvian las cabezas por si llegaban en su seguimiento los dueños de su botin y cavalgada. Estando todos de la suerte que he dicho, y yo del modo que he pintado, llegaron de repente á

vistas del rancho hasta veinte hombres, que á lo que pareció, y despues supe, eran escribas ó ministros de Justicia, y á la voz de decir: Favor al Rey, como si fuera nombrar el nombre de Jesus entre legiones de demonios, se desapareció toda esta quadrilla de Satanás, con tanta velocidad, que imaginé que habia sido por arte diabolica. Yo, hallandome solo, pensando que venian en busca mia, para que acompañase al triste Francés en la soledad de su prision, por saber que tanta pena tiene el ladron, como el encubridor, y hallarme ligero de ropas y desembarazado de vestido, atravesando, y saltando pantanos, me libré de sus uñas; no habiendo podido de la de los Gitanos; y como fui el postrero, y la capa era corta, y por debaxo de sus arapos daba reflexos la jaspeada camisa; seguian por estrella la que

que era palomar: iban todos tras de mí implorando el favor de la Justicia, y yo con el de mis talones, despues de haber corrido mas de media legua, los dexé muy atrás, quedando tan rendidos, como yo cansado. Caminé toda la noche por temer la voz del pregonero, y por no quedarme helado en aquella desabrigada campaña. Anduve dos dias fuera de camino, asombrando Pastores, y atemorizando Ermitaños, y al cabo de ellos llegué á Yelves, frontera de Estremadura, y valiendome del poder del Corregidor, y de la caridad del Cura, y contandoles haber sido robado de Gitanos, el uno mandó echar un plato, y el otro un guante, con que de veras se hizo el juego de quien viste al Soldado, quedando yo agradecido, y algo remediado. Contaronme ambos, como los dichos Gitanos habian

hecho un hurto junto á Alvora, y que habia salido la Justicia en su seguimiento; y que habiendolos hallado á todos en la campaña al amparo de un gran fuego, se les habian huído, sin poder coger á ninguno: mas que al fin habian dexado el hurto que habian hecho. Llegóse á mí un Labrador, y preguntóme, que si queria detenerme allí á coger aceytuna, que me daria cada dia medio toston, y de comer, con lo qual me podia remediar, y tener para hacer mi viage. Parecióme que era buena conveniencia, y asi tuve por bien de servirle, y estar con él mas de veinte dias, donde en cada uno de ellos hacia tres comidas á toda satisfaccion: mas por hallarme afligido de la soledad del campo, de la frialdad del tiempo, y falta de tabernas, y parecerme cargo de conciencia llevar de jornales mas que va-

valía la aceytuna que cogía, pues antes servia de estorvo y embarazo á los que me ayudaban; cobré un dia de fiesta lo que me debia mi amo, con lo qual me fui á la vuelta de Sevilla, déspues de haberme fardado conforme á la posibilidad del dinero. Llegué á Merida, puente y pasage del memorable Rio de Guadiana, adonde se acababa de fabricar un Convento de Monjas de Santa Clara; y por causa de haber falta de peones para su obra, y por ir yo algo despeado, me puse á peon de Albañil. Dabanme cada dia tres reales de jornal; y por juzgarme no tener malicia, no consentia la Priora que ninguno, sino yo, entráse en el Convento á sacar la cal, que estaba dentro de él, para que se fuese trabajando. Ocupaba en esto algunos ratos, y todas las veces que entraba en el dicho Convento, iba delante

 de

de mí la Madre Portera, tocando una campanilla, para que se escondiesen y retirasen las Religiosas; pero yo imagino, que no estaban diestras en el son; pues antes parecia llamada, que retirada; pues sin bastar cencerrear, todas compadecidas de mi gran trabajo, y de mi poca edad y mi agudeza, en lugar de retirarse se acercaban á mí, y me daban algunas limosnas, aconsejandome que me volviese á mi tierra, y no anduviese tan perdido como andaba.

Sucedióme en esta Villa un gracioso caso; y fue, que un Domingo de mañana me llevó un Labrador honrado á una bodega suya á henchir en ella un pellejo de vino, para llevar á su casa. Entramos los dos á hacer prueba del que fuese mejor; y habiendo hecho á puras candelillas un cirio Pasqual, me hizo tener

la

la empegada vasija, con un gran embudo que habia metido en ella, agarrada con ambas manos: iba sacando de la tinaja cantaras de vino, y vaciandolas en el concabo de botonas, y engendrador de mosquitos; y mientras él volvia la cara á ir escudillando, me echaba de bruces en el remanso que hacia el embudo; y en el inter que él henchia su pellejo, yo rehenchia el mio. Atólo muy bien, y echómelo acuestas, para que gozára la bodega de ver cuero sobre cuero, y pellejo sobre pellejo: y apenas lo tuve sobre mí, quando me derrengué, y eché con la carga, cayendo en tierra á un mismo tiempo dos lios de vino, ó dos cargas de mosto. Probó el labrador á levantarme, pero cansóse en valde, porque sola la cabeza me pesaba cien quintales, demás de ser mi barriga segunda cuba de Sahagún. Salió

lió á la calle, buscó un hombre, que le sacáse el pellejo, y quatro que me sacasen á mí. Pusieronme, á pura fuerza de brazos, de patas, en la calle: y no pudiendo sostenerme sobre ellas, por haberme sacado de mi centro, como atún, á la puerta de la bodega, adonde no bastando inquietudes de muchachos, burlas de barbados y socorros de calderos, dormí cómo un lirón todo aquel dia, y toda aquella noche: y tuve á gran milagro despertar el Lunes a las once. Hallandóme levado de fregados, y espulgado de faltriqueras, levantéme como pude; y seguido de Estudiantes minimos, y de muchachos de escuela, me salí al campo medio avergonzado, preguntando á los que me encontraban, y se reían de mí: Camaradas, ¿por donde vá la danza? Volví á proseguir el camino de Sevilla, detuveme una semana en

Cazalla, ayudando á cargar vino á unos harrieros de Constantina, adonde cada dia cogia una zorra por las orejas, y un lobo por la cola. Desde alli fui á Alcalá del Rio, que está á dos leguas de Sevilla: y al pasar una barca que hay en su ribera, me preguntó un labrador, ¿si queria estar con amo? Y por responderle que sí, me llevó á media legua de allí, y me entregó á un cabrero suyo, para que le ayudáse á guardar un hato de cabras que tenia; y al despedirse de mí, me dixo, que tuviera buen ánimo, y que sirviese bien, que con el tiempo podria ser que llegáse á ser cabrero. Y pienso que ya lo hubiera sido muchas veces, si Dios no me hubiera guardado mi juicio, y quitadome de la cabeza el no haberme casado. Comimos al medio dia de un gazpacho, que me resfrió las tripas, y á la noche un ajo blanco, que me encalabri-

nó

nó las entrañas: y lo que mas sentí, fue, que teniamos un pollino por repostería, el qual, debaxo de los reposteros de dos pellejos lanudos nos guardaba, y conservaba dos mortijas, cuyo licor, no siendo ondas de Ribadavia, eran olas del Betis. Y como yo enseñado á diferentes licores, y á regalados manjares, me hallé arrepentido de haber vuelto media legua atrás de mi derecho camino: y asi, dexando dormido á mi compañero, y madrugado dos horas antes del Alva, pesque el mejor cabrito de la manada, y echandomelo acuestas, me hallé avergonzado de que me viesen solo aquel dia con pitones sobre la cabeza, á causa de ser el animalejo de buen tamaño. Díme tan buena diligencia, que llegué muy temprano á Sevilla, aunque en mala ocasion, por ser en tiempo de la gran avenida de su Rio, aunque ya habia dos dias que

era pasada. Vendí mi hijo de cabra en quatro reales, aplaqué el cansancio con hostiones crudos, camaroncitos con lima. Fuime á dormir á la calle de la Galera, donde de ordinario hospedan la gente de mi porte. A la mañana visité las Cuebas; dieronme sus santos Monges potage de frangollo, y racion de vino: y dandome, demás de esta limosna, dos reales cada dia, me entretuve algunos en sacar cieno hediondo de su cantina, de lo que habia traído la creciente, y cansado de andar en bodegas vacías, y de sacar ruínas aguadas, dí la vuelta á Sevilla, y encontrando un dia un aguador, que me pareció letrado, porque tenia la barba de cola de pato, me aconsejé con él, para que me adestrase cómo tendria modo de vivir, sin dar lugar que los Alguaciles me mirasen cada dia las plantas de las manos, sin decirme la buenaventura. El,
sin

sin revolver libros, me dixo, que aunque era verdad, que el vino que se vendia sabroso, oloroso y substancioso, que no por eso dexaba de marearse muy bien la venta del agua, por ser muy calurosa aquella tierra, y haber tanta infinidad de gente en ella; y que era oficio, que con ser necesario en la República, no necesitaba de exámen, ni habia menester caudal. Dí por bueno su parecer, y comprando un cantaro, y dos cristalinos vidrios, me encastillé en el oficio de aguador, y entré á ser uno de los de su número. Empecé á vender agua fria de un pozo que habia en casa de un Portugués, en cuyo sencio parecia, segun su frialdad, ó que usurpaba los ampos al Ampo, ó que robaba los copos al Apenino. Costabame cada vez que lo llevaba no mas de dos maravedís, y sacaba de él dos reales. Hacia creer á todos los que acudian

al

al reclamo del agua fria, que era agua del Alameda: y para apoyar mejor mi mentira, ponia en el tapador un ramo pequeño, que hacia provision para toda la semana: con él daba muestras de venir donde no venia, siendo la mercancia falsa, y sus armas contrahechas. Servia el tal ramo de acreditar el trato, adorno, garzota y penacho de mi carambanado cantaro. Algunos curiosos me preguntaban la causa de tenerla yo mas fria que los que la traían de la misma parte: y satisfaciales con decirles, que por vender mas, la tenia toda la mañana en nieve, y que á la tarde, mientras vendia un cantaro, dexaba otro resfriando, y que la ganancia suplia el gasto; con cuyo engaño vendia yo mas en un dia, que los demás de esta profesion en una semana, teniendo menos trabajo y mas opinion. Ibame todas las tardes al corral de las co-

me-

medias, y todos los Caballeros, por verme que era agudo y entremetido, me enviaban en achaque de dar de beber á las Damas, á darles recados amorosos. Bebian ellos por agradarme, y hacian lo mismo ellas por complacerme: de manera, que usaba á un mismo tiempo dos oficios, tirando del uno racion, y del otro gages; pues demás de pagarme diez veces doblada el agua, me gratificaban el ser corredero de oreja. Hallabame tan bien en este comercio, que jamás lo hubiera dexado, si el cantaro no pesára, y fuera Verano todo el año. Quexabanse cada dia mil parroquianos, de que padecian dolor de tripas, y mal de ceatica: y atribuyendolo á otras desordenes, echaba yo de ver, que lo causaba la gran frialdad del pozo. Vendian algunos aguadores por las mañanas, por no ser tiempo de tratar su mercancia, naranjas secas, en

cu-

cuyo trato ganaban razonablemente. Y yo, ó ya fuese de envidia, ó porque ninguno de ellos me echáse el pie delante, trabajé de un golpe tres diferentes mercancias, provechosas para la bolsa, y ocasionadas á tener entrada en todas partes, con cuyo achaque daba recados á las doncellas mas recatadas, y muecas á los maridos mas zelosos. Eran xaboncillos para las manos, palillos y polvos para limpiar los dientes. Hacia los xaboncillos de xabon rallado, de harina de chochos, y de azeyte de espliego, daba á entender que eran xaboncillos de Bolonia. Cogia raices de malvas, cociálas en vino, y sangre de dragon, tostabalos en el horno, y despachabalos por palillos de Moscovia. Formaba los polvos de piedras pomes, cogidas en la margen de aquella celebrada ribera; y habiendolos molido, los mezclaba con pequeña canti-

dad de polvos venimios, en cuya virtud se volvian roxos, y pasaban plaza de polvos de coral de Levante. Puse mi mesa de montambaneo, y ayudandome del oficio de charlatan, ensalzaba mis drogas, y encarecia la cura, y vendia caro: porque la persona que quisiere cargar en España, para vaciar en otros Reynos, ha de vender sus mercancias por buhonerías de Dinamarca, y invenciones de Basalicata, y curiosidades del Cuzco, naturalizarse el dueño por Grison ó Esguizaro; porque desestimando los Españoles lo mucho bueno que encierra su patria, solo dan estima á raterías estrangeras. Vendialo todo tan caro, y tan por sus cabales, que á los compradores obligaba á que lo estimasen, y á los que se hallaban presentes á que lo comprasen. Y como todas estas mercancias son cosas pertenecientes á la limpieza de la boca,

ca,

ca, y á la blancura de las manos, eran las damas las que mas las despachaban, por ser las que menos las conocian; particularmente las Representantas, por salir cada dia á vista en la plaza del Mundo. Hallabase en esta ocasion entreteniendo en esta Ciudad una de las mejores Compañias de toda España. Era su Autor, quando no de los doce Pares de Francia, por lo menos uno de los doce de la fama. Tuve en virtud de estos dos badulaques conocimiento con sus Reynas fingidas y Principes de á dos horas: y como en ellas no reyna la avaricia, ni aun han conocido á la miseria, yo cargaba de reales, y ellas de piedras pomes, que puedo añadir por blason al Escudero de los Gonzalez, por haber engañado á Representantas, habiendo salido, los que mas presumen de entendidos, engañados de ellas. Habia una, que por razon de
 pren-

prenderse bien, prendia las mas libres voluntades. Tenia un marido, á quien no tocó las tres virtudes theologales, sino las tres dichas de los de su arte, que son tener muger hermosa, ser pretendida de señores generosos, y estar con Autor de fama. Era esta Diosà, con tener partes sobrenaturales, medio motilona, ó picaseca de la compañia: porque no hacia en ella mas de una parte, que era cantar; pero con tanto extremo, que era sirena de estos siglos, y admiracion de los venideros. Tenia la edad de los versos de un soneto, y caminaba á tener conterilla. Era su posada patio de pretendientes, sala de Chancilleria, y lonja de Mercadantes; porque siempre estaba llena de visitas, y sobrada de letras y memoriales. Yó, que todo lo trascendia, apenas ví el ramo, quando me entré en la taberna. Iba siempre apercibido y cargado de mis

xa-

xaboncillos, polvos y raices; y sobre quien se los habia de feriar, se alborotaba todo el conclave: y al que despues de la competencia salia elegido, él no muy rico, gastó muy bien su bolsa, y quedando ufano, partia yo satisfecho. Díxome la tal Dama una tarde, que se habia aficionado de mí, por verme muchacho, entremetido, agudo y desenfadado; que si queria servir, que me recibiria de mil amores; y que no era uso dar salario á los mozos de comedia, porque no necesitaban de nada, por los provechos que tenian: que si estos faltáran en su casa, que ella alcanzaria con el Autor, que tocára la caxa en las Villas, ó que pusiese los carteles. Yo, pareciendome ser aquella una vida descansada, y que á costa agena podia ver las siete partidas del Mundo, como el Infante de Portugal, no quise hacerme de pencas, ni que me rogasen

sen lo que yo deseaba: dile el dulce *fiat*, y pedile dos dias de termino, para deshacerme de mi botica, y vender los cantaros y vasos: lo qual me concedió muy afablemente, y encomendandome el no faltar á mi palabra, me dió un real de á dos, para que refrescase. En este plazo hice baratillo de mis drogas, y almoneda de mis pocos trastos: y no viendo la hora de ser solicitador de tanto pretendiente, me fui á casa de mi ama, la qual me ocupó en quatro oficios, por verme habil y suficiente para todos ellos. Era el primero cansado, el segundo fastidioso, el tercero flemático, el quarto peligroso. Serviale de camarero en casa, doblando y guardando todos sus vestidos; de faquin en la calle, llevandole y trayendole la ropa á la casa de la comedia; de escudero en la Iglesia y en los ensayos; y de embaxador en todas artes. Tenia ca-

da noche mi amo mil qüestiones con ella, sobre que yo la descalzaba, por presumirse que no era yo Eunuco, y por verme algo bonitillo de cara, y no tan muchacho, que no pudiera antes calzar, que descalzar; por lo qual andaba en busca de un criado para despedirme á mí. Eran tantos los que acudian al galantéo de mi ama, picados de su resistencia y estimacion, ó zelosos de verse desdeñados, y juzgar á otros por favorecidos, que el aposento, que era cátedra de Representantes, se habia transformado en quarto de contratacion. Contabanme todos sus penas, referianme sus ansias, y dabanme parte de sus desvelos. Unos me presentaban dadivas, otros me ofrecian promesas, y otros me notificaban amenazas, y otros me daban villetes en verso, los quales amanecian flores del Parnaso, y anochecian biznagas del Pegaso: y yo,

como privado de Rey, ó Secretario de Estado y Guerra, recibia los dichos memoriales, y la untúra que venia con ellos por el buen informe y brevedad del despacho. Unas veces los consultaba, y otras veces, por ver la detencion de mi ama, los decretaba en esta forma: á los de los miserables, ó pobres, no hay lugar: á los hijos de familia, en víspera de herencia, acuerde adelante: y á los ricos y generosos, désele lo que pide. Ibalos á todos dilatando el pleyto, y á ninguno desconfiaba, antes los cargaba de esperanzas. Fingia muchas veces estar mi ama acatarrada, de achaque del sereno de un particular, por hartarme de caramelos y azucar candé; y otras les hacia creer, que tenia combidadas, con que me daba un verde de confituras, empanadas, y pellas de manjar blanco el dia que jugaba y perdia: porque de pícaro es

di–

dificultoso el sentar baza. Al tiempo de abrir los baúles para sacar los vestidos, ó para meterlos, me henchia la faltriquera de cintas y listones, y dandolos á los amantes por favor, y en su nombre, me satisfacian de suerte, que habia con que comprar la cantidad de lo que habia sacado, y con que probar la mano toda la semana. Quiso Bercebú, que dicen que jamás duerme, que habiendose ido mis amos un dia, que no se representaba, á pasear al arenal en un coche, que habian pedido prestado, y habiendo quedado yo solo en la posada á limpiar y doblar todos los vestidos, porque estabamos en vispera de partirnos; entraron á llamarme dos mozos de la comedia, y el guardarropa, para que nos fuesemos á holgar, por ser dia de vacacion. Sali con ellos, entramos en una taberna, bebimos seis quartillos de lo caro, jugamos á los naypes,

quién habia de pagar el escote; y por ser yo el condenado en costas, quedé tan picado, que desafié al guardarropa á jugar las pintas: el qual no siendo escrupuloso, y teniendo mas de negro, que de blanco, á quatro paradas me dexó sin blanca. Yo, abrasado de ver mi poca suerte, le dixe, que si me queria aguardar, iría por dineros. Y diciendome que sí, partí de carrera á mi posada, y sacando un manteo cubierto de pasamanos de oro que tenia mi ama, lo llevé á casa de un Pastelero conocido mio, al qual pedí veinte ducados prestados, diciendo que eran para mi ama, que le faltaban para acabar de pagar una joya, que habia comprado; y que al instante que mi amo viniera, se los volveria, demás de darle su ribete por el trabajo de contar el dinero. El Pastelero, viendo la prenda de tanta satisfaccion, me dió la cantidad que le pe-

dí,

dí, con lo qual volví á jugar, y á perder como de primero. Toméle dos reales de á ocho al ganancioso, por via de alicantina, y con rebozo de prestamo, con los quales me salí á la calle, y viendome desesperado, y lleno de congojas, de haber perdido, por dar gusto á las manos, oficio tan provechoso para el cuerpo, me fui á mi posada antigua de la calle de la Galera, adonde cené, y dormí aquella noche, con harta inquietud y desasosiego.

## CAPITULO V.

*En que hace relacion de la ausencia que hizo de Sevilla á ser Soldado de Lenua; y los varios acaecimientos que le sucedieron en Francia é Italia: y de como estuvo en Barcelona sentenciado á muerte.*

Así que por unas pequeñas celosias de

de la misma morada descubrí los reflexos de la luz del venidero dia, quado me vestí, teniendo el corazon lleno de pesares, y los ojos llenos de ternezas, de ver la coz Galiciana, que le habia dado á mi amo, en satisfaccion del buen tratamiento que me habia hecho; y considerando el daño, que me podia venir en echando menos el manteo, me salí de aquella Ciudad, unica flor de Andalucia, prodigio de valor de el Orbe, auxilio de todas las Naciones, y erario de un nuevo mundo; y tomando el camino de Granada, á gozar de su apacible Verano, di alcance á dos Soldados, de estos que viven de tornillo, siendo siempre mansos, y guias de todas las levas que se hacen. Dixeronme, despues de haber platicado con ellos, que iban á la vuelta de la Villa de Arahal, por haber tenido noticia, que estaba alli un Capitan haciendo gente:

te: y que era Villa, que no perecerian los que militáran baxo de su bandera. Yo, mudando de proposito y de viage, los fui acompañando, pagando todos el gasto que se hacia rata por cantidad. Llegamos segundo dia á la dicha Villa, y siendo bien admitidos del Capitan, y sentado la plaza, gozamos quince dias de buelo, pidiendo á los patrones empanadas de pechugas de Fenix, y cazuelas de huevos de Hormigas. Vino orden de que marchasemos; y saliendo de la Villa una mañana, hacia nuestro Capitan la marcha del caracol, dexando el transito á la mano izquierda, y volviendo sobre la mano derecha. Prosiguió tres dias con esta disimulada cautela; pero al quarto enfadados todos los Soldados que tenia, que eramos cerca de cinquenta, á la pasada de un bosque lo dexamos con solo la bandera, caxas, Alferez y Sargento, y
con

con cinco mozas que llevabamos en el bagage: que mal puede conservar una compañia, quien siendo padre de familia de ella, trata solo de adquirir para sí á costa de sudor ageno; sin advertir, que es cosa muy facil hallar un Capitan y muy dificultosa juntar cinquenta Soldados. Marché con esta Compañia sin Oficiales á la Ciudad de Alcalá la Real, á juntarnos con la gente de la Flota, que de presente estaba en ella alojada, estando por Cabo D. Pedro Orsua, Caballero del Habito de Santiago, adonde, demás de ser bien recibidos, gozamos de buenos aloxamientos y socorros. Andaba cada dia con una docena de espadachines á caza de corchetes, en seguimiento de soplones, y en alcance de fregonas. Haciamos de noche cacarear las gallinas, balar á los corderos, y gruñir á los lechones. Llegó el tiempo de la embarcacion,

y siendo langostas de los campos, raposas de los cortijos, garduños de los caminos, y lobos de las cabañas, pasamos á Montuque, Puente de Don Gonzalo, Estepa y Osuna: Ibamos yo y mis camaradas media legua delante de la manguardia; embargamos requas de mulos, cáfilas de Cabañiles, y reatas de rocines, y fingiendo ser aposentador de Compañia á falta de bagage, cogia los cohechos, alzaba los embargos, y partia la presa, aconsejando á los despojados se apartasen del camino por el peligro de otros aposentadores; á fin que no llegase queja á mi Capitan. Llegamos á Cadiz, y al tiempo del embarcarnos, me pareció ser desesperacion caminar sobre burra de palo, con temor de que se echáse con la carga, ó se volviese patas arriba: por cuya consideracion me escondí á lo gazapo, y me zambullí á lo de jabalí seguido. Partió la Flota al golfo, y yo al Puer-

to, pues en el inter que ella; pasé el de las Yeguas, yo senté Plaza en el de Santa Maria. Y como mi natural ha sido de quebrantar el septimo, y de conservar el quinto, tuve á dicha ser Soldado de la Galera Santo Domingo en la Esquadra de España, y debaxo del gobierno del Duque de Fernandina; por razon de ser esta Galera de las más antiguas, y de ser Hospital; cuyo nombre siempre reverencié, por la comodidad que continuamente hallé en ellos: y tan abuela de las demas, que estaba sin dentadura de remos, y jubilada por ser viejos: con que pensé ser cuervo de la tierra, y no martajo de la mar. Serví en ella de tercero al Capitan, de despensero al Alferez y mozo de Alguacil. Enviabame el Alferez á comprar carne á la carniceria de esta Villa, donde continuamente abundaba la gente, sobraban las voces, y faltaba la carne, acercabame al tajon, de-

ba señor al carnicero, y atronaba las orejas á los oyentes: recibia la carne, metia las manos en las faltriqueras, y los ojos en el rostro del cortador; y en viendolo ocupado en llamamientos de Alguaciles, ó en particion de tajadas, baxaba todo el cuerpo, encubriame entre la bulla, fingia haber perdido algun dinero, y agachandome, como quien andaba á caza de Luganos, salia á lo raso, y ganaba los perdones del que hurta al ladron. Quedabame con el dinero, sisaba en el camino la tercia parte de la carne, y á medio dia me comia la mitad de lo que llevaba al Alferez. Entré un dia con un amigo, Soldado de la Galera Santa Catalina, á refrescar en su rancho, y hallé amarrado á un banco, y amarrado á su ballestera mi buen amigo Juan Francés, el inventor de la temblona, y el autor de los tunantes, que dexé en prision en la Ciudad de Ebora, quando salí

á

á hurga, á dar en manos de Gitanos. Conocióme asi que me vió, y dandome tiernos abrazos al son de duras cadenas, me dixo, como despues de haberse hecho de pencas, y dadole ciertos tocinos á traicion, le habian echado toda la ley acuestas; mas que estaba consolado, que ya no le faltaban mas de ocho años, y que saldria de aquel trabajo en la flor de su edad, para poder proseguir con su industria. Favorecile con lo que pude, y volviendome á mi Galera, supe como habia enviado á pedir Don Antonio de Oquendo al Duque de Fernandina dos Compañias prestadas, como libras, para salir á recibir la flota: y que sin que me preservára á mí aquella seguidilla, que dice, que *quien no fue hombre en la tierra, menos lo sería en la mar*, habia tocado á mi Compañia ir por una de las llamadas, y yo por uno de los escogidos. Embarcamonos en doce Baxeles de Nue-

Nueva España: y apartandonos de la vieja, seguimos el rumbo de Colon, y el camino de la codicia. En el poco tiempo que duró esta embarcacion, no eché menos la Mancha, pues por ser aguados mis camaradas, y haberse todos mareado, fue siempre mi barriga caldero de torreznos, y candiota de vino. Hallabame gordo y sucio; en blanco la bolsa, y en obscuro la camisa; los cabellos emplastrados con pez, y los calzones engomados con brea. Sobrevinonos una fiera tormenta, y apareciendosenos Santelmo despues de pasada, nos volvió al Puerto derrotados y sin flota. Y como de los escarmentados se hacen los arteros, pedí licencia á mi Capitan para ir á cumplir un voto, que le dí á entender habia hecho en la tormenta referida; y atribuyendolo á chanza, se sonrió, y callo como en Misa. Yo como habia oído decir, que quien calla otor-

ga, me juzgué por Licenciado, y me determiné como Bachillér. Fuime entrando en el Andalucia, y apartandome de los tránsitos de la venida, por no pagar en alguna fiesta lo que hice en muchas semanas. Llegué á Cordova á confirmarme por Angelico de la calle de la feria, y á refinarme en el agua de su potro; porque despues de haber sido Estudiante, Page y Soldado, solo este grado y caravana me faltaba para doctorarme en las leyes que profeso. Y acordandome de lo bien que lo pasaba con mis tajadas de raya, y colanas de vino, quando era Buhonero, me determiné de volver al trato: mas por hallarme escaso de caudal, lo empleé en solas mil agujas, y me salí de la Ciudad á procurar aumentarlo. Y despues de haber corrido á Hernan-Nuñez y otras dos Villas, llegué á la de Montilla, á tiempo que con un numeroso Sena-

do,-

do, y un copioso auditorio, estaba en su plaza sobre una silla sin costillas, y con solo tres pies, como banqueta, un ciego de nativitate, con un carta-pacio de coplas, harto mejores que las famosas del perro de Alva: por ser exemplares y de mucha doctrina, y ser él Autor; el qual chirriando como carrucha, y rechinando como un carro, y cantando como un becerro, se rascaba el pescuezo, encogia los hombros, y cocaba todo el Pueblo. Empezaban las coplas de aquesta suerte:

*Christianos, y redimidos*
*por Jesus, suma clemencia*
*los que en vicios sois metidos,*
*despertad bien los oídos,*
*y exâminad la conciencia.*

Eran tantas las que vendia, que á no llegar la noche, diera fin á todas las que traía. Fueronse todos los oyentes encoplados y gustosos del dicho Au-

tor, y él, apeandose del derrengado theatro, por verse dos veces á obscuras, y cerradas las ventanas, empezó á caminar á la velta de su casa. Tuve propuesto de ser su Lazarillo de Tormes; mas por parecerme ser ya grande para mozo de ciego, me aparté de la pretension: y llegandome á él, le dixe, que como me hiciera conveniencia en el precio de las coplas, que le compraria una gran cantidad; porque era un pobre mozo estrangero, que andaba de tierra en tierra, buscando donde ganar un pedazo de pan. Enternecióse, y no de verme: y respondióme, que la Imprenta le llevaba un ochavo por cada una, de mas de la costa, que le tenian de traherlas desde Cordova; y que asi, para que todos pudiesemos vivir que se las pagára á tres maravedis. Yo le respondí, que se habia puesto en la razon, y en lo que era justo, que fuesemos adonde su merced mandára, para

ra que le contasen el dinero de cien pares de ellas, y para que me las entregasen con su cuenta y razon. Díxome, que le siguiera á su casa, y alzando el palo, y haciendo puntas á una parte y á otra, como exercito enemigo, aporreando puertas, y descalabrando paredes, llegamos con brevedad á ella. Tenia una muger de tan mal arte y catadura, que le habia Dios hecho á él infinitas mercedes de privarle de vista, porque no viera cosa tan abominable: y sobre todas estas gracias, tenia otras dos, que era, ser vieja y muy sorda. La qual, así que vió á su marido, lo entró de la mano, adestrando hasta la cocina, quitóle el ferreruelo, y el talego de las coplas, y sentólo en una silla. Díxole en alta voz, que sacáse del arca dos legajos, que habia de su obra nueva, que era cada uno de cincuenta pares, y me
 los

los diesse, y recibiesse el dinero á razon de seis maravedís cada par; mas todo su quebradero de cabeza, era dar voces al ayre; porque demás de ser sorda, al punto que lo dexó sentado, habia salido al corral â traer leña para hacerle fuego; yo, reventandome la risa en el cuerpo, le dí parte de la ausencia, el qual me rogó que le avisára quando viniera, para que tratase de despacharme. Llegó en esta ocasion, echó la leña en tierra. Sintió él el ruido del golpe, y acercando la silla hacia la parte que le pareció estár, dió conmigo, y tentandome el ferreruelo, y pensando que eran faldas, volvió á dar el segundo pregon, dexandonos atronados los oidos, y ella mirandonos á los dos, estaba como suspensa. Hicele señas de que llegasse á oir su marido, y advertirle á el el engaño; y descolgando ella un embudo grande de hoja

ja de lata, se metió la punta en el oído, y poniendo la boca de él en la del Relator de coplas, le preguntó, ¿que quién era yo, y que para qué me habia traído á su casa? El, despues de haberle satisfecho, en tono de Predicador de mandato, por el cañon de su embudada corneta, volvió á referir tercera vez lo que dos veces habia mandado. Sacó ella los legajos, y despues de haber recibido el pagamento, hizome el entrego de ellos; y yo, cargado de agujas falsas y de coplas de ciego, me fui á dormir al Hospital. Sali al amanecer de la Villa, y estando algunos dias en la de Aguilar, pasé á las de Cabra y Lucena: vendia las agujas á las mozas, y cantaba las coplas á las viejas; y como se dice, que *al Andaluz hacerle la Cruz*, á las Andaluzas, para librarse de sus ingenios, les habian de hacer un calvario de ellas. Hurtabanme las

redomadas de aquellas Ninfas, mirandome muy á lo socarron, mis agujas, haciendo ayuntamiento de belleza y tratos de Gitanos. Andaban mis papeles de mano en mano, haciendo con mis puntas aceradas dos mil modos de pruebas, que yo reniego de tantas probadas. Quedaba pasmado de oír lo donayroso de su ceceo, y de ver el brio de su desgarro; y mientras tenia cuenta con las unas, las otras me empandillaban la vista y las agujas; pues jugando con ellas al escondite, unas me las quitaban, y otras me las diezmaban, emboscandolas en los tocados y ocultandolas en las bocamangas; de manera, que despues de haber cobrado dacio, feudo y tributo de este pobre Buhodero de poquito, despues de regatear dos largas horas, me compraban un quarto de ellas, y de cosario á cosario me dexaban sin vales. Oían las coplas las viejas, y despues

pues de haberme roto los cascos y secado los gaznates, con aquello de á las mas maduras, con sus boquitas papandujas, me las alababan, y entre todas las vecinas de un barrio apenas me compraban un par de ellas. Por lo qual, y por ser tierra de buenos vinos, llevé tan adelante mi caudal, que en pocos dias pudiera jugar las hormas. En efecto, dí al traste con todo, y quedé hecho mercadante de banco roto. Encaminéme á la vuelta de Gibraltar con intencion de ser picaro de costa, y estando á vista de sus muros, me dieron nuevas de como prendian á todos lor vagamundos, y los iban llevando á la Mazmorra, para que sirviesen en ella, ó de Soldados, ó de gastadores. Yo, por ser uno de los comprehendidos en aquel vando, y por no ir á tierra de Alarbes á comer Alcuzcuz, me fui á la Sabinilla á ser Gentil-Hombre de javega y corchete de pescados.

Con-

Concertéme con un armador por dos panecillos cada dia y dos reales cada semana. Volví los calzones, eché las piernas al ayre, y puseme en lugar de banda un estrobo, insignia y arma de aquella religion; y al tiempo de tirar la red, hacia que echaba todo el resto de la fuerza, y la tiraba con tanto descanso y comodidad, que antes era divertimiento, que trabajo. Y al tiempo que salía el copo á ser celosía de bogas, jaula de sardinas y zaranda de caballas, por ver el armador con baston de General de javegueros, mirando á las manos, y sacudiendo en las cabezas, haciendo yo oficio de Escribano contrahecho, la causa perteneciente á las manos la remití á los pies, porque donde no alcanzan las fuerzas, es menester valerse de la industria. Haciame Clicie de aquel sol de bodegón de la cara de mi amo, y haciendo reverencias con los

los pies, sin haber en aquel distrito persona que mereciese hacerle cortesia, retiraba con los dedos de los quartos baxos angelotes, y con los talones rayas. Tenia un camarada detrás de mi el qual recogía los despojos, sirviendoles unos de estomaguetes, y otros de ventosas de mal de madre, los alojaba entre la camisa y la barriga: y otras veces les daba fondo por el resquicio de los zaragüelles, de modo que llegué á tiempo que exercitaban los pies el oficio de las manos: y en faltandome Sacristan que me ayudáse á dexar el armador de *Requiem*, y dár sepulcro á sus pecados, escarvaba con un pié sobre la arena, como toro en coso, y formando anchurosa fosa, daba con el otro sepultura á la presa, y con ambos cubria á los difuntos para sacarlos, en quedando en soledad. Venian los arrieros, compraban el lance,

ce, y en corriendo por su cuenta, descansaban los pies, y trabajaban las manos: que si es desdicha verse en poder de muchachos, harta desdicha será hallarse cercado de picaros. Dígolo, porque al instante que no corria el lance por el armador, y que volvia las espaldas, y desamparaba el monton de escamas plantadas á bien librar, les hurtabamos á los harrieros mas de la tercia parte, por mas bellacos que fuesen, y por mas cuidadosos que se mostrasen. Con el provecho de estos percances, racion y salario que ganaba, comia con sosiego, dormia con reposo, no me despertaban zelos, no me molestaban deudores, no me pedian pan los hijos, ni me enfadaban las criadas; y asi no se me daba tres pitos que baxase el Turco, ni un clavo que subiese el Persiano, ni que se cayese la torre de Valladolid. Echaba mi barriga al Sol, daba paga ge-

ne-

neral á mis soldados, y me reía de los puntos de honra, y de los embelecos del pundonor; porque á pagar de mi dinero, todas las demás son muertes, y sola es vida la del picaro. Habiendome asegurado, que en la Ciudad de Malaga hacian levas de mozos de javega unos pescadores antiguos, con patentes de armadores, y que daban cinquenta reales á qualesquier visoño que se alistase debaxo de sus redes, dexé la Sabinilla, y me fui al promontorio de la pasa y almendra, y al piélago de la batáta. Senté plaza de holgazan, cobré paga de mándria. Pero cansado de andar atrás, sin ser cabestrero, fingiendo haberle dado á un chulo una mojada con la lengua de un gifero, me retiré á sagrado, y pedi Iglesia; y quando el armador venia á pedirme el dinero, dabale largas, diciendole que el herido habia yá pasado
del

del sereno, y que en habiendo decla-
rado los Cirujanos, volveria á traba-
jar, y desquitar lo que habia recibido
y gastado. Pero viendo que hacia di-
ligencia para buscar al doliente, y
que por no hallar rastro ninguno, me
queria echar en la prision, y que me
andaba acechando para cogerme fue-
ra de sagrado, me fui una tarde al
muelle, y hallando de partida un Ba-
xél Francés, que iba á Francia de Po-
niente, y haciendole creer al Capitan,
que tenia unos parientes muy ricos en
Burdéos, y que me habian enviado á
llamar, llevandome cosa muy poca
por el flete, me embarqué en su Na-
vio; porque es de hombres como yo
el urdir una mentira, y es muy facil
de engañar un hombre de bien. Pasa-
mos el Estrecho de Gibraltar, que
en lo borrascoso y apretado parece ti-
tulo moderno. Corrimos una tormen-
ta hasta el cabo de San Vicente; y
des-

desde alli, ayudados de un viento fresco y favorable, llegamos á San Maló de Lilia, Puerto de Francia, y Provincia de Bretaña. Hay en esta Villa veinte y quatro perros de ayuda asalariados, los quales están á cargo de un Soldado que los asiste, y cuida de ellos; que como hay Soldados particulares, hay tambien Soldados perreros. Este tal tocaba cada dia, al querer anochecer, una media luna, ó llave de Medellin, ó madera de tinteros, á cuyo horrendo son acudian todos los perros á una puerta sola que tiene la dicha Villa; y echándolos fuera, hacian tal guardia y ronda toda la noche, que qualquiera persona forastera que llegáse, ignorante de tales centinelas, lo hacian dos mil pedazos, con que estaba asegurada de qualquier antepresa, y de qualquier cautela enemiga: y sin pretender esta esquadra perruna abanzamientos, ven-
ta-

tajas, ni ayudas de costa, entraban cada noche de guardia, y estando siempre alerta, jamás estaban quexosos. Tocaban caxa en esta Villa, levantando gente para ir en corso contra el Inglés, y daban á cada Soldado una dobla. Yo, viendome necesitado, y en tierra estraña, y por gozar de todo, y dexar en todas partes mi memoria eterna, cogí *la dobla*, senté la plaza, y levantando *los* talones, amanecí al tercero dia en Land, Puerto y Provincia de Normandia, adonde, por ser tiempo de guerra, juzgandome por espia del Inglés, me hicieron una salva de *horquillazos* y puntillones, que fue poco menos que la de Borbón sobre Roma: y por hallar entre tantos malos *algunos* buenos, me dexaron pasar libre, y me escapé de una larga prision. Y valiendome de mi acostumbrado oficio, y arrepentido de haber dexado en la

Ciu-

Ciudad de Lisboa mi socorrido habito de Peregrino, llegué á Ruán, cabeza de Normandia, á quien el caudaloso Sena, despues de haber sido cinta de plata de la gran Corte de París, es tahalí escarchado de esta rica y poderosa Villa; y en una de sus primeras posadas me previne de una poca de ceniza, en achaque de ser para secar unas cartas, y metiendola en un poco de papel, y aposentandola en el lado del corazon, me fui á la bolsa, que es la parte del contratamiento, y junta de todos los asentistas y hombres de negocios y hallando un agregamiento de Mercadantes Portugueses, metiendome en su corro, y no á escupir en rueda, sino á hacerlos escupir en corrillo, les hablé con la cortesia y sumision, que suele tener el que ha menester á otro, y en su misma lengua, porque no escusasen la súplica; porque como mis padres se

habian criado en la raya de Portugal, la sabian muy bien, y me la habian enseñado: y despues de haberles dado á entender ser Lusitano, les pedí que me amparasen, para ayuda de poder llegar á la Ciudad de Viena, adonde iba en busca de unos deudos mios; y por venir pobre y derrotado, huyendo de familiares á quien no bastaban conjuros ni compelimientos de redoma, y que por lo que sus mercedes sabian habian quemado á mi padre, cuyas cenizas traía puestas sobre el alma al lado del corazon. Ellos con semblantes tristes, algunos con pre-ñezes de ojos, que sin ser Medos, esperaban partos de agua, me llevaron á la casa del que me pareció el mas rico y respetado. Pidieronme la ceniza, y habiendola dado, sin ser primer dia de Quaresma, fue cada uno besando el papelon por antigüedad. Pidieronme licencia para repartir entre

ellos aquellas reliquias de Martyr: y yo, mostrando un poco sentimiento, les dí amplia comision, como se reservasen algunas para mí, pues en virtud de unos polvos, que habia hechado al mar, me habia librado de una gran tormenta, que habia corrido en el Estrecho de Gibraltar. Suspiraban todos por el tragico suceso, que les habia hecho creer, y decian con tiernas lagrimas: *El Dios de Israél te dé infinita gloria, pues mereciste corona de Martyr.* Repartieron las cenizas de la dicha posada ó bodegón, y mostrandome todo amor y benevolencia, me volvieron á la referida bolsa, y echando un guante en todos los de su nacion, me juntaron veinte y cinco ducados, los quales me dieron, y una carta de favor para un correspondiente suyo, Mercadante en la Corte de París, para que me socorriese para ayuda á proseguir mi viage: y des-

pues de haberme encargado, que procediese como quien era, y que jamás pusiese en olvido la muerte de mi Padre, y mi felicidad, en haber merecido ser su hijo, me despedí de ellos, alegre de haber salido tan bien de gente que siempre engañan, y jamás se dexan engañar. Tomé el camino de París, comiendo á pasto, y á tabla de Patron: y apenas llegüé á verlo y reconocerlo, quando empezé á dár voces, diciendo: Cata Francia Montesinos, cata París la Ciudad. Halléme corrido y avergonzado quando entré y atravesé sus espaciosas calles, de la vaya que me daban algunos remendones y desculadores de agujas, diciendo á voces: Señor Don Diego, dacá la borrica. Compré al pasar por una botica unas cantáridas, y otros requisitos tocantes á mi oficio de Cirugia, y yendome á posar al Burgo de San Germán, á la posada de uno

de

de los expelidos de España, que se llamaba Granados, aquella misma noche me eché en el pescuezo dos emplastos, ó bexigatorios; y á la mañana, por haber amanecido muy hinchado, me puse cantidad de paños sobre él, y me fuí al Palacio del Embaxador de España, que era el Marqués de Miravél, y diciendo venir de Galicia á curarme del mal de los lamparones, me dió su Limosnero tres quartos de escudo por la llegada, y uno cada semana, hasta que fui sano, sin llegar á pies reales. Dí la carta de favor, y tuve por ella otro socorro harto razonable. En esta Corte, ó confusa Babilonia, olvido del gran Cayro, y lauro de todo el Orbe, gastaba como mayorazgo, y comia como recien heredado, con que dí fin á la limosna de la Tribu de Abrahán, y á la caridad de los lamparones. Y por no volver á

ser seguido de gozques, y de andar dando aldabadas, me quité los emplastamientos y trapos del pescuezo, y me acomodé por Page de un Caballero natural de Roma, dandole á entender ser su paysano, y hijo de un Caballero Romano de honor de su Santidad, de los que llaman del Esrón. Tratóme á los principios como á hijo de tal, pero en muy poco tiempo conoció del pie que cojeaba; y descubriendo toda la tramoya, me quitó las calzas folladas y la procesion de agujetas, y me despidió de su servicio.

Viendome desamparado y pobre, y tan apartado de mi patria, por tener algun refrigerio para ayuda de llegar á ella, pues ya tenia de ayuda de costa el haber aprendido la lengua Francesa, compré seis mil agujas de lo que habia buscado en el oficio pagenil, sin acordarme de lo bien que me fue con las Andaluzas y saliendome

de

de París, tomé el camino de Leon de Francia. Y vendiendo mi mercancía, y gastando lo que sacaba de ella en los mejores vinos que hallaba, por tener valor y esfuerzo para poder hacer tan largas jornadas, hallé cerrados los pasos de aquella Villa, por causa de la contagion; y asi me fue forzoso buscar nuevas trochas, y seguir modernos rodeos. Pasé por Montelimar y por Oranje, y queriendo entrar por Aviñon, me tiraron dos mosquetazos las guardas de sus puertas, y me hicieron volver atrás, por no llevar boleta de sanidad. Viendome imposibilitado de remedio, y que sin ser avestruz me habia comido toda la acerada mercancia; y habiendo hecho voto de no comer ni comprar ni aun carne de agujas, por no acordarme de tan ruin buhoneria, me encomendé á Dios, y sin ser potro de Gaeta, me aparté, reculando de la Villa,

y

y me volví por el mismo camino que habia traido. Hallé en un Village un Sargento, que estaba levantando gente, el qual me preguntó, que si queria ser Soldado, y servir al Christianisimo Rey de Francia. Yo, viendo que me apretaba la hambre, y que en aquella ocasion, por solo mitigarla, serviria al Mameluco, le respondí que sí. Llevóme á su quartel, que era en una Villa llamada Sabaza, entregóme á su Capitan, cuyo nombre era Monsieur Juni, del Regimiento del Baron de Montenie. Hizome con él, y poniendome un quarto de escudo en la mano, me hizo sentar plaza en su Compañia, dandome por nombre Monsieur de la Alegreza; porque como el Capitan era mas fino que un coral, y me vió en la comida alegre de cascos, y me conoció el humor, me confirmó sin ser Obispo, dandome nombre conforme á mi sugeto. Mar-
cha-

chamos por el Delfinado, haciendo buena cherra, y en cada tránsito habia avenidas de brindis, al tenor de Abu Monsieur de la Fortuna, Abu Monsieur de la Esperanza. Hallabame mas contento que una Pasqua de Flores: juzgaba aquella vida por la mejor que habia tenido, y llamaba á aquella Provincia la tierra del Pipiripao. Fuimos á guarnicion á la Villa de Román, adonde á costa de los Patrones comiamos á dos carrillos, y pediamos á discrecion, y habia libertad de conciencia, siendo Rey Chico Juan Soldado, adonde persuadidos de los Oficiales, por hacer ellos mejor su negocio, molestabamos los vecinos, gastábamos cada dia cien cubas de vino, y cada noche un bosque de leña en los fuegos disformes, que haciamos en nuestras posadas y en el cuerpo de guardia. Vino el unto á los Mayores, recibieron el soborno, y

echan-

echando rigorosos vandos, nos hicieron ayunar hartos meses, lo que comimos pocos dias. Mucho paño tenia aqui adonde poder cortar, pero se embotáran mis tixeras, y pensando ganar amigos, cobraré enemigos. Dieronnos un tapaboca Bartolo, con darnos cada dia medio quarto de escudo, que para henchir los Oficiales las bolsas, es necesario que los Soldados afloxen las barrigas. Embarcamonos al cabo de una temporada en una Villa del Duque de Guisa, llamada Mondragon, y conducidos de las sobervias corrientes del caudaloso Rio, llegamos á desembarcar en la Provenza, adonde nos agregamos á una Armada, que tenia el dicho Duque, para socorrer el Casar de Monferrat, á cuya oposicion estaban en Villa-Franca de Niza las Galeras de Nápoles, y por General de ellas Don Melchor de Borja. Enfadabame ya
de

de oír tanto alon, alon, sin haber algunos de gallinas, ni de capones, y el gastarme todos el nombre con Monsieur de la Alegreza acá, Monsieur de la Alegreza alla; y sobre todo, estaba temeroso de ver, que algunas veces que me habia puesto como el arco del Iris, cantaba en sino Español; por lo qual dieron en tenerme por sospechoso, y llamarme espion: que el hombre que llega á beber mas de aquello que es menester, no solamente no guarda sus secretos, pero descubre los agenos. Dieron á toda el Armada una paga, que es la extremauncion de los Franceses, quando entran en Países estraños, la qual cogí con ambas manos, y apresurando ambos pies, fui á resollar á Villa Franca: hablé á la guardia de la puerta en Italiano, por lo qual me dexaron entrar. Fui á ver á Don Melchor de Borja, y contandole todo mi suceso,

lo

lo celebró mucho: y por parecerle Soldado entretenido, me mandó dar dos doblas, y que acudiese á comer á su casa. Vinole orden del Duque de Saboya para que marchase con los Españoles, y dexáse los Saboyardos y otras Naciones que estaban á su orden, y que dexáse á los Franceses á que siguiesen su camino. Embarcóse asi que la recibió, y fatigados de una procelosa borrasca, llegamos á Monaco, y de alli zarpamos á la Ciudad de Genova, desde adonde envió nuestro General dos Galeras de su Esquadra por bastimentos á la Villa de Liorna. Embarqueme en una de ellas, y habiendo tenido un felíz viage, al desembarcar en el muelle de la dicha Villa, supe como su Altèza, el gran Duque de la Toscana, levantaba gente para enviar al Estado de Milán, Alistéme al instante, por no perder el tiempo ni la ocasiou. Dieronme

ocho

ocho ducados de contado, y tuve quatro meses desvedada la bellota en casa de Patrones, adonde daba de puntillazos al Sol, y me burlaba de la fortuna. Envió el Gobernador de Milán á dar aviso á su Alteza, de que al presente no necesitaba de aquella gente; por lo qual dieron licencia á muchos Soldados, siendo yo uno de los primeros, por ser pequeño de cuerpo, y por constarle á mis superiores no ser grande de virtudes. Puseme en camino á la vuelta de Sena, y pasando por Viterbo del Papa, llegué quarta vez á la gran Ciudad de Roma. Fui á ver á mis hermanas, de quien fui mal recibido: y queriendo hacer del esmarchazo, llamaron un vecino suyo, barrachel de Justicia, el qual cantando aquel verso de *mira Zayda que te aviso*, me puso en la calle, tomando á su cargo el amparo de mis hermanas. Fuime al Palacio

del

del Conde de Monte-Rey, que estaba entonces por Embaxador de España, adonde me junté con un Portugués, que era criado de Don Juan de Eraso, y volviendo á continuar la vida de los temerarios, estafabamos cortesanas, y agotabamos tabernas. Abríle trinchera á un Pintor en la cara, sobre ciertos arrumacos que hacia á una conocida mia, por cuyo delito fue fuerza retirarme al Palacio del dicho Embaxador; y viendo mi pleyto en mal estado, y que mis hermanas aun no me daban un Dios te ayude (cosa que se dá cada instante á uno que estornuda), me ayudé de mi hacienda, trocando secretamente una casa, que me habia dexado mi padre en la calle Ferratina, por una gran suma de pinturas, las quales envié por la conducta á Napoles. Y yendo yo despues á tratar de su enagenacion, dí tan buena cuenta de ellas,

que

que en menos de un mes, la mayor parte me la chuparon damas, y me la comieron rufianes; y algunas cincuenta que me habian quedado, las perdí una noche al juego de las pintas, parando á pintura y pintura, y diez en la quinta. Viendo que se me habia caído la casa, por haber perdido, no por falta de ciencia, sino por haberme encontrado con otro mas diestro que yo, senté plaza en una leva que se hacia para España, en la Compañia, sin caballos y con esperanza de rocines, del Prior de la Rochela, y volví de nuevo á escandalizar con embustes el quartél, á alborotar los Cuerpos de Guardia, y á inquietar los bodegones, cargado mas de miedo, que de hierro, y con una letania de valentia amontonada.

Metióme en prision mi Capitan por cabeza de estos vanderizos, porque temia que me huyese con ellos:

y, dióme en lugar de Castillo, el Alcazar del Tarazanal, porque á gran rio gran puente. Embarcamonos en una fuerte Armada para ir á España, yendo por Generales de ella el Marqués de Campolátaro, y el de Santo Luchito; y por General de la Caballeria mi Capitan; y por Comisario General Don Josef de Palma. Arriméme todo el tiempo que duró la embarcacion, por tener razonable pluma, y por saber algo de cuenta, á la despensa del Baxél, adonde iba embarcado, para ayudar á dar racion á la gente de mar y guerra; y por andar al uso, y no querer asentar en oficio que todos yerran, daba el despensero el vizcocho mas menudo á los Soldados, preservando siempre las costras mayores y enteras. Ibales dando raciones de atún de lo que se iba pudriendo, y guardaba lo que estaba bueno. Metia un punzon en el tocino,
y

y el que estaba oloroso le iba ocultando, y distribuyendo el que no lo estaba, haciendo lo mismo con el vino, y con lo demás que está á su cargo; porque ya es plaga antigua ser lo peor para Soldado. Tenia cuidado de regalar al Cabo de la guardia, y al Capitan que venia por Cabo del Baxél, con que todos callaban y amorraban: y al compás que lo pasaban mal los Soldados, triunfabamos nosotros. Llegamos á dar fondo en Rosas, adonde se embarcó toda la Infantería: salimos del Puerto, la Caballería desmontada, y tomamos tierra á seis leguas de Barcelona. Quedamos aquella noche en la playa, escribiendo sobre el socorrido papel de su arena la pena de quedarnos sin Patron, y hechos lobos marinos de la playa: á la mañana nos alojaron donde tuvimos de *ello con ello*, pues detrás de un regalo oiamos un *Cap de*

*Deu*, y veíamos media docena de pistoletes. Estaba mi Capitan conmigo, por haberme retenido una paga, y haber yó dado quexa sobre la restitucion. Era yo siempre su ceja, pues que me tenia sobre ójo: que el Soldado que no se dexáre pasar por cima en materia de interés, y tratáre de dar quexas, ó capitular á sus Oficiales, su verdad será mentira: y demás de no abanzar, será malquisto y aborrecible: y en achaque del servicio del Rey, le darán con que no quede de servicio. Pasabalo yo mejor que todos los de mi Compañia, por estor alojado en una taberna, y ser interprete con los Catalanes y Napolitanos, pagandome el corretaje en ponerme á veces, que por hablar Catalán hablaba Caldéo, y por hablar Napolitano hablaba Tudesco. Tuve un dia una pendencia con un Soldado, sobre un mentís por la gola, y dandole por de-

debáxo de ella una estocada, dí con él patas arriba, por haberse él mismo (no haciendo caso de mí) entrado por los filos de mi espada: de manera, que le hirió su gran soberbia, y no mi mucha modestia. Y por no dar venganza á mi Capitan, ni dar lugar á que satisfaciese su rencor, con hacerme prender y castigar, ó querer él mismo abrirme de grados y corona, me fui á la Ciudad de Barcelona, adonde de presente estaba el que nació Infante, y gobernó Cardenal, y murió Santo. Tomé tierra del Papa, y por no estar á merced de la Justicia, me amparé de la piedad del Convento de la Merced. Mi Capitan, como si yo le hubiera á su padre, robadole su hacienda, ó quitadole su Dama, envió trás mí á hacerme prender en Barcelona, y anduvo tan diligente un quitapelillos suyo, abanillo de la Compañia, y hijo de huevo de

de la Armada, que sin valerme Antana, ni defensa de motilones, ni aquello de Iglesia me llamo, me hizo, con una quadrilla de Alguaciles y Corchetes, sacar de Sagrado, y meterme en la Carcel del Tarazanal: que hay Soldado, que por agradar á su Capitan, prenderá al mismo que le dió el sér, con razon ó sin ella.

Echaronme grillos y cadena, y una argolla al pescuezo, con un birote, que siempre señalaba al Norte, y apuntaba á las vigas. Fulminaron un proceso de Soldado huido y alborotador del Armada: y sin reparar en el dolor que le costé á mi madre quando me parió, el trabajo que tuvo en envolverme, ni el molimiento que pasó en columpiarme; me dieron un susto con el *debo condenar, y condeno*, por ser cosa que tenia con que pagarla, que a echarme la ley de la *numerata pecunia*, fuera irremediable el

dar

dar satisfaccion. En efecto, como quien no dice nada, ó como quien no quiere la cosa, me sentenciaron á oír sermoncito de escalera, á santiguar el pueblo con los talones, y á bambolearme con todos vientos, como si yo tuviera otra vida al cabo de un arca, ó como si la que yo tenia, me la hubiera dado el Pilatos que dió la sentencia. Notificóme un Notario, tan buen Christiano, que no pidió albricias por la buena nueva, ni derechos de lo procesado. Hice algunos pucheros quando la oí: atragantéme algunos suspiros, echando por los ojos ciertos borbotones de lexia de panilla. Díxome el Carcelero, que me pusiera bien con Dios, sin haberme dado para aquel ultimo trance, con que ponerme bien con Baco. Y acordandome del tránsito que habia de pasar, para probar si era como los que habia hecho, siendo Monsieur de la Alegre-

za, me apretaba con la mano el gaznate, y con ser sobrepeyne, no me agradaban aquellas burlas, diciendo entre mí: ¿Si esto hace la mano, siendo de carne blanda, que hará la soga, siendo de esparto duro? Hincandome de rodillas pedia misericordia al Cielo, prometiale, si me viniera en libertad, hacer penitencia de mis pecados, y mudar de vida: mas al cabo vino á ser el juramento de Pelaya. Pasó la voz por toda la Ciudad, y acudieron muchos amigos á verme, y vecinos de ella á censurarme. Los amigos me consolaban, diciendome, que me animára, que aquel era camino que lo habiamos de hacer todos, que solo les llevaba la delantera: y en lo ultimo se engañaron, porque yo me he quedado de retaguardia, y ellos han llevado la delantera, perdonando verdugos, pidiendo Misas, y haciendo alzar dedos. Decian algunos Cata-

lanes, qua éra compasion, por cosa tan poca, privarme de la vida en lo mejor de mí edad: otros, que tenia cara de grandisimo bellaco: otros, que no por bueno estaba en tal aprieto. Entró á este tiempo un Frayle Francisco muy trasudado y fervoroso, preguntando: ¿Donde está el sentenciado? Yo le respondí: Padre mio, yo lo soy, aunque no tengo cara de ello. Díxome: hijo, ahora es tiempo de tratar de tu salvacion, pues ha llegado la intemerata; y asi este poco de vida que le queda, es menestér emplearla en cofesar sus culpas, y en pedir á Dios perdon de sus pecados. Respondile Padre mio, si un buen amigo es espejo del hombre, uno que tuve en Sicilia, tan intrinseco que me hizo medio carnal á costa de un ojo, me decia, que antes martyr que confesor, demás que por cumplir los Mandamientos de la Santa Madre Igle-

Iglesia, no me confieso sino una vez en el año, y esa por la Quaresma. Pero si es ley humana, que pague con la vida el delito que he cometido, vuestra Reverencia advierta, pues es tan docto, que no hay mandamiento ni precepto divino que diga: No comerás, ni beberás: y asi, pues no voy contra lo que Dios ha ordenado, vuestra Paternidad trate de que se me dé de comer y beber, y despues tratarémos de lo que nos está bien á los dos, que en tierra de Christianos estoy, y Iglesia me llamo. El Padre, algo enojado de oírme decir chilindrinas en tiempo de tantas veras, sacó de su manga un Crucifixo pequeño, y empezóme á predicar aquello de la ovejuela perdida, y lo del arrepentimiento del buen Ladron; y esto dando tantas voces, que atronaba todo el Tarazanal, y derramando tantas lagrimas que inundaba aquel pequeño

re-

retrete. Yo, que mas gana tenia de comer, que de oír sermones, por haber veinte y quatro horas que no me habia desayunado, decia entre mí, viendo las crecientes de llantos que destilaba por sus ojos: Aunque mas lagrimas deis, en vano las derramais. Mas viendo que alguna razon tenia, pues daba tantas voces, y que sin ser vispera de San Estevan, me querian colgar como racimo de uvas, alargarme el gaznate como si fuera ganso; despejé el rancho, y hincando una rodilla, y poniendome en postura de ballestero, desembuché la talega de culpas, y dexé escueto el almacen de los pecados; y habiendo recibido la bendicion, y el *ego te absolvo*, quedé tan otro, que solo sentia el morir, porque juzgaba, segun estaba de contrito, que se habian de tocar de su mismo motivo todas las campanas, y alborotarse toda Barcelona, y dexar

xar de ganar su jornal la pobre gente, por venirme á vér. Mas por conservar y alargar la vida, como en prenda tan amable, hice dár un Memorial en mi nombre al Marqués de Este, que exercia el puesto de General de la Caballeria, por haber muerto el Prior de la Rochela, alegando en él ser Hijo-dalgo, y que conforme los fueros de los que lo eran, me tocaba morir en cadahalso, degollado como carnero, y no en horca ahogado como pollo. Pensaba que me pediría informacion de ello, y que me daria termino para enviar á hacer las pruebas á Roma y á Salvatierra, y que en el inter no me faltaria una lima sorda para limar la cadena y grillos, ó una ganzúa para abrir las puertas de la prision; pero salióme todo en vano, porque el Marqués respondió, que él no pretendia otra cosa, sino que yo muriese ajusticiado,
que

que en lo demás, escogiera yo la muerte que quisiera. Agradecíle la cortesía, y tomando una piedra, y pareciendo un penitente Gerónimo, me daba con ella infinidad de golpes en los pechos; pero con tanto tiento, y con tanta blandura, que no se rompieran, aunque fueran de mantequillas. Perdí el color, faltóme el aliento, y trabóseme la lengua, quando oí que en mis tristes oídos clamoreaban los ecos de los esquilones y campanillas de la Santa Caridad. Estando con este susto, que le doy de barato al que lo quisiere, entraron acaso en el dicho Tarazanal Don Francisco de Peralta, Secretario de Cámara de su Alteza, y Joseph Gomez su barbero; y habiendose informado de todo, mostrando algun sentimiento, llegaron á darme el pésame de mi desgracia. Pero viendome, que como si me hubieran de sa-

car

car á bodas, hablaba bernardinas, y echaba chiculios; y que habia convertido la piedra, sin ser Domingo, de tentacion, en dos libras de pan, que me habia enviado el carcelero, y que haciendo monipodios, por haber venido acompañadas con un jarro de vino, me estaba saboreando con ellas: volvieron el sentimiento en alegria, y me dixeron, ¿que como no sentia el haber de morir? Respondíles, que harto lo habia sentido mientras no me habian dado de beber; pero que tenia para conmigo el vino tal virtud, que al instante que lo bebia, me quitaba y desarraigaba toda la melancolia. Y que advirtiendo, que aquel dia salía de poder de soplones, Alguaciles y Escribanos, daba por bien empleada la muerte; pero que si sus mercedes pudieran alcanzar con mi General, que debaxo de mi palabra, me diera licencia por tres meses para ir á Ro-

ma á confesar ciertos pecados reservados á S. S. para descargo de mi conciencia y salvacion de mi alma, me harian muy grandísimo favor, y que yo les haria pleyto omenage, como Infanzon Gallego, de volver, en cumpliendose el termino, á ofrecerme al funesto suplicio, y á entregar al trinchete de gargueros la mejor cabeza que jamás ciñó garzota. Cayóles tan en gracia mi demanda, que habiendo conocido mi buen humor, y el buen tiempo que gastaba, me prometieron ayudar, y le fueron á informar de todo á su Alteza Serenísima al mismo instante, por el peligro que corria en la tardanza: el qual, como Principe tan piadosísimo, y por constarle que tenia Iglesia, mandó que se suspendiese la execucion, y que se revocáse la sentencia de muerte, y que me echasen por diez años en galeras. Estaba tan de mi parte el Marqués de

Es-

Este, como si yo le hubiera hecho alguna sangria, estando resfriado, que replicó á la gracia, que se me habia concedido, y dixo, que era muy tierno y delicado para traspalar sardinas: y que asi era mucho mejor, para que fuese un exemplar á toda la Armada, quitarme de este mal mundo, y que quando se hubiera hecho tres ó quatro años antes, no se hubiera perdido nada. Mas de tal manera abogaron por mí mis dos defensores y Abogados, y de tal suerte encarecieron á su Alteza mi despejo y taravilla de donayre, que le dió deseo de verme, y mandó sacarme de la prision, libre y sin costas, y que yo le fuese á besar los pies, por la merced que me habia hecho. Llevaronme la buena nueva y mandamiento de soltura, y dexando burlado al Pueblo, cansados los campanilleros, y sin provecho el verdugo, me fui cantoneando á Palacio, recibiendo

do parabienes, y haciendo pagamento de ellos con una pluvia de gorradas. Echéme á los pies de su Alteza Serenísima, dile las gracias por la recibida, y despues de haberme oido algunas agudezas, y contandole algunos chistes graciosos, quiso premiar mis servicios, haciendome Grande de España, pues mandó que me cubriese, prometiendome, que con el tiempo me haria de la llave dorada de las despaviladeras. En efecto me trató como á bufon, y me mandó dár de beber como á borracho. Pero aunque estuve á pique de cubrirme, y de tomar posesion de tal oficio, lo dexé de hacer por ciertos sopapos y pescozadas que me dieron sus pages con manos prodigas, y por la grande aficion que tenia al habito de Soldado; por lo qual me salí de Palacio, y me fui á dar dos sangrias para atajar el daño que me pudiera venir del susto que habia pasado.

CA-

# CAPITULO VI.

*En que da cuenta del presidio que tuvo en Rosas: el viage que hizo á Milán; y como pasó á la Alsacia, y se halló en la batalla de Norlinguen.*

Despues de haber desistido el temor y olvidado el peligro en que me ví, y recuperado en una taberna la sangre que me habia hecho sacar; yendome un dia paseando hácia la vuelta del muelle, supe como el Duque de Cardona levantaba un tercio, para enviarlo á Lombardía, y que era Maestre de Campo Don Felipe de Cardona su hijo; y por coger ciertos reales que daban, con que se engañaban muchos bobos, senté plaza de Soldado; pero apenas mi Capitan me vió tan mozo, y nada pesado, quando me metió en Galera con los demás de sus Solda-

dos,

dos, temiendo que me perderia, y que necesitáse que me pregonasen. Zarpamos de allí á estar de presido en Rosas, hasta tanto que el tercio se acabáse de hacer, adonde teniamos cada tarde un pequeño socorro; mas porque era menos que moderado, y nada bastante para aplacar mis buenos apetitos al cortar la cólera, procuré de valerme de uno de tantos oficios como sabia y habia exercitado; y despues de haber estado entre mí toda una siesta procurando, sin estar en conclave, hacer una buena eleccion, elegí el de cocinero, por cogerles con suavidad los socorros á los Soldados, y por socorrer con ellos mis necesidades: para cuyo efecto armé un rancho, que ni bien era bodegon, ni bien casa de posadas; pero un bodegoncillo tan humilde, que pudiera la guerra dexarlo por escondido, ó perdonarlo por pobre. Estaba hecho á dos

aguas, y no tenia defensa para ninguna. Era todo él ventanage, y necesitaba de ventanas; y con tener mil entradas y salidas, usos y costumbres, veredas y servidumbres, y libre de censo y tributo, no tenia puerta ni cerradura ninguna. Eran sus mesas retazos viejos de tajones de cortar carne, sus asientos de grandes y torneadas losas, que habian servido de tapaderos de caños, sus ollas y cazuelas de cocido y no vidriado barro, y su baxilla de pasta del primer hombre. Pusieronle por nombre la plaza de armas, por su poco abrigo y menos limpieza, pues no habia en toda ella mas rodilla para lavar los platos, que mi falda de camisa. Hacia cada dia un potage, que aun yo mismo ignoraba como lo podia llamar, pues ni era gigote Francés, ni almodrote Castellano; mas presumo, que si no era hijo legítimo, era pariente muy cer-

cercano del mal cocinado de Valladolid, porque tenia la olla en que se se guisaba tantas zaranjadas de todas yerbas, y tanta variedad de carnes, sin preservar animal, por inmundo y asqueroso que fuese, que solo le faltó xabon y lana para ser olla de Romance, aunque lo fue de Latin, pues ninguno llegó á entenderla, ni yo á explicarla, con haber sido estudiante. Con esto engrasaba á los Soldados, y despachando escudillas de contante, y platos de fiado, ellos cargaban con todo el bodrio, y yo con todos los socorros. Despues de haber durado algunos dias esta industria, ó disimulado robo, prueba de mi buen ingenio, y remedio de mi necesidad, nos embarcamos en un Baxél, y fuimos á dar fondo junto á la Bahía de Genova, adonde aun no hube puesto los pies en tierra, quando traté de escurrirme, sin ser anguila: mas por

andar mis Oficiales alerta, por saber la retirada que habia hecho á Barcelona, no püde salir con mi intento. En efecto, marchamos la vuelta de Lombardia, teniendo siempre tapa al son del tapalapatan, y descubriendo tapaderos de cubas, á la sombra de la sabana pintada, llegamos á Alexandria de la Palla, adonde por ir derrotados, y no de batallas ni encuentros, nos dieron vestidos de municion, que en Lengua Latina se llaman vestidos mortuorios, y en Castellano mortajas. Yo, temiendo vestirme de finado, y de hacer mis exêquias en vida, y por no parecer visoño, siendo Soldado viejo, y habiendo hecho servicios particulares (que si es necesario, me darán certificaciones y fees, por ser mercancia que jamás se ha negado á ninguno), me fingí enfermo, y me fui á un Hospital; valiendome del ardid del diente de ajo, gustando

mas

mas de estar en carnes vivas, que en vestidos difuntos. Repartieron toda la gente en Castillos y guarniciones, y al punto que supe me habian dexado solo, que era lo que yo deseaba, saqué la cabeza como el galapago de mi santo retiro, y saliendo como caracol en Verano, con toda la casa acuestas, cuyo peso era bien ligero, me fui á la Ciudad de Milán. Y viendome, que por causa de ser Soldado estaba con mas soldaduras que una caldera vieja, arrimé á una parte, como á Gigante, la milicia, y siguiendo la milicia de la Corte, reconocí su ventaja, y asenté el pie, volviendo de muerte á vida, y de pobre á rico. Sali el dia que llegué á ver de espacio aquella famosa Ciudad, y me pareció una de las buenas de todas quantas habia andado, y que á gozar de mar, como muchas de ellas, no sufriendo igualdad, les llevára

 co-

conocidas ventajas. Ví, que sus Templos competian con los de Roma, que sus Palacios aventajaban á los de Sevilla, que sus calles excedian á las de Lisboa, sus sedas á las de Genova, sus brocados y cristales á los de Venecia, y sus bordaduras y curiosidades á las de París. Visité el Palacio y Corte, habitacion de su Alteza Serenísima el señor Infante Cardenal, que habia acabado de llegar de Barcelona á gobernar tan hermosisima Ciudad, y á defender tan inexpugnable Estado. Hablé con todos los conocidos, y dime á conocer á los que no lo eran; y enfadado de los oficios pasados, por haber medrado tan poco en ellos, sabiendo quan agradable es el *troppo variar*, me hice padre de Damas, defensor de criadas, y amparador de pobretas. Vendíme por natural de Alcaudete, picaba á todas horas como Alguacil, y cantaba á

to-

todos ratos como Alcaudon: tenia aposentos de congregacion de ninfas de canton, salas de busconas, palacios de cortesanas, y alcazares de tusonas. Vendia sus mercancias á todos precios, vivia siempre con el adelantado, por tener esculpido en la memoria aquellos versos conceptuosos que dicen, qué quien no paga tentado, mal pagará arrepentido. Señalaba horas sin ser mano de relox, hacia amistades sin ser valiente, y llevaba cada instante á vistas sin ser casamentero. Era, quando me hallaba á solas con ellas, el Piramo de su Aldea; en habiendo visitas, era su criado; en habiendo pendencias, su mozo de golpe; y en hacerles los mandados, su mandil. Incitabalas á ser devotas de San Roque, y aconsejabalas, que siempre que lo visitásen, se acercásen al Angel, y huyesen del perro. Campaba como Mercader, vi-

via como Gran Turco, y comia á dos carrillos como mona. Llegabame siempre á los buenos, por ser uno de ellos: acercabame á los ricos, y huía de los pobres, tratando muy ordinariamente con gente de Naciones, sin necesitar de aprender lenguas. Confirmé este oficio por uno de los mejores que han inventado los hombres, si no hubiera decendimientos de manos, raguños de navajas, y sopetones de machetes. Pero viendo, que por ciertos estelionatos del signo Virgo, me querian dar colacion de la referida, me amparé del Palacio de Don Marco Antonio de Capua, hermano del Principe de Roca Romana, Caballero Napolitano: y por habersele ido el cocinero, entré en el Reynado de la cocina, y empuñé el cetro de la cuchara. Y despues de haber estado algunos dias en quietud y regalo, complaciendo á mi amo, y hacien-

ciendo alarde de mis estofados, y reseña de mis aconchadillos; marchó su Excelencia, el Duque de Feria, con un lucido aunque pequeño Exercito, para dar socorro á la Alsacia, yendo mi amo por Capitan de una Compañia, y yo por su Soldado y cocinero. Pasamos los dos tan dilatado camino con muchisimo descanso y regalo, abundando siempre de truchas salmonadas, y diferencias de muy suaves y odoriferos vinos; porque como llevaba pella de doblones, hallabamos aun mucho mas de aquello que queriamos. Pasamos el Tiról, y juntaronse nuestras fuerzas Españolas con las Imperiales, que estaban á cargo del Mariscal Aldringer: y hecho de todas un cuerpo, socorrimos á Costanza y Brisaque, y volviendo á separarse, nos fuimos á invernar á la Borgoña, adonde me fue fuerza reformarme del oficio y cargo que

que me habian dado de la cocina, por hallarla en todas las visitas que hacia, hecha un juego de esgrimidor, sus ollas vagamundas, sus cazuelas holgazanas, y sus calderos y asadores rompe poyos: siendo causa de este daño la destruccion de la tierra, y la falta del dinero. Viendome pues cocinero reformado, busqué otro modo y otra novedad de trato: y haciendome mercante de hierros y clavos de herrar caballos, y marchando á la vuelta de la Baviera, en pocas jornadas quedé desenclavado, y conocí el yerro que habia hecho en emplear mi caudal en cosa que no podia acertar, de modo, que lo que fiaba, no me pagaban; lo que me estafaban, aun no lo agradecian; y lo que hurtaban, jamás me lo restituían: con que al cabo de la jornada hallé el carro de mi Capitan, adonde yo llevaba la indigestible mercancia, muy vacío, y mi
bol-

bolsa muy anublada. Fuese en esta ocasion mi amo á Italia, á cosas que le importaban, dexandome á mí desherrado y desollado, pues quedaba sin el amparo de sus ollas, y perdido el trato de los hierros. Hallóse al presente sin cocinero Don Pedro de Ulloa, Capitan de Caballos; y por haberle informado que yo era el mejor de todo el Exercito, me recibió para que le sirviese en el dicho oficio: porque en la tierra de los ciegos el que es tuerto es Rey. Contóme mi amo el pretendiente, á quien serví de page en Madrid, que hallandóse en una Aldea cercana á él una vispera de Corpus, llegó una tropa de Infanteria Representanta, que ni era Compañia ni farandula, ni mogiganga ni bolula, sino un pequeño y despeado ñaque, tan falto de galas como de comedias, el qual, á titulo de Compañia de á legua, pretendió hacer la fies-

fiesta del dia venidero, ofreciendo satisfaccion de muestra; y que habiendose juntado todo el Concejo, gustaron de oírlos, para ver si eran tales como ellos presumian. Llamaronlos en casa del Alcalde, y delante de mi amo y de los Jurados representaron el Auto de *la Locura por el Alma*, adonde el que hacia á Luzbél, por dar mas voces que los demás, pareció mejor que todos, siendo todos harto malos. Acabóse la muestra: salió mi amo á la plaza con todo el Ayuntamiento, adonde hallaron al Cura, que por haber estado diciendo Visperas, no se habia hallado en la representacion: él preguntó al Alcalde, que ¿qué tales eran los Representantes? Satisfizole con decirle, que no habian parecido mal, pero que uno, que representaba el diablo, era el mejor de todos. A lo qual le respondió el Cura: Si el diablo es el mejor,

jor, ¿qué tales serán los demás? Por lo qual aplíco, y digo, que si yo pasaba plaza del mejor Cocinero del Exercito, no sabiendo lo que me hacia ¿qué tales serán los demás? En efecto, á falta de buenos, me hizo mi amo Alcalde de su cocina, y Soldado de su Compañia. Prosiguiendo la dicha marcha, llegamos á alojar á las sierras de Baviera, adonde nos dieron por Patron uno de los mas ricos de ellas, aunque por tener retirado todo su ganado y lo mejor de sus muebles, se nos vendió por pobre: mas no le valió nada su fingimiento, porque sus mismos criados me dieron aviso de ello, porque demás de ser enemigos no escusados, son los pregoneros de los defectos de sus amos. Hablaba nuestro Patron tan cerrado Aleman, y ignoraba tanto el lenguage Español, que ni él nos entendia lo que nosotros deciamos, ni

no-

sotros entendiamos lo que él hablaba. Pediamosle por señas lo que habiamos menester, y él, aunque las entendia, como no eran en su provecho, se daba por desentendido, y encogiase de hombros. Díxome el criado que me habia advertido de lo demás, y entendia un poco la lengua Italiana, que su amo era buen Latino, que si habia alguno entre nosotros que hubiera sido Estudiante, le daria á entender lo que le pediamos. Alegraronseme las paxarillas, por ver que yo solo quedaba señor absoluto de la campaña, y que podia hacer de las mias, sin que nadie me entendiera. Acerquéme al Patron, y díxele muy á lo grave, que yo era Furriel, Mayordomo y Cocinero de mi amo, y que asi le advertia, que tenia un Capitan de Caballos del Rey de España en su casa, y persona de mucha calidad, que tratáse de regalarle muy bien á él y á sus cria-

criados, y que porque venia cansado, y era ya hora de comer, que hiciese traer todo lo que era necesario. Respondióme: Que le dixera la provision que habia de hacer en la cocina, y que haria á sus criados que lo traxesen al punto. Díxele que era menester para la primer mesa de los Gentilhombres de la boca, y para la segunda de los pages y meninos, y para la tercera de los lacayos, estaferos y mozos de cocina, una baca, dos terneras y quatro carneros, doce gallinas, seis capones, veinte y quatro palominos, seis libras de tocino de lardear, quatro de azucar, dos de toda especia, cien huevos, cinquenta libras de pescado para escaveche, medio pote de vino para cada plato, y seis botas de respeto. El, haciendose mas Cruces, que hay en el Monte Santo de Granada, me dixo: Si para las mesas de los criados es menester lo que

vue-

vuesa merced pide, no habrá tanta hacienda en este Village para la del Señor. Respondíle: Mi amo es tan gran Caballero, que mas quiere tener contentos á sus criados, que no á su persona: y asi él y sus camaradas no hacen de gasto al dia á ningun Patron sino un relleno imperial aovado. Preguntóme, ¿que de qué se hacia el tal relleno? Respondíle, que me mandáse traer un huevo y un pichon recien nacido y dos carros de carbon, y mandáse llamar á un zapatero de viejo, con alesna y cabos, y un sepulturero con su azada, y que sabria todo lo que se habia de buscar para empezar á trabajar en hacerlo. El Patron, medio atonito y atemorizado, salió en busca de lo necesario al tal relleno. Y al cabo de poco espacio me traxo todo lo que habia pedido, excepto los dos carros de carbon. Toméle el huevo y el pequeño

pi-

pichon, y abriendolo con un cuchillo de mi sazonada herramienta, y metiendole el huevo, despues de haberle sacado las tripas, le dixe de esta forma: Repáre vuesa merced en este relleno, porque es lo mismo que el juego del gato al rato: este huevo está dentro de este pichon, el pichon ha de estar dentro de una perdiz, la perdiz dentro de una polla, la polla dentro de un capon, el capon dentro de un faisan, el faisan dentro de un pavo, el pavo dentro de un cabrito el cabrito dentro de un carnero, el carnero dentro de una ternera, y la ternera dentro de una baca. Todo esto ha de ir lavado, pelado, desollado y lardeado fuera de la baca, que ha de quedar con su pellejo. Y quando se vayan metiendo unos en otros, como caxas de Inglaterra, porque ninguno se salga de su asiento, los ha de ir el zapatero cosiendo á dos

cabos, y en estando zurcidos en el pellejo y panza de la baca, ha de hacer el sepulturero una profunda fosa, y echar en el suelo de ella un carro de carbon, y luego la dicha baca, y ponerle encima el otro carro; y darle fuego quatro horas, poco mas ó menos: y despues sacandola, queda todo hecho una substancia, y un manjar tan sabroso y regalado, que antiguamente comian los Emperadores el dia de su coronacion. Por cuya causa, y por el ser nuevo la piedra fundamental de aquel guisado, le daban por nombre relleno Imperial aovado. El Patron, que me estaba oyendo la boca abierta, y hecho una estatua de piedra, lo tuvo tan creido, y se persuadió tanto á ello, viendo mi entereza y la priesa que le daba á la brevedad de traer todos los requisitos que le habia ordenado, que tomandome la mano, harto sin pulsos

la suya, me la apretó, y me dixo: *Domine, pauper sum*: á lo qual, entendiendo la seña, le respondí: *Nihil timeas.* Y llevandolo á la cocina, nos concertamos de tal modo, que restaurando la pérdida de los hierros, me sobró con que poder comprar dos pares de botas, haciendole á mi amo creer, que era el Patron muy pobre, y que le habian robado todo el ganado gente de nuestras Tropas, por lo qual lo habian dexado destruído; por cuya causa, teniendole compasion, me mandó, por saber que yo solo lo entendia, que acomodáse con él lo mejor que pudiera, de suerte, que no le hiciese mucha costa en el gasto de la comida. Pero viendo los criados, que me abundaba el vino en la cocina, y que me sobraban los regalos que el Patron me enviaba, dieron cuenta á mi amo, rezelosos de la cautela: el

qual hizo diligencia de saber si era verdad lo que yo le habia asegurado: y hallando ser todo al contrario, y que estaba alojado en la casa mas rica de aquel Village, llamó al Patrón, y con un interprete Borgoñon, que entendia las dos lenguas, supo de él la contribucion que me habia dado, y que le habia dicho, que era su Furriel, Mayordomo y Cocinero, y lo demás que he referido. Baxó mi amo á la cocina, y tomando un palo de los mas delgados que habia en ella, me limpió tan bien el polvo, que mas de quatro dias comió asado y fiambre, por falta de Cocinero. Yo le dixe, viendome mas que aporreado, que si queria servirse de hombre de mi oficio que fuese fiel, que lo enviáse á hacer á Alcorcon: y que se persuadiese á que no habia Cocinero, que no fuese ladron: Saludador, que no fuese borracho: ni Musico, que no

fue-

fuese gallina. Salimos de alli, y fuimos á hacer Plaza de Armas general en la campaña; llevando yo, por la obligacion de ser Soldado, una carabina con braguero, por habersele rompido caxa y cañon, y un frasco lleno de pimienta y sal, para despolvorear los habares; y por armas tocantes á la cocina, un cuchillo grande, cuchillo mediano, y cuchillo pequeño: que á tomar transformacion, y convertirse en perros, se pudiera decir por mí que llevaba *perri chiqui, perri grandi, perri de tuti maneri.* Pasamos de la Plaza de Armas á juntarnos con el Exercito que traía su Alteza Serenísima el Infante Cardenal, para pasar á los Estados de Flandes; y habiendonos agregado á él, siguiendo la dicha derrota, ganamos algunas Villas, cuyos nombres no han llegado á mi noticia, porque yo no las ví ni quise arriesgar mi salud, ni

poner en contingencia mi vida; pues la tenia yo tan buena, que mientras los Soldados abrian trinchera, abria yo las ganas de comer; y en el inter que hacian hosterías, se las hacia yo á la olla; y los asaltos que ellos daban á las murallas, los daba yo á los asadores. Y despues de ponerse mi amo á la inclemencia de las balas, y de venir molido, me hallaba á mí muy descansado y mejor bebido, y tenia á suerte comer quizá mis deshechos, y bebér (sin quizá) mis sobras. Fuimos prosiguiendo nuestra jornada hácia la vuelta de la Villa de Norlinguen, juntandose en el camino nuestro Exercito con el Rey de Ungria, con lo qual se doblaron las fuerzas, y nos determinamos á ir á ganar la dicha Villa. Y al tiempo que la teniamos bloqueando, y esperando Cura, Cruz y Sacristan, el Exercito Sueco, opuesto al nuestro, pensando darnos un pan co-

mo

mó unas nueces, vino por lana, y volvió trasquilado. Yo, si vá á decir verdad: aunque no es de mi profesion, quando lo ví venir, me acoquiné, y acobardé de tal manera, que diera quanto tenia por volverme Icaro alado, ó por poder ver la batalla desde una ventana. Cerró el enemigo con un bosque, sin necesitar de leña ni de carbon, y ganandolo á pesar de nuestra gente, se hizo señor absoluto. Llegó la nueva á nuestro Exercito, y exâgerando algunos de los nuestros la pérdida, pronosticaban la ruina: que hay Soldados de tanto valor, que antes de llegar á la ocasion, publican contentarse con cien palos. Yo desmayado del suceso, y atemorizado de oír los truenos del riguroso bronce, y de ver los relampagos de la pólvora, y de sentir los rayos de las balas, pensando que toda Suecia venia contra mí, y que la menor tajada sería la

oreja, por ignorar los caminos, y haberse puesto capuz la señora Luna, me retiré á un derrotado foso, cercano á nuestro Exercito, pequeño alvergue de un esqueleto rocin, que patiabierto y boca arriba se debia de entretener en contar Estrellas. Y viendo que avivan las cargas de la mosqueteria, que ribombaban las caxas, y resonaban las trompetas, me uní de tal forma con él, habiendome tendido en tierra, aunque vueltole la cara por el mal olor, que pareciamos los dos Aguilas Imperiales sin pluma. Y pareciendome no tener la seguridad que yo deseaba, y que ya el contrario era señor de la campaña, me eché por colcha el descarnado babieca: y aun no atreviendome á soltar el aliento, lo tuve mas de dos horas acuestas, contento, de que pasando plaza de caballo, se salvaria el Rey de los marmitones. Llegó á esta ocasion al re-

ferido sitio un Soldado de mi Compañia, poco menos valiente que yo, pero con mas opinion de saber guardar su pellejo (que presumo que venia á lo mismo que yo viné) y viendo que el rocin se bamboleaba por el movimiento que yo hacia, y que atroné todo el foso con un suspiro que se me soltó del molimiento de la carga, se llegó temblando al Centauro al rebés, preguntando á bulto: Quien vá alla? Yo, conociendolo en la voz, le llamé por su nombre, y le supliqué me quitára aquel *hypogrifo* de encima, que por ser desbocado, habia dado conmigo en aquel foso, y cogidome debaxo: hizo lo que le rogué; mas reconociendo que el rocin era una antigua armadura de huesos, no pudiendo detener la risa, me dixo: Señor Estebanillo, venturosa ha sido la caída, pues el caballo se ha hecho pedazos, y vuesa merced ha quedado li-

libre. Respondíle: Señor mio, cosas son que acontecen, y aun se suelen premiar. Calle, y callémos, que sendas nos tenemos, y velémos lo que queda de la noche á este difunto, porque Dios le depáre quien haga otro tanto por su cuerpo, quando de este Mundo vaya. Concedió con mi ruego, y tomó mi consejo; y al tiempo que el Aurora, atropellando luzeros, daba muestras de su llegada, despidiendome de mis dos camaradas de cama, me fui á una montañuela, apartada del campo enemigo, por parecer curioso, y no tener que preguntar, y por confiarme en mi ligereza de pies, y tener las espaldas seguras. Empezaronse los dos campos á saludar, y dár los buenos dias con muy calientes escaramuzas y fervorosas embestidas, en lugar de chocolate y naranjada: y al tiempo de cerrar unos Regimientos del Sueco con uno de Alemanes,

nes, empecé á dár voces, diciendo: Viva la Casa de Austria: Imperio, Imperio, abanza, abanza. Pero viendo que no aprovechaban mis exhortaciones, y que en lugar de abanzar, iban volviendo las espaldas, volví yo las mias, y con menos ánimo que aliento, y con mas ligereza que valor, llegué á nuestro Exercito. Encontré en su vanguardia con mi Capitan, el qual me dixo, ¿que por qué no me iba á la Infanteria Española á tomar una pica para morir defendiendo la Fé, ó para darle al Rey una victoria? Yo respondí: Si su Magestad aguarda que yo se la dé, negociada tiene su partida: demás, que yo soy corazo, ó coraza, y no infante; y por estar desmontado, no cumplo con mi obligacion. Díxome, que fuese adonde estaba el bagaje, y tomára un caballo de los suyos, y que volviese presto, porque queria vér si sabia tan bien pelear, como engañar

vi-

villanos con rellenos Imperiales. Fuíme al rancho, metíme debaxo del carro de mí amo, cubríme todo el cuerpo de forrage, sin dexar afuera otra cosa mas que la cabeza, á causa de tomar aliento; porque al tiempo de la derrota, que yá la tenia por cierta, me sirviera de cubierta, por ser desierto todo aquel distrito de la campaña. Llegó á mí un Capitan, que estaba de guardia al bagaje, y me dixo, que pues tiraba plaza de Soldado, ¿que por qué me hacia mandria, y me cubria de yerba, y no acudia á mi tropa? Respondíle, que por haber hecho mas de lo que me tocaba, me habia el enemigo muerto mi caballo, y metiendome dos balas en un muslo, y que porque no se me resfriase la herida, me habia metido en aquel montón de forrage. Con esta satisfaccion se fue adonde estaba su Compañia, prometiendome de enviarme

me un gran Cirujano amigo suyo, para que me curáse, y yo me quedé cubierto el cuerpo de esperanza, y de temor el corazon. Al cabo de un rato, temiendo que viniese el Cirujano á curarme, estando sin lesion, ó que mi Capitan enviáse á buscarme, viendo mi tardanza, y me hiciese ser inquieto, siendo la misma quietud; me volví á mi montañuela á ser atalaya ganada, y á gozar del juego de cañas. Y estando en ella, haciendo la consideracion de Xerxes, aunque con menos lagrimas y mas miedo, ví, que un trozo del contrario Exercito, cerró tres veces consecutivamente con el tercio de Don Martin de Idiaquez, y que todas tres veces los invencibles Españoles lo rechazaron, lo rompieron y pusieron en huída. Animóme esta accion de tal manera, que arrancando de la espada, y sacando la mohosa á que la diese el ayre, con es-

estár á media legua de ambos campos, me puse el sombrero en la mano izquierda, para que me sirviese de broquél, y dando un millon de voces á pié quedo, empezé á decir: Santiago, Santiago, cierra España: á ellos, á ellos, cierra, cierra; y presúmo, que ecobardado el enemigo de oírme, ó atemorizado de verme, comenzó á desmayar, y á poner pies en polvorosa. Empezó todo nuestro Campo á apellidar: *victoria, victoria.* Yo, que no me habia hallado en otra como la presente, imaginando que llamaban á mi Madre, que se llamaba Victoria Lopez, pensando que estaba conmigo, y que la habia traído en aquella jornada, respondí al tenor de las mismas voces que ellos daban, que dexasen descansar los difuntos: y que si alguno la habia menester, que la fuese á buscar al otro mundo. Y contemplando desde talanquera, como

sin

sin ninguna orden ni concierto huían los Esquadrones Suecos, y con el valor, y vizarria que les iban dando alcance los Batallones nuestros, rompiendo cabezas, brazos, desmembrando cuerpos, y no usando de piedad con ninguno; me esforcé á baxar á lo llano, por cobrar opinion de valiente, y por raspar á rio vuelto, y despues de encomendarme á Dios, y hacerme mil centenares de Cruces, temblandome los brazos, y azogandoseme las piernas, habiendo baxado á una apacible llanada, á quien el bosque servia de vergél, hallé una almadrada de atunes Suecos, un matadero de novillos Arrianos, y una carniceria de tajadas Calvinas; y diciendo, que buen dia tendrian los diablos, empecé con mi ojarasca á punzar morcones, á taladrar panzas, y á revanar tragaderos, que no soy yo el primero que se aparece despues de la tormen-

menta, ni que ha dado á Moro muerto gran lanzada. Fue tan grande el estrago que hice, que me paré á imaginar, que no hay hombre mas cruel que un gallina, quando se ve con ventaja, ni mas valiente que un hombre de bien, quando riñe con razon. Sucedióme (para que se conozca mi valor) que llegando á uno de los enemigos á darle media docena de morcilleras, juzgando su cuerpo por cadaver, como los demas, á la primera que le tiré, despidió un ay tan espantoso, que solo de oirlo, y parecerme que hacia movimiento para quererse levantar, para tomar cumplida venganza, no teniendo animo para sacarle la espada de la parte adonde se la habia embasado, tomando por buen partido el dexarsela, le volví las espaldas, y á carrera abierta no paré hasta que llegué á la parte adonde estaba nuestro bagage, ha-

habiendo vuelto mil veces la cabeza atrás, por temer que me viniese siguiendo. Compré, de los que siguieron la victoria, un estoque de Solingues, y algunos considerables despojos, para volverlos á revender, blasonando por todo el Exército haberlos yo ganado en la batalla, y haber sido rayo de la campaña. Encontré á mi amo, que lo traían muy bien deshauciado, y muy mal herido, el qual me dixo: Vergante, ¿cómo no habeis acudido á lo que yo os mandé? Respondíle: Señor por no verme como vuesa merced se vé; porque aunque es verdad, que soy Soldado y Cocinero, el oficio de Soldado exercito en la cocina, y de Cocinero en la ocasion. El Soldado no ha de tener, para ser bueno, otro oficio mas que ser Soldado, y servir á su Rey; porque si se emplea en otros, sirviendo á Oficiales Mayores, ó á sus Capitanes,

 ni

ni puede acudir á dos partes, ni contentar á dos dueños. Llevaronlo á la Villa, adonde, por no ser tan cuerdo como yo, dió el alma á su Criador. Dexóme, mas por ser él quien era, que por los buenos servicios que yo le habia hecho, un caballo y cincuenta ducados: que cincuenta mil años tenga de gloria, por el bien que me hizo, y cien mil el que me diere otro tanto, por el bien que me hará.

## CAPITULO VII.

*Que trata del viage que hizo á los Estados de Flandes: una pendencia ridícula que tuvo con un Soldado: la junta que hizo con un vivandero, y otros muchos acaecimientos.*

Despues de haber celebrado una de las mayores victorias que se han visto en los siglos presentes, y en la me-

jor

jor ocasion que han visto los humanos, se despidió su Alteza Serenísima de su primo hermano el Rey de Ungria, y volvió á continuar su jornada, sin haber quedado contrario que se le opusiese. Halléme en esta marcha huerfano de mi amo, viudo de cocina, y temereso de gastar la herencia; todo lo qual me obligó á sustentarme de mi trabajo, y á poner nuevo trato. Dí en hacer empanadas Alemanas, por estar en Alemania (que á estar en Inglaterra fueran Inglesas), buscaba la harina en los Villages donde sus moradores se habian huído, y la carne en la campaña, adonde sus dueños de ella se habian desmontado: hacia cada noche media docena, las dos de baca, y quatro de carne de caballo, echabalas á la mañana á las ancas de la yegua sin ser ninguna de ellas la bella Tartagona; y en llegando la hora del renoibury
 ge-

general, apeabame del dromedario, tendia el rancho sobre mi ferreruelo, sacaba dos ternas de dados, y hacia rifar mis empanadas á escudo, quedando muchos quexosos, de que no hiciese mayor provision de ellas, como si la campaña fuese tumba comun de caballos muertos. Decianme algunos de los rifadores, que era la carne muy dura, pero que estaban muy bien salpimentadas: yo le respondia, que era causa el ser la carne fresca, por no tener lugar para manirla, por ocasion del marchar cada dia; pero que como tuviesen despacho y pimienta, no importaba nada la dureza. Pasamos el Rhin, y marchamos la vuelta Cruzenaque, y desde allí llegamos á Juliers, adonde su Alteza Serenísima, acompañado de la Caballería de Flandes, que le habia salido á recibir y comboyar, se apartó del Exercito, y se fue á dar alegrias á la

gran-

grandiosa Corte de Bruselas, que por instantes le estaban esperando. Mandó volvér atrás muchas de sus Tropas, para si se necesitáse de ellas en Alemania, juntamente con la gente de Liga del Elector de Colonia y Maguncia, y la de su Magestad Cesarea, yendo Mausfelte por Cabo de todas. Fueme fuerza volver la proa, por no ser mi oficio para encerrarme á ser Cortesano. Añadí al trato de las empanadas aguardiente y tabaco, queso y naypes; y para tener en seguridad mi persona, y en guardia mis mercancias, me arrimé á la Caballeria Española, yendo por Cabo de ella, y por sü Comisario General Don Pedro de Villamor. Pretendia el Capitan de Campaña, que yo le pagáse contribucíon de mi trato, conforme lo hacian los demás que proveían la Caballeria, y yo me eximí de ello, de tal suerte, que siempre quedé li-
 bre

bre como el cuquillo, porque alegue ser un compuesto, de dos, ni vivandero llevando viveres, ni gorgotero llevando menudencia; porque ni tenia carreta como el uno, ni cesta como el otro, pues en rincones de agenos carros llevaba todo mi caudal. Tuve, por ser entretenido, entrada en casa del Comisario General, y entraba una vez cada dia á visitarle en su mesa, porque sabia que gustaba de ver á Monsieur de la Alegreza, y tres á sus carros y cantinas, por conservar la alegria del nombre: entremetiame con todos los señores, y como es de los tales perder, y de mercadantes ganar, jugaba á los naypes y dados con todos, y haciendose perdidizos, por cumplir con la ley de generosos, yo cargaba con la ganancia, por mercader de empanadas caballunas. Estando en Andenarque, encontré un dia en una taberna al

Sol-

Soldado, que me ayudó á velar el difunto caballo junto á Norlinguen, y dandome vaya de que me habia hallado debaxo de él, yo le dixe, que estaba satisfecho de su persona, y que á no haber hallado ocupado aquel sitio, que hubiera él hecho lo mismo; empezóse á correr, y á decir que era mas valiente que yo, y pienso que no mentia, aunque fuera mas gallina que Caco. Yo, desestimando su persona, y encareciendo mi corage, le desafié á campaña, y descalzandome un zapato, le dí un escarpin, guante de mi pié izquierdo, por no tenerlo de las manos, en lugar de gaje, y desafio; y por cumplir con las leyes de retador, estaba él hecho un zaque, y yo una uva; y asi no acertabamos á salir de la taberna. Los Soldados que estaban presentes, por ver qual era mas valiente, ó porque tal pendencia se ahogáse en vino, nos adestraron

ron á las puertas, y nos salieron acompañando hasta fuera de la Villa; y despues de habernos medido las armas, nos dexaron solos, y se apartaron de nosotros, para vernos combatir. Sacamos á un mismo tiempo las espadas, dando algunos traspies, y amagos de dar de ojos: empezóme él á tirar cuchilladas á pié quedo, habiendo de distancia del uno al otro una muy larga pica. Yo me reparaba, y trataba de ofenderlo á pie sosegado. Deciame de quando en quando: *reciba ésta, Señor gorgotero fiambre.* Y yo, metido en colera, aunque lo veía tan lexos, de que no me pesaba, le respondia: *déxela voacé venir, seo mal trapillo á fernado, y reciba ésta á buena cuenta*, y esto tirando tajos tan á menudo, que tenia hecho una criva al prado donde estabamos. En conclusion, acuchillando nuestras sombras, y dando heridas al ay-

ayre; estuvimos un rato provocando á risa á los circunstantes, hasta tanto que la descompostura de los golpes, y el peso de las cabezas nos hicieron venir á tierra, y nos obligaron á no podernos levantar. Acudieron los padrinos y los demás amigos, y diciendo: Basta, no haya mas, que muy valerosos han andado, y ya los damos por buenos; nos asieron dos de ellos por las manos, y no hicieron poco en ponerme en pie. Llegó un camarada mio á querer levantar á mi contrario, y al tiempo que se baxó para ayudarlo, imaginando que era yo, y que lo iba á hacer confesarse por mí rendido, alzó la espada, y diciendo: Antes muerto que rendido, le cortó toda la mitad de un labio. Acudió al ruido el Gobernador de la Villa, y viendo á mi camarada desangrarse, y á los dos con las espadas desnudas, habiendose informado de que eramos los autores

res de la pendencia, mandó llevarnos presos, y hacer curar al herido. Llevaronme á mí entre quatro esbirros á la prision, mas en volandas que sobre mis pies, por no estar para sufrir la carga; y á mi competidor, porque solo bastára un carro para poderlo menear, lo dexaron tendido en campaña, adonde como animoso combatiente estuvo de Sol á Sol. Yo iba tan herido de las estocadas de vino, que ni conocí los que me llevaron preso, ni supe si la carcel era carcel, meson ó taberna. Estuve en ella quarenta horas, y en todas ellas no supe qué cosa era despertar. Informaron al Comisario General de todo el suceso, y compadecido de mí, y por hacerme la merced que siempre me hacia, envió un recado al Gobernador, pidiendole, que me soltáse, supuesto que la pendencia que habiamos los dos tenido, se apaciguaba con dos jarros de agua

agua fria. El Gobernador por complacerle, mandó, que al punto me sacasen de la prision. Llegó con la orden un criado suyo, y habiendo hecho no poca diligencia en despertarme, volví en mí. Y pareciendome estar en otro nuevo Mundo, estrañaba el lugar adonde me hallaba: contóme quien habia sido la causa de mi libertad; y yo, haciendo Cruces, y pareciendome salir de un castillo encantado, fui á toda priesa á darle las gracias del buen tercio al Comisario General: el qual despues de haberme hecho relatar todo el origen de la pendencia, y sucesos de ella, se rió infinito, y mandó satisfaciesen mi traspaso. Y despues de haber sacado el vientre de mal año, fui á visitar mi rancho, el qual estaba como cosa sin dueño. Hallé el caballo boca abaxo y pensativo, y mas flaco que caballete de espadador. Miré los frascos
del

del aguardiente, y hallélos de vacío, como mulas de retorno, y las demás mercancías, algunas cercenadas, y otras que se habian huído en pies agenos. No me dió cuidado esta no pequeña pérdida, porque eché de ver, que con una docena de empanadas de rocínes se satisfacia toda. Llegamos á Chavamburque, Villa del Elector de Maguncia, la qual hallamos desierta de todos bastimentos; casas yermas, y las caballerizas sin ningun sustento para los caballos. Aqui despaché muy bien una nueva provison que habia hecho de aguardiente, pero no me atrevia á pregonarla por las mañanas, por saber quan baxo es el oficio de pregonero, y asi la vendia cantando, por no ignorar quan honroso es el del cantar. Llamabanme todos por ser tan conocido, y porque gustaban de oír mis chanzas; brindaban á mi salud, y yo haciendo la razon,

zon, volviales á brindar á la de *aliquantum*, y á la de sus dineros. Emborracheme brevemente, y el daño que yo mismo solicitaba, lo pagaban los frascos, por lo qual cada dia habia menester comprarlos nuevos. Tuve verguenza á los primeros dias de ir á comer continuamente á la posada del Comisario General, y á la de Don Christobal Salgado; pero viendo tantos peynados gorrones acudir con tanta puntualidad y cuidado pensando que eran tablas de obra pia, y que se comunicaban con todo particular viviente, acudí de allí adelante á gozar de la limosna, ó á comer de bonete, porque si las gorras que se metian fueran lanzas en Orán, ya ha muchos dias que estuviera el Africa por nuestra. Gastaba las horas del dia en esta forma: Despues del Alba hasta las nueve exercitaba el oficio de destilador de aguas, que este titulo
le

le habia dado, porque no me llamasen aguardentero á quien tenia entrada y amistad con todos los Oficiales Mayores del Exercito: de las nueve á las once hacia mis empanadas, y las vendia; y de las once á la una era Visitador General de las cocinas agenas, sobreestante de las ollas, reconocedor de las cazuelas, superintendente de los asadores, y pesquisidor de los vinos: de la una á las tres era veedor de las dos mesas referidas, gracejo de sus dueños, y executor de sus despojos; y de las tres hasta ponerse el Sol mercante de quesos, y estanquero de naypes. Tuve un dia una pendencia con un marmiton, sobre quien sabia fregar mejor una olla. Entramos en la cocina á hacer la prueba, y por haber él dado mejor razon de su oficio, siendo él aprendiz, y yo maestro, y hacer burla de mí, le dí
con

con los cascos de la olla en los de su cabeza, quedando tan rotos los unos como los otros. Fuime á amparar de Don Carlos de Padilla, y de otro Capitan de Corazas. Y estando un dia con ellos, pensando tener asegurada mi persona, llegó el Comisario General, y por habersele quexado el que tocó casco, sin ser jugador de espada negra, me dió media docena de palos tan bien dados, que me obligaron á tenerlos hasta hoy en la memoria. Viendo que no me valia la inmunidad de mi sagrado, les dixe á los que tenia por mis valedores, que conforme el libro del duelo, aquel agravio no corria por mi cuenta. Ellos, riendose al compás que yo lloraba, me llevaron á la casa del dicho Comisario General; y haciendome brindis á su salud, hicieron las amistades. Marchamos otro dia de Mañana á la vuelta del Rhin, en virtud de

una orden, que habia embiado su Alteza Sereníssima, para que volviesemos muy apriessa á socorrer á Brabante. Iba yo muy triste, porque me habian informado, entre otras cosas, no ser bueno aquel País para mis mercancias, por la sutileza de ingenio, y gran trato de la burgesía; pero alegre por la generosidad de sus Principes y Señores, y por ser tierra rica y abundante, adonde si tenia mala venta mi aguardiente y tabaco, tendria buen despacho el arte de la bufonería. Pasamos á Juliers, á Esteivans, Uberta y Diste, y llegamos á Tirlemon, adonde estaba su Alteza Serenisima, opuesto á los Exercitos de Francia y Olanda. Juntéme en la dicha Villa con una añadidura de vivandero, y una tilde de mercadante. Puso él de su parte la carreta, tienda, potes y embudos, y yo un caballo, y todo aderezo de cocina. Agregué

un poco de dinero, que tenia de pequeño caudal, con el que él se hallaba: y habiendo hecho una razonable provision, y una escritura de estar á pérdida y ganancia; él se ocupaba en vender el vino y cerbeza, y yo en hacer pulpetas de oveja, y ollas de carne mortecina, por costarnos á precio moderado. Sentia por extremo el verlo entrar cada momento en la cocina á dexarme desproveído de guisados; porque sin duda en las muestras que daba presumo, que se habia hallado en la rota del Príncipe Thomás, y que los enemigos lo habian tenido alguna semana atado á un arbol de pies y manos, sin darle sustento humano. Desbautízabase él en ver que yo visitaba por instantes la pipa del vino, que á la de la cerbeza siempre guardé respeto, porque me pareció orines de rocin con tercianas. Iba cada dia á menos nuestro caudal, por-

que él comia por ocho, y yo bebia por ochenta: sobre lo qual venimos á reñir, y cada uno por su parte nos fuimos á quexar al Autor general, el qual, informado de la Justicia de cada uno, opuaiuai á novedad tan gracioso pleyto, nos divorció sin ser Obispo, mandandonos separar de nuestra alianza. Partimos los bienes muebles que cada uno habia traído, mas no los gananciales, por hallarnos de pérdida, y con algunas deudas. No me pareció proseguir mas con el dicho oficio, y asi me determiné de ir á ver la Corte de Brusellas, por ver si conformaba su vista con su grandiosa fama. Llegué á Lobayna, insigne Universidad de Brabante, y refrescandoseme la memoria de mis estudios pasados, por proseguir en ellos, me entré en un Escolástico tabernaculo, adonde tomando un Calepino de tragos, en poco espacio, pensando ha-

blar Romance, hablaba un Latin tan corrompido, que ni yo lo entendia, ni nadie lo llegaba á entender. Salíme fuera de la muralla, á desollar en campaña el animal que habia cogido en poblado de taza, y de las primeras letras de la Villa: detuveme en quitarle el pellejo no mas de treinta horas, por causa de despertarme las caxas y trompetas de guerra, que daban muestras de la llegada de su Alteza á aquella Villa; porque á no servirme de despertador, juntamente con la Artillería, con que se le hizo salva, yo entiendo que durmiera hasta el dia de hoy. Levantéme con molimiento de cuerpo, dolor de cabeza, y boca de probar vinagre: llegué aquel mismo dia á Bruselas, adonde hallé ser escusada toda alabanza para tan grandiosa poblacion. Contempléla por Plaza de Armas de la Europa, por Escuela de la Milicia, por freno de re-

beldes, por espanto de enemigos, por esmalte de lealtad, y por pasmo de hermosura. Ví sus altivos muros, puertas y torreones, que siendo competidores de las pyramides Egypcias, son columnas sobre quien el Atlante Español fia el peso de su celeste maquina y Monarquia. Veneré sus campos por Eliseos, sus salidas por jardines de Venus, y sus bospues por recreacion de Diana. Hallé toda su nobleza en campaña, por lo qual, y por hallarme sin dineros, y ser tierra, que quien no labora, no manduca, me volví á seguir el Exercito. Y despues de haber entrado los Exercitos enemigos con pies de plomo, y retiradose con pies de paja; me fui a ver á la celebrada antepresa del fuerte del Esquenque, adonde hallé á Don Carlos de Padilla, Capitan de Corazas Españolas, que por haber conocido mi alegre modo, y haberme defendido de

los

los palos referidos, se me mostraba aficionado: y como me habia visto solícito con el comercio de la bucolica, me hizo vivandero de su Compañia, dandome carro, caballos y dineros, debaxo de palabra de prestamo, y con cláusula de darle los viveres necesarios á su casa al mismo precio que yo los compráse en las Villas: costumbre tan antigua en la milicia, en que se ha establecido por ley inviolable. Fui á la Villa de Calcár, adonde cargué de todo lo competente á mi tráfico, y en particular busqué una criada de las que se usan en campaña, mercadante en la tienda, criada en la mesa, fregona en la cocina, y dama en el lecho, de tierna edad, para que no ocupáse el carro, ni cansáse los caballos con el volumen de su persona, y de buena cara, para atraer los huespedes. Volví á mi quartél, planté el bodegon, y empecé á hacer lo que siem-

pre habia hecho, y lo mismo que hiciera ahora, si volviera á tal oficio. Daba al Capitan la mercancía peor, y la que menos me costaba, y la que se maltrataba por razon de los golpes del carro, contandosela á mucho mas de aquello que me costaba. Acudian á mi tienda infinidad de Adonis á la ñagaza de la criada, y cayendo en la red sin ser Martes, despachaba ella su mercancia, y yo la mia; pero entre tanta abeja que acudia á los panales, pegados los pañales en la trasera, solían venir unos zánganos y moscones, que me llevaban mas de una traspuesta, que yo ganaba en veinte asomadas. Pero viendome corrido y enfadado, de que al Maestro le diesen cuchillada, me aparté por unos dias de mi Compañia, por gozar del refran de, *quien se muda, Dios le ayuda*, aunque me ayudó conforme á mi buena intencion: y para llevar mas

tren y ostentacion, le pedí á un Capitan, conocido mio, una carreta prestada, diciendole, no ser mas que para un comboy, ofreciendome al buen tratamiento de el caballo; con la qual, y el carro que llevaba, me hice vivandero de verdad, habiendolo sido hasta allí de mentiras. Arriméme al mayor grueso de la Caballería Española, adonde cada dia iba creciendo el caudal, y aumentandose el credito, y la opinion: mas la codicia, que siempre rompe el saco, y el vicio de hallarme con tanto descanso, me incitaban á jugar cada instante con la gente mas lucida de las tropas, entendiendo ganar por todas partes. Mas un dia, que fue noche para mí, aunque despues lo fue de Pasqua, habiendo perdido con Don Pedro de Villamor, lo que quizá en la Villa, haciendo el amor, habia ganado la criada, le supliqué que me

 ju-

jugára la carreta y cavallo, que aunque no era mio, corria plaza de serlo. Hizo lo que le pedí, y echando quinolas mas que un quebrado, y fluxes, que para mí eran de sangre, me ganó el corto caudal que yo habia adquirido, y la carreta y caballo que estaban en confianza. Volvíme á mi tendejon cabizbaxo y pensativo; adonde pensando hallar consuelo, se me doblaron los pesares, añadiendo pena á pena, y pérdida á pérdida; porque la criada, habiendo tenido noticia de que habia jugado lo mio y lo ageno, habia hecho pella como el escaravajo de lo mejor que yo tenia, y acogidose sin campanar, dexandome la tienda sola. Por cuya causa, aprovechandose algunos caballos ligeros de la ocasion, por salir pesados, la entraron á saco, como si fuera pavellon de enemigos. Halléme fuera de cuidado de no tener que guardar, y con solo

lo el carro y caballos de mi Capitan, que por razon de conocer ser suyos, no pasaron por la misma risa. Busqué un pan fiado, para que se desayunasen, siendo ya las nueve de la noche, y hartandolos de agua, los volví á la estála tan tristes, que me persuadí, que habian sabido mi pérdida, y no la hubieron de ignorar, pues ayunaron de sentimiento de ella á pan y agua. Venida la mañana, me envió á llamar Don Pedro de Villamor, y dando muestras de su valor y liberalidad, me volvió todo lo que me habia ganado, dandome de mas á mas lo que me alegró el alma, me confortó el corazon, y me desterró la tristeza. Salí de su casa hecho un carretero de la Mancha, y dandole tras cada alabanza un millon de bendiciones, volvíme á mi Compañia, dí la carreta á su dueño, y mi Capitan, que yá sabia todo lo que me habia pa-

pasado, viendo sus caballos que hilaban tan delgado, que podian saltar por arco, como perros de rezadores, preguntandome si les habia dado la racion en dineros, me los quitó tan colerico, que pensando que me queria pagar el porte de haberselos traído, me fui de su compañia, antes que él me echára de ella. Halléme dos dias antes con carro, carreta, y criada, y mucha mercancia, y en el que de presente me hallaba; y compré un saco de pan y un rocin viejo y cargado de muermo, el un ojo ciego, y el otro vizco á puras nubes, y que se acordaba del asalto de Mastrique por el Principe de Parma. Carguélo con el costal, y haciame dos mil reverencias, ó por vér que habia en el Mundo quien se acordáse de él, ó por suplicarme que le quitase lo que no podia llevar. Fuime con el Regimiento de Caballos del Marqués de Vizcon-

te,

te, llevandolo del cabestro para servirle de guia, y refrescandolo á cada tiron de arcabuz, y dexandolo descansar todas las veces que él queria. Vendí mi pan, compré dos frascos de aguardiente, hice mi barraca: y para comprar ollas, sartenes, calderos, potes y tazas, y tener que dar de comer y beber, embanqué á todo el Regimiento, sin quedar Soldado á quien no pidiese prestado, y como muchos pocos hacen un mucho, junté una buena cantidad, con la qual me volví á armar de nuevo. Pero toda la ganancia y los préstamos no fueron bastantes á poder tener aquel oficio en pié; porque era tanto lo que yo bebia, que quando pensaba ir muy adelante, me hallaba muy atrás. Apretabanme los acreedores, á quien pagaba con buenas palabras, pero jamás con buenas obras: pero advirtiendo ellos, que á costa suya por la mañana hasta medio

dio

dio dia estaba atolondrado de aguardiente, y de medio dia hasta la noche de *pura mente capiamus*, dieron al Auditor muchas quexas, por *debitoribus nostris*, y una mañana, al son de una trompeta, hicieron almoneda de todos mis asadores, parrillas, cucharas, morteros, rallos, trébedes y tenazas, y de todos los demás trastos, pareciendo mas almoneda de baratillo ó mercado viejo, que bienes de vivandero. Cada acreedor cargó con lo que pudo, y ninguno se atrevió á cargar con el caballito de bamba. Yo, viendo que sin valerme las leyes de la espera, me habian dado sentencia de remate, me despedí harto tiernamente de mi querido roqin, y él á disculparse conmigo de no hallarse con fuerzas para poder acompañarme. Amparéme de los Capitanes, y ayudandome entre todos para ayuda de los gastos del camino, me fui al Re-

gi-

gimiento del Conde de Fuenclara, el qual habia ido á Alemania con orden de su Alteza Serenísima, á pedir socorro á la Cesarea Magestad del Emperador, para poder echar de estos Estados los Exercitos agregados de Francia y Olanda. Fui á hablar á Don Pedro de Caravajal, su Teniente Coronel, el qual anduvo tan bizarro (conociendo mi sugeto) que me prestó con que poder levantar cabeza, y encastillarme en la vivanderia. Compré una carreta y dos caballos, cerrados de edad, y abiertos de espinazo, con mas faltas que un juego de pelota; pero animales quietos y sosegados, y que siempre buscaban su comodidad. Marchamos al contorno de Mastrique, á cobrar algunas contribuciones, yendo por cabo de toda nuestra gente el Marqués de Leyden: y volviendonos á retirar, los buenos de mis caballos dieron en decir nones,

y aunque los mataba á palos, jamás tuvieron atrevimiento de tirar cozes; y esto viniendo la carreta vacía, y yo caminando á pié, que á venir cargado, hubiera mas de seis horas antes que necesitára de cargar con ellos, y traerlos acuestas. El uno, que era cabezudo como Aragonés, dió en que no habia de pasar adelante, y salióse con ello hasta ciento y un año, por cuya razon me fue fuerza quedarme muy atrasado de las tropas, y venirme en buena conversacion con el otro, suplicandole, que me hiciese merced por otra tal, de no dexarme, hasta el quartél. Tropecé en el camino con seis Soldados de una partida de Olandeses que habien salido de Mastrique; y al tiempo que llegaron á despojarme, ví mas adelante una emboscada de hasta otros veinte. Y pensando que eran de nuestra gente les empecé á dar voces, para que me viniesen á ayu-

ayudar. En el inter procuré de escurrirme de los que me tenian cercado. Acudió toda la emboscada, con la qual yo cobré ánimo, y empecé á dar voces, diciendo: Viva España, y muera Olanda. Ea Soldados, paguen estos Luteranos la amistad que me querian hacer. Llegó toda la tropa, y como me oyeron, que engañado los trataba tan mal de palabra, me dieron media docena de mochazos, y me dexaron tan de valentía en el donayre; y donayre en el mirar, que me daba el Sol por la parte que le dió á Don Bueso. Llevaronme á mí y al señor mi caballo presos á Mastrique, teniendo á dicha el ser prisionero, por vengarme del tal rocin, viendolo en poder de enemigos. Dieronme por carcel una taberna, que era lo que la mona queria. Pasó la fama, que era un vivandero rico, por lo qual esperaban de mí una gran

ranzon, y por Dios que se engañaban, no en la mitad del justo precio, sino en todo y por todo. Al cabo de algunos dias, viendo que se alargaba la prision, y crecia la costa, pedí licencia para hablar al Duque de Bollon, que era Gobernador en aquella Villa, la qual se me concedió, y cercado de chuzos y alabardas, como paso del prendimiento, me llevaron á casa del dicho Duque, al qual hallé que estaba comiendo, cercado de camaradas y con grande ostentacion. Hice mil cortesias, dime un centenar de tapabocas, poniendome la planta de las manos en los labios, como versos de amantes secretos, echéme á sus pies, y que quiso que no quiso, le dí un par de paces de Judas, dexandole los zapatos limpios de polvo y lodo. Hizome levantar, y preguntóme, ¿que quánto daria por mi ranzon? Referíle muy triste, que su Exce-

celencia me mandára dar de beber, para echar aquel susto abaxo, y que despues tratariamos de cosas de gusto, y no de pesadumbre. Mandó que se me diera al instante, y un page, por lisongearme, no conociendo mi calidad y buen despacho, me traxo la bebida en una taza tan cristalina como penada. Yo le dixe: Señor mio, eso es añadir penas á penas: salir yo de las penas de la prision, y darme á beber en taza penada, es querer dar conmigo en la sepultura: vuesa merced me traiga una taza de descanso, y sarémos buenos amigos. Díxome, que no habia taza tan grande, como á él le parecia que yo habia menester; á lo qual respondí: Traigaseme un caldero de hacer colada, que quando no venga lleno, suelo tiene. El Duque, disimulando la risa, le mandó me traxese una fuente que tenia de vidrio, y un frasco grande de vino, y

me lo fuesen echando, hasta tanto que aplacáse la sed. Hízolo asi el page, y yo hozicando en un arteson que tenia, adonde se despeñaban media docena de caños del artificio, á pocas tiradas dexé la fuente agotada, y agotado el frasco. Díxome el Duque: Con esa pictima aliento tendrá ahora para tratar de su ranzon. Respondíle: Excelentísimo Señor, *de dignare in fora quanto volite*: yo no tengo plaza de Soldado, ni calle de Vivandero, porquè soy Caballero aventurero, teniendo mas de Galaor, que de Espladían. Mi nombre es Estebanillo Gonzalez entre los Españoles, Monsieur de la Alegreza entre la Nacion Francesa. Mi oficio es el de buscon, y mi arte el de la bufa, por cuyas preeminencias y prerogativas soy libre, como novillo de Concejo. Si cada Soldado de los que se hallaron á hacerme prisionero, quiere una gracia por lo que

le puede tocar, y vuesa Excelencia quatro gestos por lo que le pertenece, juntense todos; que luego de contante serán satisfechos y pagados: y donde no, su daño hacen, y mi provecho; porque habiendo descubierto quien soy, no me puede faltar de derecho esta casa, por ser la mas principal, y en pocos dias que entre en ella, se encarecerá el vino, y en pocos meses se morirán todos de sed. Holgóse el Duque de oírme: rieronse sus camaradas, y mandóme dar un plato de la mesa. Me brindaron tan á menudo, que á no ser tan buen piloto, les pudiera decir: *A espacio penas, á espacio.* Alzaron la tabla, y llamandome el Duque, me dixo, que por postre de mesa, me daba libertad, y por principio de conociencia dos doblas para hacer venta en el camino. Agradecíle la merced, y recibiendo las dos doblas, me despedí de él y

sus camaradas, suplicandole encarecidamente, que por ninguna razon diera libertad á mi rocin, por los mochazos que recibí por su causa. Y saliendome de la Villa, tomé el camino de Namur, adónde llegué con harto temor, por irme recelando en todo el viage dar en las leyes de partida, ya que en la pasada renuncié las de la entrega, prueba y paga. Fuí á visitar á Bernabé Vizconte, Capitan de Caballos, y contandole mi prision, y la causa de mi libertad, y dandome en poco rato á conocer, le agradaron tanto mis burlerias, que despues de haberme reparado la esterilidad del camino, y añadir otra dobla á las dos que yo traía, me metió en su coche, adónde encochinados los dos, me llevó á ver el Conde Octavio Picolómini, General de la Armada Imperial, que en aquella sazon esta-

taba en aquella Villa: el qual, habiendose informado del Capitan las partes y meritos que en mí concurrian, se holgó de tener un rato con quien poderse entretener, que no siempre estuvo Cesar venciendo batallas, ni Pompeyo conquistando Reynos, ni Belisario sujetando Provincias, que hay tiempos de pelear, y tiempos de divertirse. Y por ser hora de cortar capas, y de echar bendiciones, le pusieron la mesa perteneciente á tal señor, y necesaria á tan gran Soldado. Mandóme dar silla de la suerte que andaba el mundo, y honróme con que fuera su combidado. Pusome un criado la silla al rebés, cosa que hasta entonces ignoré; y al tiempo que la quise volver, me dixo que no tratáse de ello, porque él me daba aquello que me pertenecia. Y como no iba yo á tratar

de vanidades de asientos, sino de henchir la talega, corrí mas de treinta postas, camino de brindis, con estar mal ensillado. Dió fin lo que empezó en comida, y acabó en banquete, y usando los camaradas diez de comida hecha, compañia deshecha, quedamos solos yo y su Excelencia y el Capitan que me habia conducido á que sacáse la tripa de mal año. Desafiaronme á jugar á la primera, y sacando en lugar de tantos cada uno un puñado de doblas, las hicieron de resto; y yo valiendome de la libertad del nuevo oficio, lo hice de sopapos. Contaronme tantos, y empezamos á jugar un sopapo de vale, treinta de resto, y de precio cada dobla de treinta tantos. Hallé, que en ley de Christiano no podia jugar aquel juego, por ser como Escritura prohibida, el ir yo á la ganancia, y ellos á

la

la pérdida; pues si me decia bien, ganaba doblas; y si perdia perdia sopapos, que en tiempo de necesidad recibiria veinte al maravedí; y si los dos me ganaban, quedaban dolientes de dedos, y lastimados de bolsas; pero sin reparar en escrupulos de cargos de conciencia, por ser cosa que no se usa, jugué sin miedo, como quien tenia resto abierto, y bastantes carrillos para pagar qualquier cantidad. Gané á su Excelencia seis doblas, que por usar siempre de su conocida generosidad presumo que se dexó perder. Ganóme el Capitan treinta tantos, y dióselos de barato á los pages, los quales me hicieron hinchar como hombre humilde, que se vé en altura, y ponerme cariampollado y de figura Bóreas, y dexandome hechos los carrillos salseretas de color granadino, ellos quedaron alegres, y yo satisfecho. Preguntéle al cria-

do que me puso la silla, que si habia pasado hora por ella, ¿ó por qué razon me la ponia á mí diferente que á los demás que habian comido con su Excelencia? Respondióme: A los que combida mi amo, y son Gentiles-hombres, se les dá la silla á la haz; pero á los que ellos se combidan, ó son Gentiles-hombres de la bufa, se les dá al rebés. Yo le respondí: Si siempre me ha de regalar su Excelencia, como ha hecho hoy, mas que me ponga vuesa merced albarda; y considerando que ya pasaba plaza de Caballero alegre, y muestra de Gentil-hombre entretenido, dixe entre mí: Mi gusto es mi honra, y *ande yo caliente, y riase la gente*; pues *poco importa que mi padre se llame bogaza, si yo me muero de hambre.* Fuese aquella tarde su Excelencia corriendo la posta á la Corte de Bruselas, mar donde acuden todos los rios del

po-

poder y valor, y Patria comun de todos los Estrangeros. Quedéme helado quando supe su partida, por haberme dexado, habiendo sido su camarada de mesa, y de puro sentimiento estuve á pique de renunciar el tal oficio, y de volverme á mis platos y escudillas. Fuime á dar cuenta de ello al Marqués Matey, que estaba en aquella Villa por Coronél de Infanteria Alemana, el qual me animó á que prosiguiese adelante con mis caravanas, y que no temiese el año del noviciado: y porque echó de ver que sentia el haberse ausentado su Excelencia, me dió dineros para que le siguiese por la posta. Puseme en camino, dando á entender á los postillones (porque veía que se reían de mí, viendome tan pobre de vestido) que era un Caballero Mayorazgo, que me habia escapado de la prision de Mastrique. Entré en Bruselas de-

sem-

sempedrando calles, pareciendo yo postillon desvalijado, y el postillon correo sin asistencia. Y despues de haberme apeado, y curadome, como penitente de sangre, mis desolladas asentaderas, me fui en busca del Palacio de su Excelencia, pues sin duda pronosticaba el bien y merced que me habia de hacer, y el que de presente me hace; pues con tanto extremo me habia inclinado á su servicio, y con tal agonia le venia buscando. Preguntéle á un Cortesano, ¿que si conocia al Conde Octavio Picolómini de Aragon? Y si sabia á qué parte estaba su Palacio? El qual respondió: Muy poco debe vuesa merced de saber quien es ese señor, pues me pregunta á mí si lo conozco, no habiendo hoy en todo el Orbe persona mas conocida por su valor, por su fama y por su ilustre nacimiento; pues despues de haber sido honor y glo-

gloria de Italia, y Alcides del sacro Imperio, ha sido el Mesías de estos Estados; pues siempre que nos hemos visto oprimidos y molestados de Exercitos enemigos, y habemos implorado su santo advenimiento, nos ha sacado del caos de afliccion, en que nos hallabamos: pues en virtud de los socorros que nos ha conducido el gobierno que ha tenido, y la lealtad que ha mostrado, hoy se hallan los victoriosos y enemigos campos vencidos, y nuestros derrotados Exercitos vencedores: pues despues de haber sido con el suyo causa principal, de que dexasen Lobayna libre, y los Estados pacificos y triunfantes, ha sido el primer motivo y causa de haber ganado la Capela, rendido á Xateleto, y conquistado á Corbi; habiendo convertido los cristales del caudaloso Soma en mar de sangre enemiga, y sus plateadas margenes en promonto-

to-

torios de fogosas pyras, y en lilibéos de funestos despojos. Pero ¿quién podia dar á la Casa de Austria tantas victorias, á Flandes tantos laureles, y añadir tantos timbres á sus armas, sino un señor de tan grandiosa calidad, y tan antigua Casa, originada de los Excelentísimos Duques de Amalfi; de cuyo esclarecido tronco han florecido Sumos Pantifices, Titulos, y Señores que han dado asunto con su valor y grandeza á las Historias, y han inmortalizado sus famas, adornando el un quartél de su Escudo las barras de Aragon, por descendiente de su Casa Real, tan venerada en el Orbe, por sus poderosos Reyes, por sus invencibles conquistas, y por sus aplaudidas victorias? Tenia talle mi entendido Cortesano de no cesar en un año, y pienso que tenia bastante materia para ello, á no llamarlo unos amigos suyos, por lo qual

qual le fue fuerza quebrar el hilo de tan verdadera relacion, y discurso tan notorio. Despidióse de mí, y dandome noticia de la calle donde vivia su Excelencia, se fue por una parte, y yo me escurrí por otra. Quedé alegre por la buena informacion, y triste, advirtiendo, que un señor de tantas partes, y de tan conocida nobleza, no se dignaria de recibir en su servicio un pobre hongo, producido del polvo de la tierra: y mas viendome en trage tan destraído, y en habito tan roto; porque el dia de hoy no tratan á cada uno mas de conforme se trata. Pero considerando, que el Rey Don Fernando de Aragon fue el Principe mas amigo de bufones, que han conocido nuestras edades, y que su Excelencia, por descendiente de aquella Real Casa, y por gozar de las bendiciones de aquel adagio, que dice: *Bien haya quien á los suyos se*

*parece*, me admitiria, por constarle, que semejantes Casas jamás están escasas de Leones atados y de bufones sueltos; y que fue una borracha la gentilidad, en tener por deydades, y dár adoracion á la Poesía, Musica y Amor, y no darsela á la bufonería, siendo arte liberal, de que tanto han gustado Emperadores, Reyes y Monarchas, y que solamente es aborrecida de pelones y miserables: y tratando los Romanos de desterrar todos los bufones, por ser gente vagabunda, é inutiles á la Republica, no pudieron conseguir su intento, por alegar todo el Senado, y los varones sabios y doctos, ser provechosos para decir á sus Emperadores libremente los defectos que tenian: y las quexas y sentimientos de sus vasallos, y para divertirlos en sus melancolías y tristezas. Animandome estas consideraciones, alargué el paso y re-

resucité la esperanza. Llegué al Palacio de este nuevo Marte, y valiendome de las excepciones y privilegios de mi profesion, sin licencia de porteros, ni recados de pages me entré hasta su misma sala, adonde me recibió con rostro alegre, y con su acostumbrada afabilidad mandó que me refrescasen, para que apagase el calor del camino, y que de alli adelante me asistiesen con todo lo necesario, y me tratasen como á criado suyo. Agradecíle el favor y honra que me hacia, y pomposo de haber salido con mi pretension, senté el real, y tomé pacifica posesion del provechoso oficio. Mandóme hacer un vestido de su librea, para que me sirviese de estimacion con los señores, y de *salva*guardia con los pages y lacayos: y aunque lo sentí por saber, que aunque su nombre empieza en libertad, es vestido de esclavitud y municion de ga-

galeotes, pues al menor tris hay un topafuera; me fue fuerza el encaxarmelo, por no contradecirle en su gusto, y por remediar mi desnudéz. En este tiempo hizo mi amo un viage á Alemania, á reforzar el Exercito Imperial que estaba á su cargo, en defensa y custodia de estos Estados. Partió de esta Corte en caballos ordinarios, siendo yo uno de los primeros que le iban sirviendo de Norte, y no de los postreros en llegarme á comer en su mesa, y en silla baxa, á uso de Corte. Tomaba, por solo tomar, quanto me daban sus camaradas, y los Titulos y Señores de las Villas y Ciudades por donde íbamos pasando: yo, por no dar, aun no daba á ningun criado los buenos dias. Llegamos á Viena, adonde sin limpiarme las botas de las salpicaduras del camino, fui á besar la mano á la Cesarea Magestad de la Empera-

ratriz Maria, la qual, con ser yo pequeño, y no usarse en Alemania chapines, me hizo grande del Sacro Imperio: mandóme cubrir como á Potentado. Yo, viendome favorecido, y en visperas de Privado, me endiosé con tanta gravedad y vanagloria, que en lo hinchado, y puesto en asas, parecia botija de serenar. Llegó un page por detrás de mí, y viendome tan espetado, y relleno, metió por debaxo del embés de la barriga un puntiagudo aguijón, que podia servir de lengua á una torneada garrocha, y dár muerte con ella al mas valiente novillo de Xarama. Disimulé el dolor, aunque era insufrible, por no perder un punto de mi engollamiento; y al cabo de un rato me salí de la sala, por no poderlo sufrir; y encontrando al Mayordomo Mayor le dixe: Señor, ¿cómo se permite que se atrevan los pages á los Principes estran-

ge-

geros y de tanta calidad, que se cubren delante de sus Magestades Cesareas? El qual dexandome con la palabra en la boca, y volviendome las espaldas, me respondió: Esos son los postres de los bufones; cuyas palabras me dexaron tan mortificado, y sin espiritu, que en muchos dias no me atreví á volver al Palacio. Mi amo (que asi me he atrevido á llamarlo, pues comia su pan, y vestía su librea; y siempre lo ha sido, lo es, y lo será) con la mayor brevedad que pudo hizo su Exercito, y dandole orden de marchar la vuelta de Flandes, fue prosiguiendo su viage. Y yo, por no volverme de vacío, me fuí á despedir de la Magestad Cesarea de la Emperatríz, la qual me mandó dar una taza grande de plata, y cien escudos de oro. Al punto que los recibí, tomé la posta, y corrí en ella hasta Praga, cabeza del Reyno
de

de Bohemia. Fui á visitar á Don Balthasar de Marradás, que era Virrey de aquel Reyno; halléle en la mesa, y celebrando mi buena venida, me dió de comer y beber, aun mucho mas de lo que me bastaba. Salí á una sala de su antecámara, adonde estaba la tabla de la repostería, en la qual hallé una gran porcelana llena de crema con mucha azucar, y á su lado un plato cubierto de bizcochos. Hízome cosquillas lo dulce, y atreviendome á embestirle, fiado en mis preeminencias, mojé un bizcocho en aquel piélago de ampos, y trasladandolo con sutileza de manos á boca, me sirvió de impedimento un criado del repostero, que juzgándolo á atrevimiento, ó ignorando mi dignidad, me sacó aquel dulce maná de entre los labios, lastimandome todo el frontispicio de marfil. Yo, sintiendo el dolor, y no reparando en galas, le en-

encaxé la porcelana en la cabeza, dexandosela tan ajustada, que parecia montera redonda de sayal blanco, ó cofia de aldeana curiosa. Empezaronle á baxar tantas y tan espesas corrientes, que sirviendole al rostro de albayalde, le aprovechó de enjalvegar el vestido. Tomó un cuchillo que halló á mano, y se vino como rayo para mí. Yo, que sabia quan irremediable es una giferada picaresca, volvíle las espaldas, y medio rodando unas escaleras abaxo, llegué á la cocina; y por ver que me venia siguiendo, puesta la mano en su zelada (por temor de no quebrarla) tomé un asador con la mano derecha, y una tapa de hierro de una grande olla en la izquierda, y me planté de firme á firme con mi mosca en leche: dió chillidos una fregona, á los quales acudió el Mayordomo, y hallandonos á los dos en postura tan ridicu-

la, se puso enmedio, y sin dar lugar al criado á que se quitase el nevado tocador, nos llevó á la mesa de su amo, con todas nuestras armas y pertrechos. Rióse mucho el Virrey del suyo, y de vér la blancura de mi competidor: y despues de mandar hacernos amigos, me dió una veintena de escudos, la qual recibí con mucha voluntad, y con muchísima me salí de su Palacio rezeloso del enamorado Alemán. Marchamos á Vvormes, Ciudad de las principales del Palatinado, y vecina del ameno y caudaloso Rhin, adonde estaba hecho alto el Exercito Imperial, aguardando segunda orden para pasar á Flandes. Venia mi amo tan á la ligera, que no traía consigo ningun bagage: por lo qual fue fuerza, que los pocos criados que le veniamos acompañando, le sirviesemos en lo tocante á su comida y se-
 ga-

galo, y en otros oficios de la escalera arriba, supliendo la falta de los que venian atrás en guarda de su recámara. Encargáronme, por vér mi brio y despejo, la despensa de la comida, la cantina del vino, y el pozo de la nieve, que fue lo mismo que meter una zorra en una viña cercada en tiempo de vendimia, ó hacer á un lobo pastor de ovejas. Dieronme criados pertenecientes á tal amo, para que entretenidos cerca de mi persona, observasen mis órdenes. Estimabanme todos los Coroneles y Capitanes del Exercito, como á nevero en Verano, y pescador en Quaresma. Regalabanme como quien podia y mandaba, como quien tenia á quien: hacia mis sacas de vino, y mis vendejas de nieve; y con la calidad del uno, y la frialdad del otro, gozaba mi bolsa de un templado temperamento. Habiame dado por quartél,

pa-

para que me aprovechase de alguna cosa, la casa de un Judío Rabí, de Nacion Italiano, el qual, por decir que era mi paysano, y que me conoció á mí y á mi Padre en la Ciudad de Roma, alargaba la contribucion, y me hacia esperar, sin ser de su ley; pero viendo que no me aprovechaba el llevarlo por bien, ni por mal, me dí por desentendido, y confirmando de nuevo la amistad de la conociencia antigua, lo traxe una tarde á mi despensa á que merendáse en ella; y habiendo puesto la mesa con variedad de regalos, y escaseza de tocino, hicele entrar en el pozo de la nieve, en achaque de sacar dos frascos, que estaban puestos á enfriar, el uno de vino, y el otro de agua de limones; y al tiempo que lo ví en lo hondo, buscando la parte adonde estaban, tiré de la escalera, y la subí arriba, dexandolo em-

po-

pozado como á otro Joseph; y volviendome á asomar á la puerta del pozo, le dixe: Perro Judio, primero te has de volver carámbano, que salgas á ver la luz del Cielo, hasta que me pagues todo el tiempo de mi alojamiento, conforme á los demas Oficiales de el Exercito, y con el tres doble á mí, por usar de presente tres oficios en servicio del General, y todos ellos de á dos bocas. Empezó á gritar, y á llorarme pobrezas: y diciendole, que poco importaban sus voces, porque no podian ser oídas, le cerré la puerta, y lo dexé empozado en parte donde no se abochornaría. Otro dia, por ser forzoso el sacar nieve para el servicio de mi amo, volví á abrir, y lo hallé tiritando de frio, y casi helado. Volvile á protestar ser la culpa suya, desahuciandolo de la salida, hasta que yo estuviese satisfecho. Reducióse con es-

esto á darme unas señas, para que su muger me diese todo aquello en que quedamos de concierto. En efecto cobré mi boleta, y despues saqué al pobre Rabí, tan hambriento y helado, que en mas de quatro horas que lo tuve al rincon del fuego, dandole caldas, y regalandolo, no le pude volver á su primer sér. Otro dia de mañana marchamos la vuelta del País de Henao, y al cabo de algunos dias llegaron á hacer plaza de armas cerca de las murallas de Mons, donde el Conde de Boquoy, Gobernador de aquel País, Señor de los calificados de Flandes, salió á recibir á mi amo; y llevandolo á su Palacio, acudiendo al ser quien es, y á su conocida liberalidad y largueza, le hospedó, y banqueteó, excediendo sus costosos regalos á los de la boda del Rey Balthasar, y los nectares de sus odoriferos licores á la bebida que dió la

cé-

célebre Cleopatra al invencible Marco Antonio. Fueron estos banquetes para mí unos juicios finales, porque privandome de lo poco que yo tenia, daban cada instante con mi edificio en tierra. Dí en visitar los vivanderos del Exercito muy amenudo, y en quererlos meter en contribucion, estando en País libre: por lo qual, y por excesivos gastos que les hacia, y no pagaba, tenia cada instante con ellos mil peleonas, y les echaba cada dia mil roncas. Pero al cabo me venian á derribar, y vencer con dos docenas de estocadas vinosas, respetándome por criado de quien era. Sucedióme un dia un cuento harto donoso, y fue, que saliendo de comer de la Villa, tan por extremo cargada la cabeza, que los niños me parecian hombres, y los hombres gigantes, lo blanco azul, y lo verde leonado; llegué dando traspies á una graseria, que

es-

estaba toda cubierta, y adornada de manojos, y hileras de velas de sebo, y pareciendome los manojos, que lo eran de rabanos, le pregunté al dueño, que por qué causa les habia quitado las hojas. El qual, por no entenderme, y conocer de la suerte que iba, dexó de responderme, y se puso muy de espacio á reir. Yo, que imagino que la preñez de mi borrachera me habia dado antojo de comer rabanos; alargué la mano á una de las hileras, que estaba pendiente de un palo largo, y agarrando dos velas, y tirando con fuerza, para darme un verde de lo que apetecia, dí con todo el agradijo en tierra. Viendo el amo toda su mercancia hecha pedazos, antes de dexarmela probar, tomó el palo, y descargólo sobre mí con tal furia, que si el vino me habia hecho ver Estrellas á medio dia, él me hizo ver Luceros á las dos de la tarde.

Sen-

Sentia, aunque borracho, de tal suerte el dolor y agravio, que metiendo mano á la espada, cerré con él, como con tropa de enemigos. Viendome tan fuera de mí, y que sin miedo ninguno me iba acercando á él, sin bastarle la defensa del palo, se metió en un aposento cercano á la tienda, y cerró trás sí la puerta. Yo, viendo que por mas estocadas que daba á la puerta, no se me quitaba el escozor de la chiminea y de las costillas, cerré con la procesion de candelaria, y tirando tajos y reveses, desgajando y desmenuzando esquadrones de sebo y pavilos, rendí á mis pies el número de mil velas ó rabanos, dexando la tienda hecha una ruína de grosura. A este tiempo acertó á pasar por cerca de mi palestra una tropa de soldados de los nuestros; y viendome jugar de montante, y tan encendido en cólera, á persuasion de

de unos vecinos, me sacaron á la calle, diciendo á grandes voces: ¿Palos á mí por un par de rabanos, valiendo á liarte el manojo? Llevaronme medio en peso, adonde dormí la pendencia, y dexando al pobre Burgés sin dormir de puro desvelado. Fue la queja á mi amo, con otras muchas que dieron los vivanderos, de que yo les estafaba y destruia: por lo qual, indignado contra mí, y porque viesen la igualdad de su justicia, me mandó prender, y echar una grande y pesada cadena, y que me pusiesen á buen recado. Los executores infernales, no siendo lerdos ni perezosos á su mandato (por dar muestras de ministros puntuales) me amarraron á un duro banco, y no de Galera Turquesca. Alli purgué la batalla de los rabanos, alli pené los pecados cometidos contra los proximos vivanderos, ayuné sin ser Temporas ni Vigilias,

y hice dieta sin haberme metido en cura. Enternecida de este rigor la señora Condesa de Buquoy, sorda á las quexas de tantos demandantes, le pidió á mi amo, que trocáse el peso de su justicia en la balanza de su misericordia: el qual, viendo la Deidad que me amparaba, y el Angel que me defendia, mandó que me desesla-yonásen, y que me diesen cumplida libertad. Salí de aquel penitente yermo con proposito de no disgustar mas á mi amo, ni obligarle á que me volviese á poner en semejante apretura, dexando de alli adelante de visitar los conocidos vivanderos, que fue el mayor castigo que se me pudiera dar. Pasé áquella campaña tan quieto y sosegado, que mas parecia pretendiente de Ermitaño, que hombre de buréo. Llegó el tiempo de retirarnos, y por gozar de mis anchuras, y no andar compungido y reca-

ta-

tado, me fui á desenfadar al bosque de Bodu, tres leguas de Mons, á acompáñar al Principe Thomás, que andaba en seguimiento de un ciervo. Estuve alli muchos dias, hecho devanaderas de su distrito, y sabueso de su espesura. Cansado de buscar en campaña lo que abunda en poblado, le persuadí á su Alteza, que dexáse aquel enfadoso exercicio, y que le bastáse por escarmiento, haber andado tantos ratos trás de un animal cornucopia, sin poderle dar un alcance: porque si aquel molimiento y cansancio era divertimiento de Principes como su Alteza, no era vida de Caballeros alegres como yo; porque mas queria irme á ser raposa de una pequeña defensa, que quedarme á ser lobo de un dilatado bosque. Respondióme, que me guardaria bien de dexarlo, porque lo pagaria con las setenas. Este mandato

me acrecentó el deseo de apartarme de ser seguidor de perros, y saltador de matas. Y poniendome en el camino de Mons, sin reparar en la nueva orden, me fui á visitar mis antiguas parroquias, y á verme libre de todo dominio. Estuveme holgando en ellas, hasta que supe que su Alteza había conseguido el fin de su caza, por haber muerto un disforme y temerario ciervo: por cuya razon le volví á buscar, para irle acompañando hasta la Corte de Bruselllas, adonde estaba mi amo. Preguntóme, ¿que cómo me habia ido sin su licencia, y no obedecido lo que me habia mandado? Respondíle, que me habia perdido en el bosque, como el Marqués de Mantua, y por no encontrar con algun Infante Valdovinos, me habia retirado á descansar del trabajo pasado. Parecióle muy frívola disculpa, y descubriendo mi flor, y oyendo
que

que todos los Caballeros y Señores que le acompañaban, le pedian á voces mi merecido castigo, se apartó á una parte con ellos, á consultar la gravedad del delito, y á pronunciar la sentencia que se me habia de dar. Yo estaba con rostro de reo, y con temblores de atercianado, dando al diablo oficio con tantas zozobras, y vida con tantos sobresaltos. Salió de la Junta y sala del Crimen, que en pena de mi desobediencia, se me pusiese un peto fuerte, y un espaldar reforzado, y que me clavasen en la delantera del peto, como lanzas en ristre los cuernos del difunto ciervo, arbolados en forma piramidal, para que me sirviesen de toldo ó pavellon, y en cada gancho de la dilatada cornamenta un cascabél de marca mayor; y que del pellejo se me hiciera una capellina de armas, que cubriendo la cabeza, sirviese de loriga á lo res-

restante de las partes desarmadas. Notificaronme el fallo, y como si fuera pasado por vista y revista, no se me concedió apelacion: y haciendo venir de la villa un armador de rastrillos de dedos, y un sastre de coser pieles, me armaron de punta en blanco, y me vistieron de animal selvatico. Subieronme á caballo, y me mandaron que corriese la posta, hasta entrar en Brusellas, y dar una vuelta por todas sus calles y paseos, y despues entrar en su Palacio Real. Salí del bosque con insignias de marido consintiente, sin que me faltáse para el vergonzoso geroglifico, sino solo un pregonero y una ristra de ajos, y como por calles acostumbradas, segun el camino Real, asombrando pasageros, y alborotando perros (porque pensando que fuese segundo Anteon, me seguian y perseguian) entré en Brusellas, donde al
son

son de mis cascabeles, y al estruendo de las herraduras de mi rocinante, se despoblaban las casas, y se colmaban las calles. Absortabanse de ver la diabolica armadura y ridiculo trage. Y dandome mas silvos que á un encierro de toros, me regalaban de quando en quando con algunos manzanazos. Llegué al Real Palacio, y al punto que puse pie en tierra, tuve orden de su Alteza Serenísima el Infante Cardenal, que subiese á verlo. Entré en la sala con muchísimo trabajo, por el altura de mis ganchosos alcornoques, y por el anchura espaciosa de mis aspas de cornicabra: adonde mirando su Alteza mi espectaculo horrible y espantoso, estuvo tentado de dar un buen rato á sus lebreles; pero venciendo su piedad á su deseo, mandó que me regalasen, y que no se me hiciese ofensa ninguna. Yo estaba tan avergon-

zado de verme Gentil-hombre de Cervera, y de traer hastas arboladas, sin ser Corneta, que estuve mil veces tentado en el dicho camino, Villas y Villages, y en la entrada de Brusellas, de apearme, y vengarme á puras cornadas, por el escarnio y burla que de mí hicieron. Dexélo de hacer, porque no me desjarretasen, ó me echasen alanos á la oreja. Despues de haber refrescado, y tomado algun aliento, volví á subir á caballo, y me fuí derecho á casa de mi amo, llevando de retaguardia un grande exercito de muchachos, y una grande algazára de gritos y voces. Entré en su quarto, y admirandose de que siendo yo soltero, usurpase armas agenas, anticipandome para lo venidero se holgó infinito de lo sucedido, por haber dexado de ser Cortesano, por andar al reclamo de ciervos y venados. Y por parecerle mi

trage tan extravagante y ridiculo, que no siendo de Sátyro, ni Fauno, era trasunto del mismo Barrabás; mandó llamar á un pintor, al qual le hizo que me retratáse al vivo: con cuyo favor, por hallarme merecedor de pinceles, prometiendome de que á otra caza se me levantarian estatuas; olvidé las afrentas pasadas, y traté (quitandome aquel endemoniado trage) de gozar de las presentes. En esta ocasion combidaron á mi amo á un Bautismo, dos leguas de Rupelmunda, en un castillo llamado Basel, y dexando de acompañarle, me quedé en Bruselas en cierto divertimiento, y al segundo dia tomé la posta, codicioso de gozar de la colacion, y percances extraordinarios. Hallé á mi amo tan ayrado contra mí, que en castigo de mi tardanza, mandó que me diesen de beber otro tanto vino, como se habia gastado en la colacion y

banquete de la noche pasada, y que me apremiasen á que diese fin de ello. No apelé de esta nueva y nunca oída sentencia, antes supliqué por la brevedad de la execucion, atento á la sequedad del camino, aunque hallaba imposible el cumplimiento, sin echar ensanchas á mi pellejo, quitandole todas las botanas. Mas el gran Bailliu, que estaba acompañando á mi amo, por librarme de este tormento que para mí venia á ser regalo, le dixo: Excelentísimo Señor, yo estoy informado, que Estebanillo es inquieto, y que anda desasosegado, y para que pierda los brios, ande pacifico, y acuda sin hacer faltas al servicio, me parece que será provechoso remedio el caparlo, para lo qual hay en esta Villa un valiente maestro, que con mucha brevedad, y poco dolor, lo dexará como caballo del País, manso, y nada coceador. Respondióle

mi amo, que le parecia muy bueno el consejo, y que era muy importante para mi persona, porque podria ser guarda Damas en casa de un Principe, Musico en una Capilla Real, ó Privado de un Sultán. Yo me reía de todo este discurso, y llevaba en chanza los puestos y oficios que me adjudicaban. Pero advirtiendo, que llegaron á mí media docena de mosqueteros, y me llevaron preso, y entregaron á la guardia; quedé tan mortal, que á no cerrar los dientes, se me saliera el alma por la boca. Y viendo que mi amo se volvió á Bruselas, y me dexó triste y desamparado en poder de la gura, me acabé de desmayar, juzgandome vecino de Capadocia. Vino á visitarme el gran Bailliu, díxome, que no tenia otro remedio mi prision, sino armarme de ánimo y de paciencia, y apercibirme para ir al castillo de Rupelmunda. Yo le

supliqué, hincado de rodillas, y hechos mis ojos dos fuentes de lagrimas, que tuviese lastima de mi juventud, y que no me priváse de las prendas mas necesarias á ella, que en llegando la vejéz, entonces podria executar en mí tan riguroso fallo. Demás de que desde ahora en adelante, yo le hacia donacion y renunciacion de mi libre y espontanea voluntad, sin premio ni fuerza ni inducimiento alguno: porque no es justo ir contra lo que Dios mandó á nuestros primeros Padres, en materia de la multiplicacion; y que era ir contra las leyes de naturaleza, haciendo de una gallina un capon. Volvió las espaldas (quizá porque no le viera reir) y subió á caballo, y con una Compañia que habia traído de aquel castillo, á estar de guardia á mi amo, me llevó á Rupelmunda, como á prisionero de importancia, y me dexó muy bien cer-

rado, y en parte segura de toda fuga, diciendome por despedida, que otro dia vendria el sastre de cortar bolsas, y me aligeraría de peso, y cumpliría lo que mi amo dexaba ordenado. No sé como encarecer de la suerte que quedé, pues fué tal, que cubriendose el rostro de un sudor frio, y el cuerpo de un mortal desmayo, pienso que lucharon la vida y la muerte por espacio de dos horas, teniendome privado de sentidos, y enagenado de potencias. Mas volviendo en mí al cabo de la lucha, y viendo la desdicha que habia venido á la casa de los Muñatones, pues quedaba con Mayorazgo que no le podia dár sucesor; y acordandome de lo poco que habia ganado en el moderno oficio, y lo mucho que perdia en haberlo usado: volví á renovar el llanto, y con el mismo sentimiento con que se despide el cuerpo del alma, me empezé

á

despedir de la carne de mis carnes, y no huesos de mis huesos, diciendo: Ay dulces prendas, por mi mal perdidas, nacidas y procreadas con este desdichado cuerpo, compañeras en todas mis aflicciones, causa y origen de mi mal logrado bozo: sabe el Cielo lo que siento el dexaros, y la falta tan grande que me hareis en esta larga ausencia. Con este triste sentimiento pasé toda la noche sollozando tan violenta despedida, y esperando por horas al maestro del chiste, ó sastre de coser alforjas. Venida la mañana, me asomé á una reja del castillo, á divertirme un poco, mirando la Villa, y su apacible y deleytosa campaña; al cabo de un grande espacio, ví pasar pegado á los muros de mi prision un gran concurso de señores, Capitanes y gente particular, y en retaguardia de todos su Alteza Serenísima el Principe Cardenal,

nal, y el Principe Thomás su primo, Gobernador de las armas; con cuya presencia se me volvió el alma al cuerpo, la sangre á las venas, y el aliento al corazon: y dando voces como loco desde la ventana del omenage, le dixe á su Alteza Real, que tuviese piedad y compásion de mí, y que pudiese mas su misericordia, que no la justicia de mi amo. Respondióme con aquel semblante afable y vista halagüeña, que siempre tuvo: que se vería mi justicia, y se daria traslado á la parte, y que no se me haria agravio ninguno. Pero el Principe Thomás poniendose el dedo sobre los labios, me amenazó á lo Ginovés: con lo qual se aguó mi alegria, por cuyo efecto tuve una caliente y una fria, como banquete Real. Pasé todo aquel dia con esperanzas y desesperaciones, con placeres y pesares, con gustos y disgustos. Llegó la noche, tad obs-

obscura y tenebrosa, que parecia que anunciaba el angustia en que me habia de ver. Entró el carcelero á mi aposento, y por mas seguridad de mi prision, me pasó á un lóbrego y fuerte calabozo, adonde hallé otro prisionero, que esperaba aun peor susto del que yo habia de pasar. Preguntéle la causa de su prision, y respondióme, que por unas niñerias, que importaban un puñado de alverjones, lo tenian de aquella suerte; porque no se hallaba contra él otra cosa, mas de que campaba de *rapio rapis*, y desboqueronar algunas almas Christianas, y que gustaria de saber, porqué me habian traído á hacerle compañia. Díxele, que por jugar al capadillo, me tenian en caponera. Respondióme, que me declaráse mas, porque no me entendia. A lo qual le repliqué: Si á eso vá, ni yo tampoco he podido penetrar lo que vuesa merced

ced me ha dicho. No pudimos proseguir con la conversacion, porque despues de haber oído un gran ruído de llaves, vimos entrar el carcelero con una cara de fullero perdidoso: el qual, asiendome de los cabezones con una gran furia, como si hubiera de heredar mis lamentados despojos, me sacó á una gran sala, fúnebre teatro de mi desventura, adonde hallé un Cirujano con cauterios calientes, estopas frias, y huevos serenados, y un Alguacil colerico, que con mucha priesa le mandaba hiciese su oficio, executando lo que su Excelencia habia mandado. Asieronme quatro galafates de pan de municion, lagartos desde la cuna, y baxandome las bragas, me montaron sobre un potro, que no era de Cordova: ataronme de pies y manos, y pusieronme una ligadura de un liston en la parte de la division, apartamiento que inten-

ta-

taban hacer tan á mi costa. Tomó el Cirujano la navaja, y empezóla á enarbolar, y acercarse con ella hácia la parte de mi suplicio. Yo, despues de haber dado voces que pudieran romper las vidrieras celestes, comencé á pedir confesion: á cuyos ecos tristes acudió un page de su Alteza Serenísima, diciendo en voz alegre: Gracia, gracia; pero yo estaba tan turbado y muerto, que apenas entendí la venturosa nueva. Quitaronme del pequeño cadahalso, y volviendo algun tanto en mí, al tiempo de cubrir las desnudas columnas, quise ver si en aquel trinquete habia habido alguna falta; pero hallandome sano y salvo, y libre de toda malrota y gavela, empecé poco á poco á tomar respiracion. Llevaronme delante de su Alteza, el qual me dixo: ¿Qué desdicha es esta Estebanillo? ó qué pecados has cometido para haberte

te puesto en tal aprieto? Yo le respondí: Señor, estos son caprichos de señores, y pension de los de mi arte. Díxome un Ayuda de Cámara: Hermano Esteban, el oficio del gracioso tiene del pan y del palo, de la miel y de la hiel, y del gusto y susto, y es menester pasar cochura por hermosura. Pedí de beber para echar abaxo toda la melancolía: á pocos lances, y buenos, me reventaban los ojos de alegria, y la barriga de vino, y echaba de la oseta. Volvíme con su Alteza á Brusellas, adonde sin ser Doctor le visitaba por la mañana en la cama, y á medio dia en la mesa. Al cabo de algunos dias volvió mi amo segunda vez al Imperio, yendóle yo sirviendo en figura de correo, hasta llegar á la Corte de Viena: la qual hallé llena de mascaras, fiestas y regocijos, por ser Carnestolendas, y tierra donde se celebra mas que en nin-

ninguna parte de la Europa. Y yo, por oir decir, *donde quiera que fueres, haz como vieres*, hice media docena de mascaras los primeros dias, con ayuda de amigos y conocidos, tan alegres y vistosas, que demás de ser celebradas, no perdí nada en la mercancia. Y viendome cargado de alabanzas y premios, proseguí en dar gusto á los Señores y regocijo á la Corte. Habiendome hecho una cadena de dientes y muelas de caballos, que estaban como el camarada que tuve en Norlinguen, me vestí de montambaneo, y me tercié el cabestrillo de raygones: puse en la mano derecha un gatillo de sacar muelas, y en la izquierda una cestilla llena de botecillos de ungüentos, y emplastros encerados. Llevé conmigo quatro Judíos Italianos, con vestidos provocativos á risa, y con medias mascaras, que cubrian de la nariz arriba, por

por causa de que no fuesen conocidos del vulgo, y subiendo en un caballo, me fui por todas las plazas y cantones de la Corte, haciendo paradas, y dando voces para juntar la gente: y para encarecer mis medicamentos, llegaban los tres Judíos, que estaban apartados de mí, cada uno por su parte, rompiendo el corrillo y concurso de la gente, y compraban de los botes y emplastros; y pagandome por cada uno dos reales, á vista de todo el auditorio, provocaban á muchos ignorantes á que llegasen á lo mismo; llevando en los pequeños botes una poca de harina desleída con agua, y en los emplastros un poco de cañamazo bañado con sebo y cera. Llegaba despues el quarto Hebréo, fingiendo tener gran dolor de muelas: traía las manos puestas en los carrillos, y quexandose muy á menudo, juntábase á las crines de mi rocin,

abria una boca de un palmo: mirábale yo de espacio la dentadura, como si él fuera caballo, y yo albeytar, que pretendiese saber la edad que tenia; y abatiendo el gatillo, y fingiendo sacarle una muela, ponia en él otra que yo llevaba, pedida para el efecto á un amigo Barbero: y dando á entender habersela sacado sin dolor ni sangre, le hacia que escupiera muchas veces, y alzando el brazo con el gatillo enmolado, alababa mi destreza, y combidaba á quitarselas á los pobres de gracia, obligandome á dexar todos los vecinos de aquella Corte, por muy poco precio, sin ningunos dientes ni muelas. Dabame el Judío un real, y volviase á salir del corrillo, encareciendo mi agilidad, y jurandole no haberle dolido, ni sacadole sangre: por lo qual llegaban algunos inocentes á querer hacer la prueba, y remediar sus dolores, y yo

engañandoles con visitarles las andanas, y hacerles creer no estar la muela en estado de sacarla, les aplicaba uno de los emplastros, les quitaba el dinero, y los enviaba muy consolados. Solemnizabanlo los que sabian que era buena, y divertianse los que lo ignoraban: y apenas se deshacia un corrillo, quando á poco trecho juntaba otro, y hacia la misma manufactura, encaxando la propria presa. Vine á llegar cerca del Palacio Imperial, á tiempo que sus Magestades Cesareas estaban á unas ventanas, juntamente con el Principe Matias, hermano del Gran Duque de Toscana, viendo pasar mucha variedad de mascarados. Y por ver que ponian los ojos en los de mi quadrilla, empecé á vocear, y juntar un numeroso auditorio; y despues de haber hecho mi papel; como en las demás partes, y hecho su parte los tres Cansi-

 nos,

nos, llegó el doliente del mal de Santa Polonia, y haciendo muy al vivo su figura, abrió la puerta, que le sirvieron sus dientes de rastrillo, para que no entrase el tocino, y sus labios de puente levadiza para impedir el paso al vino. Y como estaba asegurado de que jamás le hacia daño ninguno, echó al ayre toda la herramienta de mascar: agarréle con el gatillo una muela, que me pareció la mas abultada de todas las demás, y por hacer reir á sus Magestades á costa de llanto ageno, tiré con tanta fuerza, que no solo se la saqué, pero muy grande parte de la quixada con ella. Empezó el Judío á dar voces, y sus camaradas á emperrarse contra mí, sus Magestades á reirse, y el Pueblo á regocijarse. Mas por ver que habia algunos en el corro que se amotinaban contra mí, enternecidos del ar-

arroyo de sangre que salia de la boca del desquixarado, dixe en alta voz: Adviertan vuesas mercedes, que el doliente es Judío, y sus camaradas Hebréos, y que he hecho á posta lo que se ha visto, y no por ignorar mi oficio. Con estas razones volvió á renovar el alegría, y á celebrar la accion, y á darles tal felpa á los quatro Zabulones, que á no valerles los pies, llebáran mas que curar, aunque pienso que no llevaron muy poco.

# TABLA

## DE LOS CAPITULOS que se contienen en este primer Tomo.

Fin del primer Tomo.

6. 1945